

Enid Blyton

**TERCER AÑO
EN TORRES
DE MALORY**



Darrell y sus amigas crecen juntas a la vez que comparten sus días de escuela. Hay nuevas estudiantes que suman a la pandilla, caracteres que templar y nuevos trucos para burlar a las profesoras.



Enid Blyton

Tercer año en Torres de Malory

Torres de Malory 3

ePub r1.1

Ishamael 10.08.13

Título original: *Third year at Malory Towers*

Enid Blyton, 1948

Traducción: C. Peraire del Molino

Ilustraciones: Pablo Ramírez

Diseño de portada: Pablo Ramírez

Editor digital: Ishamael

ePub base r1.0



Capítulo 1

UNA NUEVA ESTUDIANTE INGRESA EN «TORRES DE MALORY»

Darrell estaba ocupada en ayudar a su madre preparando sus trajes para volver al internado. Su hermana pequeña, Felicity, la contemplaba deseando poder acompañarla.

—¡No te desanimes, Felicity! —le dijo Darrell—. Vendrás conmigo en septiembre. ¿No es verdad, mamá?

—En eso confío —repuso su madre—. La señorita Grayling dijo que esperaba tener una plaza para ella. ¡Oh, Darrell!, ¡no es posible que quieras llevarte todos esos libros! Pesará mucho el baúl.

—¡Sí quiero, mamá! —exclamó Darrell—. Y permíteme que me lleve también mis patines. Ahora nos dejan patinar por el patio. Es tan divertido.

—De acuerdo —concedió la señora Rivers—, pero eso implica volver a sacar lo del baúl; porque debemos ponerlos al fondo. ¡Oh... Dios mío!... ¿hemos marcado tus zapatillas nuevas?

—¡No! —gimió Darrell—. Felicity, sé buena, ¿quieres hacérmelo? El ama se pone furiosa si encuentra una prenda que no esté marcada.

Felicity corrió a buscar una pluma. Tenía once años y Darrell catorce. ¡Cómo deseaba estudiar también en *Torres de Malory*! ¡Según Darrell era el mejor colegio del reino!

—¡Ojalá no tuviésemos que recoger a esa niña nueva! —comentó Darrell inclinada sobre el baúl—. ¿Cómo se llama, mamá? Siempre se me olvida.

—Zerelda —le recordó su madre—. Zerelda Brass.

—¡Cielos! —exclamó Darrell—. ¡Zerelda! ¿Y qué tal será?

—Normal, supongo —prosiguió la señora Rivers—. Ya te dije que era americana, pero su abuela que es inglesa la ha invitado a pasar un año en nuestro país, y ha querido que estudiara en *Torres de Malory*. Me maravilla que hayan podido matricularla con tan poco tiempo.

—¿Cómo es? —quiso saber Darrell—. ¿La has visto?

—No. Sólo en fotografía —repuso la señora Rivers—. Parecía tener unos veinte años; pero no creo que tenga más de quince.

—¡Quince! Entonces no iré a mi clase —dijo Darrell—. La pondrán a un curso superior. Mamá, ¿no es una pena que Sally tenga que guardar cuarentena por las paperas? Tardará todavía en volver al colegio.

Sally Hope era la mejor amiga de Darrell en el colegio. Por lo general siempre llegaban juntas a *Torres de Malory*, porque ya fuera el padre de Darrell o el de Sally las llevaban en automóvil. Pero esta vez Sally empezaría más tarde por causa de la cuarentena que debía guardar por haber tenido paperas.

—Tendrás que escribirle contándole todo —le recomendó la señora Rivers—. Gracias,

Felicity... has marcado muy bien las zapatillas. ¿Has puesto tu mañanita, Darrell? Oh, sí, aquí está. Bueno, ahora, sí que hemos adelantado. ¿Dónde está la lista? La repasaré para ver si nos hemos olvidado algo.

—Si Sally no tuviera que guardar cuarentena no hubiésemos ido a buscar a Zerelda —dijo Darrell—; ya que no habría cabido en el automóvil. Mamá, tengo el presentimiento de que será un viaje horrible. ¿De qué hablaremos durante el trayecto hasta Cornwall?

—¡Dios mío! ¿Es que no puedes hablar de *Torres de Malory*? —le replicó su madre—. En casa puedes estar hablando de tu colegio horas y horas.

Por fin terminaron de preparar el equipaje. Entonces hubo la acostumbrada búsqueda de la llave del baúl, que desaparecía siempre durante las vacaciones.

—¿Has firmado mi certificado médico, mamá? —preguntó Darrell—. ¿Dónde está? ¿En mi maletín? Bien. Me pregunto si en esta ocasión Irene sabrá dónde ha metido su certificado.

Felicity rió. Le gustaba oír hablar de la despistada Irene que siempre salía de su casa con su certificado médico, y jamás lograba encontrarlo cuando llegaba.

Al día siguiente el padre de Darrell junto con su esposa llevaría a la niña a *Torres de Malory*. Tenían que salir muy temprano, por eso preparaban el equipaje el día antes. Así es que Darrell sólo tuvo que preocuparse de dar una vuelta por el jardín, con Felicity al lado, y despedirse de todo; incluso de las gallinas.

—En septiembre no tendremos que despedirnos, Felicity —dijo Darrell—. Bueno, adiós ahora, y procura superarte en los deportes este curso para que pueda estar orgulloso de ti cuando vengas a *Torres de Malory*.

Partieron al fin tomando la carretera de West Country. Era un hermoso día de enero, frío y soleado. Darrell se tapó bien con la manta. Iba sola en la parte posterior del automóvil, pues su madre se acomodó en el asiento delantero. Pronto llegarían a la casa de Zerelda y entonces Darrell la sentaría a su lado.

Zerelda vivía en una gran mansión a unos sesenta kilómetros de distancia. Su abuela había sido gran amiga de la madre de la señora Rivers, y en realidad era la abuelita de Darrell la que había pedido a su hija que recogieran a Zerelda para llevarla al colegio con Darrell.

—Creo que sería tan conveniente que ella y Darrell charlasen largo y tendido del colegio durante el viaje —dijo la abuelita de Darrell—. Seguro que Zerelda estará un poco violenta al principio, yendo a un colegio nuevo en un país distinto.

Pero a Darrell no le satisfizo mucho. Estaba desilusionada por no poder ir a recoger a Sally, su amiga, y sin saber por qué no le agradaba Zerelda. ¿Sería por aquel nombre tan poco corriente? ¿O tal vez porque comprendía que a su madre tampoco le agradaba? ¡De todas formas pronto saldría de dudas!

—Ya estamos en Notting —dijo el señor Rivers viendo el nombre en un indicador—. Aquí es donde debemos recoger a la niña americana, ¿verdad?

—Sí —respondió la señora Rivers consultando una tarjeta que tenía en la mano—. Tuerce a la derecha cuando hayas pasado la iglesia. Sube la colina. Tuerce de nuevo a la derecha cuando llegues arriba y divisarás una casa blanca muy grande. Allí es donde vive Zerelda.

Pronto llegaron junto al edificio, casi una mansión. Un mayordomo les abrió la puerta, y luego una anciana elegante, la amiga de la abuelita de Darrell, salió apresuradamente.

—¡Qué amables son ustedes! —les dijo—. ¡Zerelda! ¿Estás lista? Ya están aquí.

Pero Zerelda no apareció. El señor Rivers declinó el ofrecimiento que la dama le hizo, de que entrasen a tomar café, alegando que quería llegar al colegio antes del anochecer.

—Si Zerelda está dispuesta, nos iremos inmediatamente —afirmó el señor Rivers un tanto contrariado.

¿Dónde estaba la dichosa Zerelda? ¡Debiera haber estado preparada y esperándolos! Fue a la parte posterior del automóvil para preparar una correa con que sujetar el equipaje.

—¡Zerelda! ¡Baja en seguida! —le gritó su abuela, y luego se volvió al mayordomo—. ¿Sabe usted dónde está Zerelda? ¿Oh, Dios mío, dónde puede estar?

Pasaron unos minutos, antes de que la muchacha apareciera. Y cuando Darrell la vio no pudo creer que «*se tratase*» de Zerelda. Era una joven alta y de más edad que ella, con los cabellos resplandecientes color de cobre. Una parte los llevaba recogidos en un rodete encima de su cabeza, y el resto cayendo como una cascada de bucles sobre sus hombros.

Darrell se quedó de una pieza. ¿Qué era aquello? Parecía una artista de cine. ¡Cielo santo, si llevaba los labios pintados!

No podía ser Zerelda. Aquélla muchacha aparentaba tener por lo menos veinte años. Se les acercó con una sonrisa lánguida.

—¡Oh! ¡Zerelda! ¿Dónde estabas? —le preguntó su abuela—. Te estamos esperando.

—Lo siento —se disculpó Zerelda.

Su abuela la presentó a los recién llegados. El señor Rivers parecía impaciente. Le molestaba tener que esperar... tampoco le agradó mucho el deslumbrante aspecto de Zerelda.

Ni a Darrell. En realidad, estaba alarmada. Zerelda contaría diecisiete o dieciocho años por lo menos. ¿De qué iban a hablar en el coche?

—Será mejor que te pongas el sombrero de uniforme —le dijo su abuela entregándoselo.

—¿Qué? ¡Ponerme eso ton horrible! —exclamó Zerelda—. ¡Bah, abuela, jamás me lo pondré!

Darrell no se atrevió a manifestarle que forzosamente tendría que ponérselo, porque se había quedado sin hablar. Realmente Zerelda le parecía muy mayor. No sólo por su aspecto, y forma de peinarse, sino por su seguridad, y su forma de expresarse.

Ocupó con gracia el asiento junto a Darrell.

—Ahora, Zerelda, recuerda que vas a un colegio inglés, para aprender las costumbres inglesas —le reconvino su abuela desde la ventanilla del automóvil—. Y haz el favor de quitarte esa pintura de la boca. No ceso de repetirte una y otra vez que aquí no se estila. Parece como si tuvieras dieciocho años, pero sólo eres una colegiala.

El señor Rivers viendo que la charla entre Zerelda y su abuela iba a prolongarse durante algún tiempo, puso el motor en marcha.

—¡Adiós! —dijo la señora Rivers viendo que si no tenía decisión iban a quedarse allí para siempre.

El coche se puso en movimiento. La abuela de Zerelda se quedó en la avenida hablando a toda

prisa. El señor Rivers exhaló un suspiro de alivio miró a su esposa por el rabillo del ojo. Ella correspondió a su mirada. Darrell al verlos se sintió un tanto confortada. Sus padres pensaban de Zerelda lo mismo que ella.

—¿Te cubre bien la manta? —le preguntó Darrell cortés.

—Sí, gracias —respondió Zerelda. Hubo un largo silencio. Darrell se estrujó el cerebro buscando algo que decir.

—¿Quieres que te cuente algo acerca de *Torres de Malory*? —preguntó por fin a su compañera.

—Adelante, encanto —repuso Zerelda con aire somnoliento—. Suelta lo que quieras. ¿Qué tal es la profesora de nuestra clase?

—Bueno... tú no iras conmigo, porque tienes quince años, ¿verdad? —le dijo Darrell.

—Casi dieciséis —replicó Zerelda atusándose el rodete de su cabeza—. No, me figuro que no me pondrán en tu clase. No eres muy alta, ¿verdad?

—Soy tan alta como cualquiera de las de mi curso —fue la respuesta de Darrell, pensando para sus adentros que si fuese peinada de un modo tan ridículo como Zerelda, también parecería más alta.

Comenzó a hablar de *Torres de Malory*. Era su tema favorito, de manera que su voz fue sonando sin parar, describiendo el gran colegio con sus cuatro grandes torreones, uno en cada extremo... el patio situado en el centro... la enorme piscina en las rocas, que se llenaba con cada marea, y donde las niñas se bañaban durante el verano.

—Y en cada torre están los dormitorios, y nuestras salas de descanso... que son las salas donde jugamos, ¿sabes? Cuando no damos clase —aclaró Darrell—. Nuestra profesora es la señorita Potts. A propósito, ¿en qué torre estás tú?

No hubo respuesta. Darrell miró indignada a Zerelda. ¡Estaba dormida! ¡No había oído ni una palabra de lo que ella le había dicho! ¡Vaya frescura!

Capítulo 2

OTRA VEZ DE REGRESO AL COLEGIO

Darrell estaba tan enfadada con Zerelda, por haberse dormido mientras ella le hablaba de su querido *Torres de Malory*, que tomó la resolución de no decirle ni una palabra, cuando se dignase despertar.

Estuvo observando a la niña americana. Desde luego era muy atractiva, aunque el tono dorado de su pelo no fuese bonito. Darrell pensó que Brass^[1] era justamente el apelativo adecuado para Zerelda. Sus cabellos eran cobrizos. Darrell se preguntó si estarían teñidos. Pero no, seguro que nadie la hubiera dejado hacerlo. Aunque tal vez en América las niñas crecieran más deprisa.

«Es una lástima que venga a Torres de Malory —pensó Darrell mirando de cerca la hermosa cara empolvada de Zerelda con sus mejillas sonrosadas y rizadas pestañas. —No encajará. Aunque Gwendoline la adorará, supongo. ¡Porque Gwendoline siempre pierde su tonto corazón por las personas como Zerelda!».

El señor Rivers se volvió para mirar a la dormida Zerelda y dedicó a Darrell una sonrisa de camarada. Ella le correspondió con otra. Se preguntó luego cómo serían los padres de Zerelda; debía resultar bastante raro tener una hija como Zerelda.

Más pronto reaccionó.

«En realidad —pensó— puede que sean muy agradables. Tal vez sea así porque viene de un país donde las niñas crecen más aprisa que nosotras».

Darrell era una niña justa y se propuso dar una oportunidad a Zerelda.

«Menos mal que estará en otra clase superior puesto que casi tiene dieciséis años —se dijo Darrell—, y no la veré mucho. Espero que no la pongan en la Torre Norte. ¡Oh cielos! ¿Qué opinión va a formarse la señorita Potts cuando la vea?».

Se acordó de la exigente señorita Potts y de la obesa y sensata ama, que no toleraban la menor impertinencia de nadie. Y también se acordó de la profesora encargada del tercer grado, con la que Darrell había pasado ya un curso.

«¡La señorita Peters! ¡Cielos! ¡Le dará un ataque si Zerelda está en su aula! —pensó Darrell viendo a la varonil señorita Peters de voz cálida, con los ojos de la imaginación—. Casi es una lástima que no esté en mi clase. ¡Me encantaría ver cómo la señorita Peters maneja a Zerelda!».

Cuando al fin llegaron a *Torres de Malory*, Darrell estaba cansada. Se habían detenido un par de veces para comer, y Zerelda se despertó, charlando graciosa y animadamente con el señor y la señora Rivers. Al parecer consideraba que Inglaterra era «maravillosa» y también que ella, Zerelda, podía enseñarles unas cuantas cosas.

La señora Rivers se mostró amable y simpática, como con toda el mundo. El señor Rivers, que no tenía paciencia con las personas engreídas, estuvo hablando con Darrell, ignorando a la niña americana.

—¡Oye, tienes un padre «*marravilloso*»! —le dijo Zerelda a Darrell cuando reemprendieron el viaje—. Con esos ojos tan grandes... y esas cejas tan negras y pobladas... «¡*Marravilloso!*».

Darrell casi se echó a reír, y deseó decirle a su padre lo de sus «*negras y pobladas cejas*»; pero no hubo ocasión.

—Hablame de tu colegio —le rogó Zerelda con voz dulce, pensando que Darrell estaba demasiado silenciosa.

—Ya te lo he contado todo —replicó Darrell con bastante frialdad—; pero debí aburrirte, porque te quedaste completamente dormida.

—Perdona, sí que lo siento —se disculpo Zerelda.

—De tomas formas no hay tiempo para contarte nada —prosiguió Darrell—, porque hemos llegado. —Sus ojos brillaron como le ocurría siempre que veía de nuevo *Torres de Malory*.

El automóvil se detuvo ante la puerta principal, que a Darrell siempre le parecía la entrada de un castillo. La gran avenida estaba ahora llena de automóviles y niñas de todas las edades que iban de un lado a otro con maletas y palos de *lacrosse*^[2].

—Vamos —invitó Darrell a Zerelda—. Bajemos. ¡Caramba, es estupendo estar de vuelta! ¡Hola, Belinda! Oye, Irene, ¿trajiste tu certificado médico? Hola, Jean, ¿sabes algo de Sally? Está en cuarentena. Qué pena, ¿verdad?

Jean vio como Zerelda descendía del coche y se quedó embobada, como sí no pudiera dar crédito a sus ojos. Zerelda seguía sin sombrero, y los cabellos le caían en cascada sobre el hombro; y el rodete en lo alto de su cabeza resplandeció iluminado por un rayo del sol poniente.

—¡Canastos! ¿Qué es eso? ¿Pariente tuya? —preguntó. Jean.

Darrell rió.

—No, gracias a Dios. ¡Es una nueva!

—«¡*No!*». Vaya, ¿y a qué cree que ha venido a *Torres de Malory*? ¿Para actuar en una película?

Darrell iba de aquí para allá, feliz y excitada saludando a sus amigas. Su padre desató los baúles, y el portero del colegio fue a recogerlos. Darrell pudo leer la etiqueta pegada en el de Zerelda: *Torre Norte*.

«¡*Maldición! Está en nuestra torre*», pensó.

—¡Hola, Alicia! ¿Te fueron bien las cosas durante las vacaciones?

Alicia se acercó con los ojos brillantes...

—¡Fantásticas! —exclamó—. ¡Caracoles!... ¿Qué nos has traído?

—Una nueva —repuso Darrell—. Sé lo que piensas. Yo tampoco he podido apartar los ojos cuando la he visto hoy por primera vez. Es increíble, ¿verdad?

—Mira... ahí está nuestra querida Gwendoline Mary llorando apoyada en el hombro de su madre, como de costumbre —dijo Alicia atraída su atención por la vista de la madre de Gwendoline, que también estaba derramando lágrimas mientras se despedía de su hija.

—Y también está la señorita Winter, la institutriz de Gwendoline —completó Darrell—. No es extraño que la pobre Gwen no logre mejorar... continúa siendo la niña mimada de mamá. Nosotras durante el curso, le inculcamos algo de sensatez; pero vuelve a perderla durante las

vacaciones.

Gwendoline reparó en Zerelda y quedó sorprendida, mientras una mirada de admiración iba iluminando su rostro. Alicia le dio un codazo a Darrell.

—Gwendoline idolatrará a Zerelda. ¡Obsérvala! ¿No ves la expresión de su rostro? ¡Zerelda va a tener una esclava sumisa!

Gwendoline dijo algo a su madre y a su institutriz y ambas miraron a Zerelda. Pero era evidente que a ninguna de las dos les gustó tanto como a Gwendoline.

—Adiós, querida —dijo la madre de Gwendoline enjugándose los ojos—. Escíbeme montones de veces.

Pero Gwendoline Mary no le prestaba gran atención. Se preguntaba si habría alguien que cuidase de Zerelda. ¿Y si fuese ella y se ofreciera para acompañarla? Fue entonces cuando vio que Darrell estaba con la nueva alumna, y sabía que la rechazaría en cuanto se acercara.

Zerelda contemplaba todo aquel alboroto y excitación. Vestía y calzaba el mismo uniforme que las otras y, sin embargo, su aspecto era completamente muy distinto. No parecía notar las miradas curiosas que le dirigían. Darrell, viendo que sus padres iban a marcharse corrió a despedirlos.

—Resulta tan agradable verte tan feliz desde el primer momento de tu regreso —comentó su madre satisfecha de ver cómo todo el mundo saludaba a Darrell—. Ya no eres de las pequeñas, Darrell... ahora pareces muy mayor, comparada con las de primero y segundo.

—¡Ya lo creo! ¡Son bebés! —exclamó Darrell riendo—. Adiós, os escribiré el domingo como efe costumbre. Dadle recuerdos a Felicity y decidle que *Torres de Malory* está tan estupendo como siempre.

El automóvil se alejó por la avenida. Darrell fue moviendo la mano, en señal de despedida, hasta que se perdió de vista, entonces sintió una palmada en la espalda y al volverse vio a Irene.

—¡Darrell! Ven conmigo a ver al ama. No encuentro mi certificado médico.

—¡Irene! No te creo —respondió Darrell—. Sí, iré contigo. ¿Dónde está mi maletín? ¡Eh, Gwendoline! Ten cuidado con ese palo de *lacrosse*. Es la segunda vez que me das un golpe.

De repente Darrell se acordó de Zerelda.

—¡Oh, cielos! Me he olvidado de Zerelda. Ella también estará en la *Torre Norte*. Será mejor que vaya a buscarla o se verá completamente perdida. Sé como me sentí la primera vez que estuve aquí... todas riendo y charlando y yo sin conocer a un alma.

Fue en busca de Zerelda, que no parecía ni perdida ni despistada, sino completamente como en su casa; y en sus labios había una ligera sonrisa como si en realidad le divirtiera todo lo que ocurría a su alrededor.

Antes de que Darrell pudiera alcanzarla alguien adelantándose le habló.

—¿Eres nueva? Creo que estás en la *Torre Norte*. Si quieres venir conmigo te enseñaré todo un poco.

—Bien, eres muy amable —respondió Zerelda con su acento americano.

—¡Mira! —exclamó Darrell con disgusto—. ¡Ahí está Gwendoline Mary procurando acapararla! ¡Confía en «ella»! Sólo adora a las que son como Zerelda. Zerelda, ven con nosotras.

Te acompañaremos a ver al ama.

—Yo cuidaré de ella, Darrell. Ve a buscar a Sally.

—Sally no va a venir todavía —replicó Darrell—, tiene que guardar cuarentena. Ya me ocuparé de Zerelda. Vendrá con nosotras.

—Podéis acompañarme los «dos» —dijo Zerelda en tono encantador sonriendo a Gwendoline, quien la tomó del brazo y comenzó a subir con ella los suntuosos escalones del vestíbulo.

Alicia sonrió.

—Esperemos que la querida Gwendoline nos la haya quitado de las manos para siempre —comentó—. Aunque me imagino que estará en un curso superior. ¡Parece Tener dieciocho años!

Los gemidos de Irene atrajeron su atención.

—¡Oh, Irene! No puedo meterme en la cabeza que hayas vuelto a perder tu certificado médico —dijo Darrell—. No es posible que te ocurra lo mismo año tras año.

—Bueno, pues lo he perdido —repuso Irene—. Ahora venid a ver al ama conmigo y ayudadme.

Las tres chicas fueron en busca del ama. Darrell y Alicia entregaron sus certificados. El ama miró a Irene.

—Lo he perdido, ama —dijo Irene—. ¡Lo peor de todo es que ni siquiera recuerdo haberlo tenido hoy! Quiero decir que por lo general recuerdo que mamá me lo ha dado, por lo menos... pero esta vez ni siquiera recuerdo eso. Mi memoria está cada día peor.

—Tu madre ha venido a verme hace diez minutos —replicó el ama—. Y ella misma me ha dado tu certificado. Vete, Irene, o harás que yo pierda también la cabeza.

Gwendoline acompañó a Zerelda a ver al ama que la miró como si no pudiese dar crédito a sus ojos.

—¿Quién es ésta? ¡Ah!... Zerelda Brass. Sí, estás en la *Torre Norte*. ¿Es tu certificado médico? Gwendoline, está en tu dormitorio. Acompáñala allí... y... er... prepárala para bajar a cenar.

Darrell sonrió a Alicia, y Alicia le guiñó un ojo. Mañana el ama no sería tan amable con Zerelda.

—Vamos —dijo Alicia—. Hemos de abrir nuestros maletines. ¡Tengo montones de cosas que contarte, Darrell!

Capítulo 3

LA PRIMERA NOCHE

—¿Has oído decir si viene alguna otra nueva? —preguntó Darrell a Alicia.

—Sí, una. Creo que se llama Wilhelmina —repuso Alicia—. Llegará mañana. Mi hermano mayor es amigo de uno de sus hermanos. Cuando supo que iba a venir aquí, lanzó un silbido y me dijo. ¡Bill ya os espabilará!

—¿Quién es Bill? —preguntó Darrell.

—Pues Wilhelmina al parecer —contestó Alicia sacando las cosas de su maletín—. ¡Tiene siete hermanos! ¡Imagínate! «¡Siete!». Y ella es la única chica.

—¡Cielos! —exclamó Darrell tratando de imaginarse lo que sería tener siete hermanos. Ella no tenía ninguno. Alicia, tres. ¡Pero siete!

—Entonces debe de ser medio chico —opinó Darrell.

—Probablemente —fue la respuesta de Alicia—. Caramba, ¿dónde está mi cepillo de dientes? Sé que lo puse.

—¡Mira... ahí está Mavis! —exclamó Darrell, y Alicia alzó la cabeza.

Mavis había entrado nueva en el curso anterior. No tuvo gran éxito porque era perezosa y egoísta. Tenía una voz hermosa, pura y dulce; pero extrañamente profunda... una voz casi fuera de serie, que estaba siendo educada.

Mavis estaba orgulloso de su voz y de la carrera que iba a tener.

—Cuando sea cantante de ópera —siempre estaba diciendo—, cantaré en Milán y en Nueva York, Cuando sea cantante de ópera, yo...

Las otras se cansaron de oír hablar de la futura carrera de Mavis, pero estaban impresionadas por su voz potente y profunda, que llenaba con facilidad el gran vestíbulo del colegio. Era tan rica y aterciopelada que incluso las más pequeñas escuchaban embelesadas.

—Lo peor de Mavis es que se cree perfecta porque tiene una voz tan bonita. —Se había lamentado Jean cientos de veces durante el curso anterior. Jean era la jefa de clase del tercer curso, muy consciente y responsable—. No se da cuenta de que sólo es una colegiala con deberes que hacer, lecciones que estudiar, y juegos que jugar. Siempre está pensando en su voz... que es maravillosa, como todas reconocemos. ¡Qué lástima que una persona tan mediocre posea tan hermosa voz!

A Darrell no le había gustado Mavis, y ahora la observó, viendo un rostro pequeño y engreído, con unos ojos oscuros muy menudos y una boca grande. Llevaba los cabellos peinados en dos gruesas trenzas.

—Mavis es toda voz y vanidad, pero nada más —afirmó Darrell—. Sé que digo algo horrible, pero es cierto.

—Sí —respondió Alicia deteniéndose para mirar a Mavis—. Y no obstante, Darrell, esa niña

hará una carrera maravillosa con esa voz. Es única, y más tarde tendrá el mundo entero a sus pies. Lo malo es que ahora ya lo sabe.

—Me pregunto si Gwendoline continuará andando tras ella ahora que ha encontrado a Zerelda —inquirió Darrell—. Gwendoline siempre dispuesta a revolotear alrededor de cualquiera que fuese rico, hermoso o superdotado, estuvo persiguiendo a Mavis de un modo ridículo el curso anterior. Pero entonces Gwendoline era incapaz de saber que uno puede escoger sus amigos por cosas muy distintas. No comprendía por qué a Darrell le gustaba Sally, ni por qué a Daphne le agradaba Mary-Lou, ni por qué todas simpatizaban con la sincera y eficiente Jean.

—¿Dónde está Betty? —preguntó Darrell—. Todavía no la he visto.

—Betty era la mejor amiga de Alicia, tan inteligente y divertida como ella; y casi tan mordaz. No estaba en la *Torre Norte*, ante la contrariedad de Alicia. Pero la señorita Grayling, la Directora del colegio no tenía intención de poner a las dos niñas en la misma vivienda. Lamentaba que fuesen amigas, porque eran demasiado iguales, y continuamente se veían en apuros por causa de sus modales despreocupados y tranquilos.

—Betty no vendrá hasta mitad de curso —dijo Alicia con pesar—. Tiene la tos ferina. Imagínate... han de pasar seis semanas hasta que venga. Acaba de enfermar ahora. Lo supe ayer.

—La echarás de menos, ¿verdad? —inquirió Darrell—. Yo también encontraré a faltar a Sally.

—Bueno, tendremos que consolarnos mutuamente hasta que regresen Betty y Sally —propuso Alicia.

Darrell asintió. Alicia le divertía. Siempre disfrutaba a su lado, y aunque su lengua era afilada, tenía chispa. Además la suerte no la abandonaba. Era muy inteligente y podía hacer el tonto cuanto quisiera, sin menoscabo de mantener su sitio en clase.

«*Si lo hiciera yo, pasaría a ser la última en el acto —pensó Darrell—. Tengo un buen cerebro, pero tengo que ejercitarlo todo el tiempo. Y el de Alicia trabaja lo mismo tanto si lo ejercitó como no*».

Mary-Lou se acercó a las muchachas. Había crecido un poco más, pero seguía siendo la niña de aspecto asustado.

—¡Hola! —les dijo—. ¿De dónde sacaste a Zerelda, Darrell? He sabido que vino contigo. ¿Cuántos años tiene? ¿Dieciocho?

—No. Casi dieciséis —aclaró Darrell—. Supongo que Gwendoline ya se habrá pegado a ella. ¿No es el colmo? ¿Qué crees tú que dirá la señorita Potts cuando vea a Zerelda?

La señorita Potts era la encargada de la *Torre Norte* y, al igual que el ama, no soportaba tonterías de ninguna especie. La mayoría de las niñas habían estado en su clase porque enseñaba a las pequeñas. Todas la querían y respetaban. Unas pocas, tales como Gwendoline y Mavis, la temían porque solía ser muy sarcástica cuando trataba a niñas presuntuosas.

Darrell se sentía bastante sola sin tener a Sally para reír y hacer comentarios. Se alegró de poder contar con Alicia. Belinda se unió a ellas.

—Darrell, ¿dónde, está Sally? Durante las vacaciones, hice algunos dibujos estupendos. Fui al circo, y llené todo un libro de apuntes circenses. ¡Debieras ver los payasos!

—Enséñanoslos esta noche —le pidió Darrell con ansiedad.

A todas les encantaban los dibujos de Belinda. Tenía un don para el dibujo, pero, al contrario de Mavis, no se le ocurría nunca hablar de ello, ni de su futura carrera. Era ante todo una buena colegiala y además una consumada artista.

—¿Viste a Irene? —preguntó Alicia y Belinda asintió. Irene era su amiga y las dos se llevaban muy bien. Irene era un talento para la música y las matemáticas; pero una despistada para todo lo demás. Belinda servía para el dibujo y era bastante eficiente en otras asignaturas, aparte de ser casi tan despistada como Irene. La clase se divertía mucho con ellas.

—¿Viste a Zerelda? —preguntó Darrell sonriendo. Era la pregunta que todo el mundo hacía aquella noche. Nadie había visto una niña similar hasta entonces.

Aquella noche durante la cena hubo gran alboroto. Todas estaban excitadas. *Mademoiselle Dupont* sonrió a la cabecera de la mesa de las de tercero de la *Torre Norte*.

—¿Qué tal fueron las vacaciones? —preguntó a todas—. ¿Habéis ido, al teatro y al circo? Supongo que ahora estaréis dispuestas a trabajar y hacerme buenas traducciones. «¿*N'est ce pas?*».

Se oyó un gemido general.

—¡No, *Mademoiselle!* No nos haga traducir francés este año. ¡Hemos olvidado todo nuestro francés!

Mademoiselle recorrió con la mirada toda la mesa, en busca de caras nuevas. Siempre le gustaba mostrarse particularmente amable con las nuevas alumnos. De pronto vio a Zerelda y la contempló con asombro. Zerelda había vuelto a peinarse con su rulo encima de la cabeza. Sus labios tenían un color rojo muy sospechoso, y sus mejillas estaban demasiado sonrosadas.

«Ésta niña parece una artista de cine —se dijo para sus adentros—. ¡Oh, lá lá! ¿Por qué ha venido aquí? No es una niña jovencita. Parece mayor... por lo menos debe tener veinte años ¿Por qué la señorita Grayling la ha puesto aquí? No hace para Torres de Malory».

Zerelda parecía estar en su casa, y cenó con toda compostura. Estaba sentada junto a Gwendoline, quien trataba de hacerla hablar. Pero Zerelda no era como Mavis, que siempre deseaba hablar de sí misma, aunque respondió a la niña con bastante cortesía.

—¿Has vivido siempre en América? ¿Crees que te gustará Inglaterra? —insistía Gwendoline.

—Creo que Inglaterra es sencillamente «*marravillosa*» —repuso Zerelda por sexta vez—. Creo que esos pequeños campos son «*marravillosos*» lo mismo que vuestras casitas. También la gente me parece «*marravillosa*».

—«*Marravillosa*», ¿verdad? —dijo Alicia por lo bajo a Darrell—. Una «*marravilla*».

Todo el mundo solía acostarse temprano la primera noche, porque la mayoría habían tenido que realizar largos viajes para trasladarse a Cornwall. En realidad, antes de que terminara la cena pudieron oírse varios bostezos ruidosos.

Zerelda quedó muy sorprendida cuando Gwendoline le informó que aquella noche tenían que acostarse a las ocho.

—Aunque sola es esta noche —aclaró Gwendoline—. Mañana las de tercero nos acostaremos a las nueve.

—A las «*nueve*» —repitió Zerelda asombrada—. Pero en mi país nos acostamos cuando

queremos. Yo jamás me acuesto tan temprano.

—Bueno, pues bien que dormiste en el coche —le espetó Darrell sin poderse contener—. De manera que debes estar cansada.

Después de cenar todas fueron a la sala común, escogieron sus armarios, discutieron, pusieron la radio, volvieron a apagarla, bostezaron, atizaron el fuego, burlándose de Mary-Lou porque se asustó al saltar una chispa, y luego cantaron algunas canciones.

La voz de Mavis dominaba todas las demás. Realmente era una voz notable, grave y potente. Parecía imposible que surgiera de Mavis, que no era muy crecida para su edad. Una por una las niñas fueron callando para escuchar. Mavis siguió cantando. Le encantaba el sonido de su propia voz.

—«¡Marravillosa!» —exclamó Zerelda aplaudiendo con fuerza cuando acabó la canción—. ¡Sobresaliente!

Mavis pareció complacida.

—Cuando sea cantante de ópera —comenzó a decir.

Zerelda la interrumpió.

—Oh, eso es lo que vas a ser, ¿eh? Vaya, eso es magnífico. ¡«Yo» seré estrella de cine!

—¿De cine? ¿Qué quieres decir? ¿Artista de cine? —exclamó Gwendoline Mary con los ojos muy abiertos.

—Sí. En realidad ya actúo y lo hago bastante bien —dijo Zerelda sin gran modestia—. En casa siempre estoy ensayando. Claro que pertenezco a la Sociedad Dramática, y el año pasado en el colegio representé a lady Macbeth en la obra de Shakespeare. Fue...

—«¡Marravilloso!» —exclamaron Alicia, Irene y Belinda a coro. Zerelda rió.

—Me figuro que no pronuncio las palabras como vosotras —dijo de buen talante.

—Éste curso tendrás oportunidad de demostrar lo bien que sabes representar —le dijo Gwendoline recordando algo—. Nuestra clase tiene que representar una obra... «*Romeo y Julieta*». Tú podrías hacer de Julieta.

—Eso depende de la señorita Hibbert —intervino la voz de Daphne al punto. Daphne ya se había imaginado representando el papel de Julieta—. La señorita Hibbert es nuestra profesora de inglés, Zerelda, y...

—A la cama, niñas —dijo la voz de la señorita Potts desde la puerta—. ¡Son las ocho! Vamos, todo el mundo a la cama o mañana no habrá quien se levante.

Capítulo 4

ZERELDA INGRESA EN CUARTO CURSO

El día siguiente fue muy divertido. Las niñas corrieron al salón de estudio del tercer curso, que daba al patio, y desde el cual se veía el mar a lo lejos.

—Zerelda tiene que ir al salón de estudio del cuarto curso —dijo Jean buscando a la niña americana—. No estará con nosotras.

—Me lo suponía —replicó Zerelda—. Soy mayor que vosotras.

Jean la miró y le dijo en tono maternal.

—Zerelda, será mejor que te dé un consejo. A la señorita Williams, que es la profesora de cuarto, no va a gustarle tu peinado... ni tus labios pintados. Será mejor que te cambies el tocado, y te quites la pintura antes de entrar en la clase de cuarto. De lo contrario te obligarán a la fuerza.

—¿Por qué he de supeditarme a lo que tú me digas? —exclamó Zerelda herida al punto en su dignidad. Tenía un gran concepto de su apariencia y no podía soportar que fuese criticada por una de aquellas niñas inglesas.

—Verás, yo soy la jefe de este curso —repuso Jean.

Por eso me molesto en decírtelo, para evitarte un disgusto.

—Pero si el peinado de Zerelda es precioso —dijo Gwendoline que siempre lamentaba tener que llevar el cabello cuidadosamente recogida en vez de suelto como una cascada dorada sobre sus hombros.

Nadie hizo el menor caso del comentario de Gwendoline.

—Bueno, gracias de todas formas, Jean; pero no voy a convertirme en una colegiala inglesa con trenzas —exclamó Zerelda con su acento lento e insolente—. Me figuro que de todas maneras no me parecería a vosotras. ¡Miraros, todas iguales! Deberíais permitirme que os enseñara a maquillaros... ¡pronto tendríais otro aspecto!

Daphne que se consideraba muy bonita, rió dolida, al tiempo que comentaba:

—¡Nadie quiere parecer un espantapájaros como tú! ¡Si pudieras verte!

—Me he visto —replicó Zerelda—. ¡Ésta mañana me he mirado al espejo!

—Donde fueres haz lo que vieres —sentenció Jean en tono solemne—. Cuando estés en Roma haz lo mismo que los romanos.

—Pero yo no estoy en Roma —replicó Zerelda.

—No. ¡Y es una lástima! —exclamó Alicia—. Desearás estar allí dentro de pocos minutos, en cuanto te eche la vista encima la señorita Williams. Ve a la clase de al lado por amor de Dios. La señorita Williams llegará dentro de medio minuto. Lo mismo que nuestra profesora, la señorita Peters, y a ésta le va a dar un ataque si te ve.

Zerelda sonrió de buen talante, y fue hacia su clase. Al llegar a la puerta la señorita Williams llegaba apresuradamente para hacerse cargo de la clase de cuarto. Ambas se encontraron en la

puerta.

La señorita Williams no tenía idea de que Zerelda fuese una de su clase. ¡Parecía tan mayor! La señorita Williams parpadeó un par de veces tratando de recordar quién sería Zerelda. ¿Acaso una de las nuevas profesoras auxiliares?

—Er... déjeme que piense... usted es la señorita, señorita... er... señorita... —comenzó la profesora Williams.

—Zerelda —repuso la niña pensando que era un poco raro que las profesoras llamaran «señoritas» a las alumnas.

—Señorita Zerelda —prosiguió la señorita Williams sin darse cuenta de nada—. ¿Me buscaba usted, señorita Zerelda?

Zerelda estaba un tanto asombrada.

—Bueno... er... exactamente no —le contestó—. Me dijeron que viniera a su clase. Yo soy de cuarto curso...

—¡Cielo Santo! —exclamó la profesora con voz débil—. ¿No... no serás una de las alumnas?

—Sí, señorita Williams —repuso Zerelda pensando que la profesora se comportaba de un modo muy extraño—. Salvo que me haya confundido. ¿No es esta la clase de cuarto?

—Sí —respondió la señorita Williams recobrándose al punto—. Ésta es el aula de cuarto curso. Pero no entres así. ¿Qué es eso que llevas encima de la cabeza?

Zerelda quedó todavía más asombrada. ¿Llevaría puesto algún sombrero por equivocación? Se palpó para comprobarlo. No, no llevaba sombrero.

—No llevo nada en la cabeza —contestó.

—Sí. ¿Qué es «esto»? —insistió la señorita Williams tocando el enorme rulo de cabellos que Zerelda había colocado imitando a una estrella de cine famosa.

—¿Esto? Oh, es parte de mi cabello —replicó Zerelda preguntándose si la señorita Williams no estaría un poco loca—. «Es» mi cabello, señorita Williams. He enrollado la parte de delante y lo he sujetado con horquillas.

La señorita Williams contempló en silencio el rodete de cabellos cobrizos y la cascada de bucles que caía sobre el cuello de Zerelda. Examinó los rojos labios, e incluso las curvadas pestañas para asegurarse de que eran reales y no postizas.

—Bien, Zerelda, no puedo admitirte en mi clase tal como vas —le dijo muy digna—. Quítate este peinado, y sujétate el pelo en la parte de atrás. Limpíate los labios, y vuelve a bajar dentro de cinco minutos.

Y dicho esto desapareció dentro de la clase cerrando la puerta a sus espaldas. Zerelda se quedó de una pieza, y se palpó el rodete. ¿Qué le ocurría? ¿Acaso no era exactamente igual al de Lossie Laxton, la artista de cine que tanto admiraba?

Zerelda frunció el ceño.

«¡Valiente colegio! —se dijo para sus adentros—. Allí habían un montón de niñas, creciendo a toda prisa, y ninguna de ellas sabía peinarse, ni ser elegante... y apuesto a que todas son estúpidas como lechuzas».

Terminó su pensamiento en voz alta.

Decidió subir a cambiar su peinado. Aquélla exigente y estirada señorita Williams podía decírselo a la directora. A Zerelda le había impresionado mucho la personalidad de la señorita Grayling, durante la breve charla que sostuvo con ella. ¿Qué le había dicho la directora? Que aprendiera a tener buen corazón, a ser amable, sensata, responsable, buena... una mujer en la que el mundo pudiera descansar. También dijo que tal vez Zerelda, durante su estancia en Inglaterra aprendiese algo que luego pudiera ayudarla... y que ella, siendo sensata y comprensiva, también podría enseñar algo a las niñas inglesas.

«Bueno, no deseo ver la parte mala de la señorita Grayling por el momento», pensó Zerelda mientras se dirigía a su dormitorio.

«¿Dónde está nuestro dormitorio? —Se quejó mentalmente—. En este sitio nunca encuentro nada».

Por fin dio con el dormitorio y fue a peinarse. Se miró al espejo. Estaba muy triste por tener que quitarse aquel hermoso bucle de pelo. Tardaba mucho tiempo en colocárselo cada mañana. Pero fue quitando las horquillas y lo cepilló. Lo dividió en dos partes, y sujetó la mata de peto con una cinta para que no flotara libremente sobre sus hombros.

Al momento pareció más joven. Se quitó la pintura de los labios, y volvió a mirarse.

«Ahora pareces vulgar e insignificante, Zerelda —se dijo interiormente—. ¿Qué diría papá? ¡No me conocería!».

Pero Zerelda no parecía vulgar ni insignificante, sino una jovencita, con un rostro agradable y natural. Bajó lentamente a la clase. No estaba segura de si debía o no llamar a la puerta. Todo parecía tan distinto en aquel colegio inglés... eran más corteses y educadas que en el colegio americano. Decidió llamar.

—¡Adelante! —dijo la voz impaciente de la señorita Williams que ya se había olvidado de Zerelda.

Zerelda entró. ¡Estaba tan distinta que la señorita Williams no la reconoció!

—¿Qué deseas? —le preguntó a Zerelda. ¿Vienes a traerme algún recado?

—No —repuso la niña extraña—, yo soy de cuarto curso, ¿verdad?

—¿Cómo te llamas? —le preguntó la señorita Williams buscando la lista de nombres.

Ahora Zerelda se había convencido plenamente de que la señorita Williams estaba loca de remate.

—Ya se lo dije antes —respondió—. Soy Zerelda.

—Oh, cielo santo... de manera que eres tú —dijo la señorita Williams mirándola fijamente—. ¡Vaya, quien iba a pensar que aquel peinado te diera un aspecto tan distinto! Ven a sentarte. Ése sitio de ahí es el tuyo.

Las de cuarto curso estaban extrañadas y divertidas. Todas eran niñas trabajadoras y estudiosas, de quince años, que aquel año tenían que conseguir el Certificado Escolar.

—Veamos... ¿cuántos años tienes Zerelda? —le dijo la señorita Williams tratando de encontrar el nombre de Zerelda en la lista.

—Casi dieciséis —contestó Zerelda.

—Entonces es probable que encuentres fácil el trabajo de este curso —dijo la señorita

Williams—; pero como es tu primer curso en un colegio inglés, ya te irá bien. Habrán muchas cosas distintas que tendrás que aprender.

Zerelda echó un vistazo a sus compañeras de cuarto curso. Pensó que eran demasiado inteligentes para ser descritas con palabras. ¡Qué serias eran! Hubieran deseado encontrarse en tercer curso con Alicia Darrell, Belinda y el resto. Todas le habían parecido alegres y despreocupadas.

Las de tercero estaban ocupadas haciendo listas de obligaciones y copiando tablas de horarios. Les fueron entregados los libros. La señorita Peters, alta, varonil, con sus cabellos cortos y voz grave, era la encargada de enseñarles. Las niñas la querían aunque algunas veces deseaban que no las tratase como si fuesen muchachos. Tenía una risa cálida y modales francos. Durante las vacaciones montaba a caballo, prácticamente todo el tiempo; y era la encargada de dar las clases de equitación los sábados por la mañana en *Torres de Malory*.

—La verdad es que me sorprende que no venga a clase con los pantalones de montar —decía Alicia a menudo a las de tercero haciéndolas reír—. ¡Seguro que odia las faldas!

—¿Separo los libros para la nueva, Wilhelmina Robinson? —preguntó Jean que era la encargada de los libros—. ¿Cuándo va a venir, señorita Peters?

—Ésta mañana, según creo —repuso la profesora—. Ella y sus hermanos han tenido que guardar cuarentena, no sé por qué motivo. Creo que la señorita Grayling dijo que llegaría esta mañana. Supongo que en automóvil.

Después del recreo, los de tercero fueron a lo salo de costura por espacio de media hora, y desde allí vieron la llegada, la asombrosa llegada de Wilhelmina Robinson.

De pronto oyeron ruido de cascos de cabal los en el exterior... un ruido tremendo. Alicia fue en dos zancadas hasta la ventana, preguntándose si alguien estaría tomando clases de equitación; pero lanzó un grito.

—¡Vaya! ¡Mirad esto! ¿Quién será?

Toda la clase acudió a la ventana. La buena y dulce profesora de costura protestó ligeramente.

—¡Niñas, niñas! ¿Qué estáis haciendo?

—Señorita Donnelly, venga a ver —le dijo Alicia.

La profesora acudió a la ventana, viendo a una niña montando un caballo negro, y con ella siete muchachos, cuya edad iba de los ocho a los dieciocho años, ¡cada uno con su montura! Se oían risas, el corveteo de los caballos y los gritos de «¡Eh, aquí!».

—¡Cielos! ¡Debe de ser Wilhelmina! —exclamó Darrell—. ¡Y sus siete hermanos! ¡No me digáis que sus hermanos también ingresarán en *Torres de Malory*!

—¡Vaya! ¡Valiente manera de llegar! —comentó desdeñosamente Gwendoline Mary—. ¡Galopando como cosacos! ¡La familia de Wilhelmina debe de ser muy peculiar!

Capítulo 5

LA LLEGADA DE WILHELMINA

Por desgracia la campana llamando a la clase siguiente sonó en aquel momento, y las de tercero no pudieron ver lo que ocurría a continuación. ¿Saldría la señorita Grayling a recibir a los jinetes? ¿Cómo entraría Wilhelmina en *Torres de Malory*? ¿Darrell la imaginaba subiendo a caballo los peldaños del recibidor!

—¡Cielos! Mira que llegar al colegio montada a caballo —dijo Alicia—. Supongo que su caballo se quedará aquí. Hay otras dos niñas que los tienen. ¡Y venir con sus siete hermanos! ¡Vaya una niña!

Nadie había podido ver con claridad qué aspecto tenía Wilhelmina. En realidad, fue difícil diferenciarla de los chicos; puesto que todos llevaban pantalones de montar. Las de tercero fueron a su clase comentando la llegada con animación. ¡Wilhelmina prometía ser «alguien»!

—Me da miedo —exclamó Mary-Lou.

—No seas tonta —le replicó Mavis que siempre se mostraba dura como Mary-Lou—. ¿Por qué ha de darte miedo? En todo caso asco. Yo aborrezco a las chicas muchachotes, y estoy segura de que ella lo es. No pensará más que en caballos y en perros, y también olerá a eso. Es lo que le ocurre a la gente que está tan loca por los animales.

—Pues la señorita Peters no piensa como tú —repuso Darrell.

—¡Oh, la señorita Peters! —exclamó Mavis—. Lo que más me alegra es salir de su clase. ¡Es demasiado exigente!

Darrell se echó a reír. La señorita Peters era bastante exigente y vocinglera, pero de buena pasta; Aunque no resultaba simpática a los caracteres como Mavis. Tampoco tenía mucha paciencia con Alicia y Betty, cuando le gastaban alguna de sus estúpidas bromas. En realidad se había mostrado tan contraria a los trucos en clase, que Alicia y Betty, las pobres, habían dejado de ponerlos en práctica.

Aquella mañana Wilhelmina no apareció por la clase, pero Jean encontró al ama esperándola en el pasillo, cuando el tercer curso salió para dirigirse al comedor. Acompañaba al ama alguien que, aparte del uniforme del colegio, parecía exactamente un muchacho.

—Jean —le dijo el ama—. Tú eres la jefe de clase de tercero, ¿verdad? Bien, ocúpate de Wilhelmina por mí, ¿quieres? Y llévala al comedor. No pudo venir ayer porque no había terminado la cuarentena. Mira, Wilhelmina, ésta es Jean... la jefe de clase de vuestro curso.

—Hola —dijo Wilhelmina con una sonrisa masculina que dejó al descubierto unos dientes muy blancos y simétricos. Jean la miró y le gustó en seguida.

Wilhelmina llevaba el cabello cortado casi como el de un muchacho, aunque se le rizaba un poco, cosa que le contrariaba. Su rostro era cuadrado, su nariz respingona, la boca grande, y los ojos color castaño claro y muy separados. Su tez estaba cubierta de pecas desde la frente a la

pequeña, pero enérgica barbilla.

—Hola —le contestó Jean—. Te vi llegar... a caballo, ¿verdad?

—Sí —dijo Wilhelmina—. Me acompañaron mis siete hermanos. Mamó se enfadó mucho. Ella quería que fuera en el coche con ella y papá... pero cogimos nuestros caballos y salimos galopando antes que ellos.

—¡Cielo santo! —exclamó Jean—. ¿Eso hicisteis? ¿Cada uno tiene un caballo?

—Sí. Tenemos unos establos muy grandes —le explicó Wilhelmina. Papá se dedica a la cría de caballos de carreras. Oye... yo nunca he estado en un internado. ¿Es horrible? Si lo es, montaré sobre «*Trueno*» y saldré corriendo.

Jean miró a Wilhelmina preguntándose si lo diría en serio, y comprendió que no. Riendo, llevó a Wilhelmina hacia el cuarto de aseo, porque debía lavarse las manos antes de comer. ¡De lo contrario la señorita Potts se hubiese dado cuenta de que las tenía manchadas de tinta!

—*Torres de Malory* es un colegio estupendo —le dijo Jean—. Te gustará.

—¿Podré montar a «*Trueno*» cada día? —preguntó Wilhelmina mirando a su alrededor en el gran cuarto de aseo donde las niñas charlaban y reían mientras se lavaban—. Te aseguro que no hubiera venido si no me dejan traer a «*Trueno*». Tendré que cuidar de él también, aunque eso represente perderme algunas clases. No le gustaría que cuidara de él nadie que no fuese yo.

—¿Nunca habías ido a un colegio? —le preguntó Belinda que había estado escuchando todo esto con interés.

—No. Daba clase con el tutor de tres de mis hermanos —respondió Wilhelmina—. No había ningún colegio cerca. Vivimos en pleno campo. Supongo que seré la última de la clase.

A Belinda le agradó aquella niña tan espontánea.

—Apuesto a que no —le dijo mirando a su alrededor para ver si estaba cerca Gwendoline. Sí, estaba allí—. ¡Por lo menos mientras Gwendoline Mary esté en la clase!

—No seas mala —contestó Gwendoline furiosa al ver que se burlaban de ella delante de la nueva compañera.

—Puede que al principio te resulte todo un poco extraño —prosiguió Jean—. Ayuda el haber estado antes en otros colegios... pero no habiendo estado en ninguno... bueno, seguro que te encontrarás un poco rara, Wilhelmina.

—Escucha, ¿te importaría que te pidiera un favor? —dijo Wilhelmina mirando fijamente a Jean.

—¿Qué es? —inquirió Jean preguntándose qué vendría a continuación. Las otras las rodearon para escuchar. Wilhelmina las miró a todas.

—Bueno —comenzó—, en mi vida me han llamado Wilhelmina. Es un nombre horrible. Todo el mundo me llama Bill. Después de todo la gente llama Bill a los Williams para —abreviar, ¿verdad? Por eso mis hermanos me llaman Bill, como diminutivo de Wilhelmina. Si todas empezáis a llamarme Wilhelmina me sentiré muy desgraciada. No me parecerá que sea yo.

En los casos corrientes si una nueva hubiese solicitado un apodo todas se hubiesen reído, o aconsejado que lo pensara mejor. Los apodos sólo se dan a las personas que se conocen mucho y simpatizan. Gwendoline Mary abrió la boca para decirlo, pero Belinda habló primero.

—Sí. Te llamaremos Bill. Te va muy bien. Wilhelmina es un nombre bonito para según que persona, pero no para ti. Realmente «eres» Bill. ¿Qué decís, Darrell... y Jean?

Todas se pusieron de acuerdo en seguida. No podían por menos de gustarles aquella niña pecosa y espontánea, con sus cabellos cortos y su franca sonrisa. «Era» Bill. No podían llamarla de otra manera.

—Bueno, muchas gracias —dijo Bill—. «*Muchísimas*» gracias. Ahora ya puedo olvidarme de que me bautizaron poniéndome Wilhelmina.

Mavis y Gwendoline Mary parecieron no aprobar esta decisión. ¿Por qué habían de darle en seguida un apodo a una nueva, sólo porque ella lo quería? Daphne tampoco estaba de acuerdo. ¿Cómo era posible que a una niña le gustase un nombre de chico? ¿Y cómo podía gustarle a nadie llevar el cabello tan corto como Wilhelmina, y tener tantas pecas? ¡Vaya, Daphne no hubiera podido soportar ni una sola peca!

Zerelda entró en el cuarto de aseo, peinada correctamente sin el rodete en lo alto de su cabeza. Jean la miró.

—Caramba, Zerelda, qué distinta estás... pareces diez años más joven. Apuesto a que la señorita Williams se pondría como loca al verte, ¿verdad?

—Desde luego está loca —replicó Zerelda—, quiero decir rara. La tengo verdadero miedo. ¡Ojalá tuviera a vuestra profesora la señorita Peters! Oye... ¿qué diantres es esto?

Y se quedó contemplando con asombro a Bill, quien sostuvo su mirada sin la menor violencia. Las dos se examinaron de arriba abajo.

—¿Eres chico o chica? —le preguntó Zerelda—. ¡Yo no lo sé!

—Me llamo Bill —repuso Bill con una sonrisa—. Abreviatura de Wilhelmina. ¿Y tú?

—Zerelda. Abreviatura de nada —replicó Zerelda—. ¿Por qué llevas el pelo así?

—Porque no puedo soportar el llevarlo como tú —replicó Bill.

Zerelda volvió a mirarla como si no pudiese dar crédito a sus oídos.

—Nunca había visto una niña como tú. Oye, eres «*marravillosa*». ¡Sí, todos los ingleses sois «*marravillosos*»!

—Cualquiera diría que tu madre no es inglesa —intervino Darrell—. Y has vivido con ella toda la vida, ¿no es cierto? Siempre hablas como si no hubieses conocido nunca a un inglés.

—Mi madre es más americana que nadie —contestó Zerelda—. No sé por qué se le ha metido en la cabeza el que viniera a Inglaterra. Ha olvidado que haya sido inglesa. Me gustaría llevarte a América conmigo Bill. ¡Vaya, allí nadie podría creer que fueses de verdad! Eres...

—«¡*MARRAVILLOSA!*» —corearon todas al unísono, y Zerelda rió.

Sonó una campana.

—¡A comer! —gritó Belinda—. Estoy muerta de hambre. ¡Aquí nos dan un desayuno asqueroso!

—¡Asqueroso! —convinieron todas. Todas habían comido grandes platos de potaje, leche, huevos revueltos, tostadas y mermelada; pero siempre decían que la comida era «*asquerosa*»; a menos, claro está, que un extraño se atreviese a criticar la comida del colegio; Porque entonces se convertía al instante en «*demasiado estupenda para ser descrita con palabras*».

Bajaron al comedor. Zerelda fue a sentarse con las de tercero, habiendo hecho tan mal papel en el cuarto curso aquella mañana, y sintiéndose insignificante; pero la señorita Williams fue a buscarla.

—¡Zerelda! Ahora has de comer en aquella mesa. Déjame que vea tu peinado.

Zerelda se sometió al detenido examen de la señorita Williams, alegrándose de no haberse pintado los labios. ¿Cómo se atrevía la señorita Williams a tratarla como a una niña de seis años? Estaba furiosa y contrariada, pero pronto se animó al ver las grandes fuentes de estofado, rodeadas de toda clase de verduras. ¡Cómo le gustaban las comidas inglesas! Eran... no, «*marravillosas*» no... ¿cuál era la palabra que empleaban las otras?... sí, eran estupendas.

Darrell escribió a Sally aquella noche hablándole de Bill y Zerelda.

«Bill te gustará (es el diminutivo de Wilhelmina) —escribió—. Toda sonrisas y pecas. Lleva el cabello muy corto, está loca por los caballos, tiene siete hermanos, dice exactamente lo que piensa, y sin embargo no nos importa lo más mínimo».

Mordió la pluma antes de continuar.

«Pero, en cuanto a Zerelda... Se cree que va a ser artista de cine y dice que es marravillosa actuando. ¡Debieras haber visto como iba peinada... y como se maquillaba! Pensamos que íbamos a divertirnos con ella y bajarle un poco los humos, pero después de todo no está en nuestro curso. Tiene casi dieciséis años y va al cuarto. Creo que a la señorita Williams casi le dio un ataque cuando la vio entrar en clase esta mañana. Sally, date prisa en regresar. Betty tampoco ha llegado, de manera que Alicia y yo nos hacemos compañía mutuamente; pero yo te prefiero mucho más a ti. En ti confío, en Alicia no. Me da la sensación de que con ella voy a hacer tonterías. ¡Espero vivir hasta que vuelvas!».

Alguien asomó la cabeza por la puerta.

—¡Eh!, ¿está aquí Wilhelmina? El ama la llama. ¡Wilhelmina!

Nadie se movió.

—¡Wilhelmina! —volvió a llamar la voz—. ¡Eh, tú, niña nueva! ¿No eres tú Wilhelmina?

Bill se apresuró a dejar el libro.

—¡Cielos, sí que soy yo! —exclamó—. Me había olvidado. Debo decir al ama que me llame Bill.

Salió entre la risa de todas.

—¡La buena de Bill! ¡Me gustaría ver la cara que pone el ama cuando le diga que la llame Bill! —dijo Belinda.

Capítulo 6

BILL Y «TRUENO»

Al cabo de pocos días a Darrell le parecía que llevaba semanas en el colegio. Le daba la impresión de que su casa estaba muy lejos; y pensó con pena en su hermana Felicity, que asistía a un colegio como externa. Vaya, Felicity, no podía «adivinar» siquiera lo que era estar en un internado; donde todas las niñas se levantan a la misma hora, comen juntas, planean las diversiones cada tarde en grupo, y luego corren a acostarse todas a la vez.

Wilhelmina o Bill, había estado bastante silenciosa durante los dos o tres primeros días. Darrell se preguntaba si añoraría su casa. Por lo general las niñas felices y normales no se extrañaban... la vida en *Torres de Malory* era tan llena y alegre, que realmente no quedaba tiempo para nada de eso.

De todas formas le pareció que Bill estaba algo seria.

—¿No echarás de menos tu casa, verdad? —le preguntó una mañana, mientras caminaba por uno de los pasillos al lado de Bill.

—¡Oh no! Lo que echo de menos son los caballos —repuso Bill sorprendiéndola—. No ceso de pensar en todos los que quedaron en casa y que tanto quiero... «Hermosura», «Estrella», «Negrito», «Terciopelo», «Medianoche», «Señorita Muffet», «Ladybird», y...

—¡Cielo santo! ¿Cómo puedes acordarte de tantos nombres? —exclamó Darrell sorprendida.

—No podría olvidarlos —repuso Bill en tono solemne—. *Torres de Malory* va a gustarme, lo sé; pero no puedo evitar el echar de menos a todos nuestros caballos; y el estruendo de sus cascos y su modo de piafar y relinchar... ¡Oh, tú no puedes comprenderlo, Darrell! Sé que me creerás tonta. Verás, tres de mis hermanos y yo solíamos ir a caballo cada mañana a casa del tutor... a cuatro kilómetros de distancia... y éramos nosotros quienes ensillábamos a nuestros caballos... y luego salíamos galopando por las colinas.

—Bueno, no podías seguir haciéndolo toda la vida —dijo Darrell sensatamente—. Y de todas formas, podrás volver a hacerlo durante las vacaciones. Tienes suerte de haber podido traer a «Trueno» contigo.

—Por eso vine a *Torres de Malory* —respondió Bill—, porque podía traer a «Trueno». Oh querida Darrell... está tan lejos el fin de semana, cuando no hay clases... Estoy temiendo pensar lo que ocurrirá cuando tenga que asistir a las clases y no pueda ver a «Trueno» en todo el día. Es una lástima que la señorita Peters no le permita estar al fondo de la clase. Se portaría bien.

Darrell soltó un torrente de carcajadas.

—¡Oh, Bill! ¡Tú estás loca! A mí también me encantaría que «Trueno» estuviese en clase. Estoy segura de que *Mademoiselle* le enseñaría a relinchar en francés.

—No lo haría. No le gustan los caballos. Me lo dijo —replicó Bill—. Le dan miedo. ¡Imagínate, Darrell! Jamás hubiera pensado que existiese alguien en el mundo lo bastante tonto

para tener miedo de un caballo.

La mayor parte de las de tercero habían ido a los establos a ver el maravilloso caballo de Bill. En realidad a Darrell no le parecía maravilloso, puesto que no entendía gran cosa de caballos; pero le parecía estupendo su modo de dar la bienvenida a Bill, relinchando de placer, y apoyando su gran belfo aterciopelado en el arco de su brazo, y demostrándole lo más claramente posible que adoraba cada centímetro de su pecosa amita.

Mavis, Gwendoline, Daphne y Mary-Lou no se acercaron a él. Era un caballo grande, negro, y estaban seguras de que debía morder y dar coces. Pero a las demás las encantó.

Zerelda no tuvo miedo tampoco y lo admiró mucho.

—Vaya, es «*marravilloso*» —afirmó—; pero es una lástima que tengas que ponerte esos horribles pantalones para montarlo, Wilhelmina.

Bill frunció el ceño. Odiaba que le llamasen por su nombre completo.

—Supongo que tú lo montarías con una falda vaporosa y amplia, y los cabellos tendidos hasta la cintura... con anillos en los dedos y campanillas en los pies —replicó—. ¡Camino de Banbury Cross! Zerelda no comprendió. Ignoraba que se refería a una canción de cuna inglesa, pero sonrió como siempre.

—Eres «*marravillosa*» frunciendo el ceño —le dijo.

—Cállate —exclamó Bill dándole la espalda. Le intrigaba Zerelda y sus aires de persona mayor... e incluso su constante buen humor. Zerelda no parecía ofenderse nunca, por mucho que se burlaran o rieran, cosa que Mavis hacía muy a menudo.

Esto hacía que las otras se sintieran insignificantes y bastante estúpidas, y las incomodaba estar a su lado. En realidad parecía tener muchos más años que ellas, y deliberadamente se daba aires de persona mayor, burlándose de sus trajes, de su «*peinado*», de su afán de acalorarse y ensuciarse de barro jugando, y de su completa falta de interés por las vidas y vicisitudes de las artistas de cine.

Pero era generosa y amable, y jamás perdía el dominio de sus nervios, por eso era difícil que no gustase. Gwendoline, naturalmente, la adoraba. Casi olvidó por completo a Mavis por causa de Zerelda, cosa que contrarió en gran manera a la orgulloso y joven cantante de ópera.

La primera semana de colegio propiamente dicha, comenzaba al día siguiente, que era lunes. No más condescendencias por parte de las profesoras, no más negligencias en las niñas, no más facilidades.

—Ahora trabajo, trabajo para todas —les dijo la señorita Peters—. No es un curso muy largo, pero debéis trabajar de firme y dar buenos resultados, aunque tengamos una semana o dos menos.

El tercer curso no sólo se componía de las niñas que habitaban en la *Torre Norte*, sino de las de la misma promoción que se hospedaban en otras torres, por eso era una clase tan numerosa. El promedio era elevado, y la señorita Peters muy estricta.

Mavis había estado en la lista negra de la señorita Peters durante el curso anterior, debido a su trabajo deficiente; pero como era su primer año no fue demasiado dura con ella. Pero ahora la profesora, como todo el mundo, se estaba cansando del estribillo de Mavis «*cuando sea cantante de ópera*», y estaba decidida a convertir a Mavis en una buena estudiante de tercero, cantase o no.

—Será mejor que andes con cuidado —le dijo Gwendoline aquella mañana que había captado cierta mirada de la señorita Peters dirigida a Mavis—. ¡Conozco esa mirada! ¡Este curso tendrás que estudiar, y olvidarte un poco de tu voz!

—Cuando quiera un consejo ya te lo pediré —replicó Mavis—. ¡No me da miedo nuestra querida señorita Peters, como te ocurre a ti! No voy a convertirme en esclava, ni a ser desgraciada en *Torres de Malory* por la señorita Peters ni por nadie. Pierde «tú» el tiempo si quieres... nunca tendrás una carrera, ni serás «alguien».

Gwendoline se sintió herida. Como muchas personas tontas y débiles tenía una gran opinión de sí misma; y como en su casa la mimaban continuamente, se creía en verdad superdotada.

—Si has de decirme esas cosas no voy a ser tu amiga —susurró.

—Bueno, ve en busca de Zerelda —respondió Mavis olvidándose de hablar bajo.

—¡Mavis! ¿Qué es lo que andáis susurrando tú y Gwendoline? —exclamó la señorita Peters en voz alta—. Una palabra más y podéis contar con seguridad que os quedáis sin recreo.

Bill pareció no adaptarse el primer lunes por la mañana. Miraba por la ventana y daba la impresión de estar ausente. No prestó la menor atención a lo que estaba diciendo la señorita Peters.

—¡Wilhelmina! —exclamó al fin la profesora—. ¿Has oído «algo» de lo que he dicho?

Todas se volvieron para mirar a Bill que seguía mirando por la ventana con expresión soñadora en su pequeño rostro cuadrado.

—«¡Wilhelmina!» —repitió la señorita Peters crispada—. Te estoy hablando.

Bill siguió sin enterarse de nada, y ante el regocijo y la Sorpresa de las niñas de pronto lanzó un ligero runruneo, como si estuviese completamente sola sin nadie más en la habitación.

La señorita Peters estaba asombrada. Las niñas reían, Darrell sí sabía lo que Bill estaba haciendo. Había oído aquel runruneo antes... era el ruido que Bill hacía a «Trueno» cuando él apoyaba la cabeza sobre su hombro.

«¡Debe de imaginarse que está con «Trueno»! —pensó Darrell—. *Que está en el establo acariciándolo*».

La señorita Peters se preguntaba si Wilhelmina se encontraría bien, y volvió a hablarle.

—Wilhelmina, ¿estás sorda? ¿Qué te ocurre?

Gwendoline propinó a Bill un manotazo en la espalda que le hizo pegar un respingo, y se volvió mirando a Gwendoline contrariada por haberla despertado tan bruscamente de sus sueños. Gwendoline le señaló con la cabeza la señorita Peters.

—Es suficiente, Gwendoline —dijo la profesora—. ¿Wilhelmina, quieres tener la amabilidad de prestarme atención? Te he estado hablando hace varios minutos.

—¡Oh, lo siento! ¿De veras? —dijo Bill disculpándose—. Tal vez me ha llamado usted Wilhelmina. Si me llamase Bill siempre contestaría. Verá usted...

La señorita Peters la miró con aire desaprobador. ¡Qué niña más extraordinaria!

—En adelante, Wilhelmina, haz el favor de prestar atención a lo que diga, y no tendré necesidad de llamarte de ninguna manera —le advirtió—. Y en cuanto a que te llame Bill... haz el favor de no ser impertinente.

Bill la miraba con asombro.

—¡Oh, señorita Peters! No he querido molestarla. Lamento no haberla oído. Estaba pensando en «*Trueno*».

—«¡*Trueno!*» —exclamó la señorita Peters que no tenía la menor idea de que el caballo de Bill se llamase así—. ¿Por qué pensar en truenos en un día como el de hoy en que luce un sol tan hermoso? Creo que eres muy tonta.

—¡Pero es precisamente el «*día*» indicado para pensar en «*Trueno*»! —contestó Bill con los ojos brillantes—. Pienso en «*Trueno*», galopando por las colinas y...

Todas procuraron contener la risa. Sabían perfectamente bien que Wilhelmina hablaba de su caballo, pero la pobre señorita Peters estaba más nerviosa que nunca.

—Es suficiente, Wilhelmina —cortó secamente la profesora—, no se hable más de truenos, relámpagos, ni...

—Oh, ¿cómo sabe usted que mi hermano tiene un caballo que se llama «*Relámpago*»? —exclamó Bill encantada, pensando sinceramente que la señorita Peters hablaba de caballos.

Pero ahora la señorita Peters estaba convencida de que Wilhelmina era tonta y mal educada. La miró con frialdad.

—¿Tienes el libro abierto por la página treinta y tres? —le preguntó—. ¡Me parece que no! ¿Cómo vas a seguir la lección si ni siquiera tienes el libro abierto por dónde debes?

Bill se apresuró a buscar la página treinta y tres, tratando de apartar de su mente el recuerdo de «*Trueno*». Hizo un ligero ruido semejante al de los cascos de un caballo, y Alicia e Irene se miraron al punto.

—¡Está loca por los caballos! —susurró Alicia y cuando la profesora estaba de espaldas, comenzó a mecerse adelante y atrás simulando el trote de un caballo, cosa que hizo reír a toda la clase.

Darrell estaba encantada. Era estupendo hallarse de nuevo en el colegio, estar en clase estudiando, y reír oyendo el despiste de la señorita Peters y demás. Echaba mucho de menos a Sally, pero Alicia era divertida.

«*Le pediré que nos haga alguno de sus trucos* —pensó Darrell—. *¡Hace siglos que no tenemos una «verdadera» diversión en clase!*».

Capítulo 7

EN LA SALA COMÚN DE TERCER GRADO

Las dos primeras semanas de aquel curso de Pascua fueron frías, aunque soleadas. Las niñas se peleaban por conseguir los sillones junto al radiador en la sala común. Gwendoline, Mavis y Daphne fueron las que más se quejaron del frío... pero eran las que hacían el menor ejercicio posible, y por consiguiente siempre tenían sabañones y resfriados.

Bill no parecía sentir el frío en absoluto. Seguía estando bronceada, aunque el verano quedaba ya muy lejos. A Darrell y Alicia les gustaba el frío, y les entusiasmaba salir a jugar al *lacrosse* por las tardes.

Salían diez minutos antes que las otras para entrenarse. Gwendoline no podía entenderlo, y ella y Mavis se hicieron amigas de nuevo por ser ambas enemigas del frío, y se burlaron de Alicia y Darrell por ser tan arrojadas.

Naturalmente, Zerelda, por ser de cuarto no podía compartir muy a menudo con las de tercero, por eso Gwendoline tuvo que renunciar a su propósito de ser su mejor amiga. Zerelda no parecía muy feliz en el cuarto curso, pensó Darrell. Solía acudir a la sala común de las de tercero por las tardes... con la excusa de coger un libro o un disco de gramófono... y entonces se detenía a hablar con Darrell y las otras.

—¿No tienes todavía ninguna amiga íntima? —le preguntó Darrell una tarde.

Zerelda fue retorciendo entre sus dedos uno de sus rizos. Hasta hacerle ocupar su lugar apropiado.

—No —respondió—. Las de cuarto son unas engreídas se creen que no soy capaz de sostener mi propio peso. Y piensan que ha de hundirse el mundo porque no quiero ingresar en el equipo de *lacrosse*.

—Bueno, eres tan alta que irías muy bien al equipo —repuso Darrell observándola—. Podrías hacer muy buenas paradas. ¿Sabes correr?

—¡Correr! ¡Yo no «quiero» correr! —exclamó Zerelda asombrada—. Y en cuanto a la delegada de deportes..., ¿cómo se llama...? Molly Ronaldson... bueno, ¿viste alguna vez una niña semejante? Grande como un caballo e igual de torpe, Grita y baila por el prado como si se hubiese vuelto loca.

Darrell rió.

—Molly Ronaldson es una de las mejores capitanas que hemos tenido. Con ella hemos ganado más partidos que nunca. Es un verdadero genio para escoger las personas adecuadas para formar los equipos. ¡Cielos, si yo consiguiera entrar en uno de los equipos estaría tan emocionada, que no podría dormir por la noche!

—¿Por eso? —dijo Zerelda con su marcado acento americano mirándola con asombro—. Bueno, tal vez no pudiera dormir si tuviera la cara llena de pecas como Gwendoline, o si se me

rompiera una uña... pero no perdería mi sueño por ningún juego del mundo.

—Eres una niña extraña, Zerelda —afirmó Darrell mirándola con interés—. Estás perdiendo los mejores años de tu vida... quiero decir que no disfrutas de las cosas que entusiasman a la mayoría de niñas inglesas de tu edad. Pasas horas y horas con el arreglo de tus cabellos, cara y uñas, cuando podrías divertirte jugando al *lacrosse*, yendo de excursión, o incluso en el gimnasio.

—¡En el gimnasio! ¡Ésa es otra cosa que no puedo comprender que os guste! —exclamó Zerelda.

Gwendoline que había ido a reunirse con ellas asintió con la cabeza.

—Yo tampoco lo entiendo —intervino con voz remilgada—. Es una lástima que la gimnasia y los deportes sean obligatorios. Si no lo fueran no me preocuparía de ellos para nada.

—Eso es sólo porque eres tan mala deportista, que te pones en ridículo cada vez que apareces en el gimnasio o en el campo de deportes, querida Gwendoline —puntualizó Alicia con intención—. Zerelda es distinta. Apuesto a que serviría... pero creo que estas cosas están por debajo de ella.

Cualquier otra niña se hubiera enfadado, pero Zerelda se limitó a sonreír. Gwendoline, sin embargo, se enojó por la poco amable referencia a «su» gimnasia y estilo deportivo, y frunció el ceño mirando a Alicia.

—Bonito ceño el tuyo, Gwen —dijo Belinda apareciendo de pronto con su cuaderno de apuntes—. ¿Te importa que te dibuje así? ¡Es un ceño «precioso»!

Gwendoline frunció el ceño todavía más y se marchó. Sabía que Belinda dibujaba muy bien y la temía. No deseaba que dibujase su ceño y que luego circulara por la sala común acompañado de un coro de risas. Belinda cerró su cuaderno y al mismo tiempo adoptó una exagerada expresión de desconsuelo.

—¡Oh, se ha ido! ¡Y era un ceño tan bonito! No importa... esperaré a dibujarlo otra vez.

—¡Malvada! —rezongó Gwendoline entre dientes yendo a sentarse al lado de Mavis. Ahora sabía que debía estar prevenida contra el lápiz de Belinda. Cuando Belinda deseaba dibujar algo no paraba hasta conseguirlo.

—Será mejor que ahora vuelvas a la sala común de cuarto —dijo Jean a Zerelda—. ¡A las de cuarto no les gustará que hagas vida con nosotras! Ya sabes que no nos hacen demasiado caso, Y después de todo, tú «eres» de cuarto, Zerelda.

—Lo sé. ¡Ojalá no lo fuese! —repuso Zerelda levantándose.

—Entonces las de cuarto ¿no son «marravillosas»? —preguntó Alicia con una sonrisa.

Zerelda se alejó graciosamente después de encogerse de hombros.

—Si pensase en algo más que no fuera su aspecto y su modo de comportarse y parecer mayor; si se dedicara a los deportes, y se tomara un poco de interés por su trabajo, las de cuarto no le darían de lado —comentó Jean con su acostumbrado sentido común—. ¿Pero de qué sirve decirle eso a Zerelda? Ella no pertenece en absoluto al colegio.

Irene entró en busca de algo, canturreando una tonadilla.

—¡Tunti-ta-ti-tunti-ta-ti-tu!

Acababa de componer un alegre baile y estaba muy satisfecha. Las niñas la miraron sonriéndose unas a otras.

—¿Adónde vas a estas horas de la noche, Irene? —le preguntó Alicia.

Irene pareció sorprendida.

—A ninguna parte —fue su respuesta—. Sólo estoy buscando mi libro de música. Quiero escribir mi nueva tonada. ¡Tunti-ta-ti-tunti-ta-ti-tu!

—Sí, muy bonita —dijo Alicia en tono aprobador—. ¿Pero por qué te has puesto el sombrero y el abrigo si no vas a ninguna parte?

—¡Oh, cielos!, ¿de veras? —exclamó Irene con desmayo, mirando su abrigo y llevándose las manos a la cabeza para palpar el sombrero—. ¡Maldición! ¿Cuándo me los he puesto? ¿Es que no me los quité esta tarde cuando volvimos del paseo?

—Pues a la hora de la merienda no los llevabas, de lo contrario la señorita Potts te hubiese dicho algo —intervino Alicia—. Realmente eres una despistada, Irene.

—Oh, sí, ya sé lo que debe de haber ocurrido —rememoró Irene sentándose en una silla, todavía con el abrigo y el sombrero puestos—. Fui a buscar un par de medias limpias... pensando en mi nueva canción y en vez de las medias debí de coger el sombrero y ponérmelo..., y luego también me puse el abrigo. ¡Maldición! Ahora tendré que ir a quitármelos y a buscar mis medias... y quería escribir esa canción.

—Yo te los llevaré y te buscaré las medias —se ofreció Belinda sabiendo que Irene no haría nada a derechas hasta haber escrito la canción.

—¿De «veras»? ¡Eres un ángel! —exclamó Irene quitándose el abrigo y el sombrero, Darrell rió, Belinda era tan despistada como Irene. Sería un milagro que fuese hasta el armario de Irene para guardar sus cosas... y podía apostar sin temor diez contra uno a que no se acordaría de las medias.

Belinda desapareció con el sombrero y el abrigo. Irene comenzó a tararear de nuevo su tonadilla, y Mavis se puso a cantarla con su hermosa voz.

—¡Estupendo! —exclamó Irene complacida—. Tú haces que suene dos veces mejor, Mavis. Un día escribiré una canción para tu voz.

—Y yo la cantaré en Nueva York —replicó Mavis con simpatía—. Si «yo» canto una de tus canciones te haré famosa, Irene. Cuando sea cantante de ópera...

—Cuando seas cantante de ópera, Mavis, serás todavía más orgulloso que ahora —replicó Alicia con su voz cortante—. Lo cual parece algo del todo punto imposible, pero no lo es.

—¡Jean! ¿Es que no puedes impedir que Alicia diga semejantes cosas? —protestó Mavis roja de indignación—. Yo «no» soy orgulloso. ¿Puedo evitar el tener una voz como la mía? Es un don, y haré que sea un don para el mundo entero cuando sea mayor.

—Reconozco que la lengua de Alicia se está volviendo un poco afilada —dijo Jean—; pero es que tú te buscas que te digan esas cosas, Mavis.

Mavis guardó silencio enojada, Gwendoline comenzó a simpatizar con ella porque también le molestaba la lengua de Alicia. Mary-Lou, que zurcía unas medias en un rincón, deseó no ser tema apropiado para la lengua de Alicia.

—¿Dónde está Belinda? —preguntó Darrell—. Lleva mucho tiempo buscando tus medias, Irene.

—Desde luego —repuso Irene que ahora había olvidado sus medias por completo—. ¡Maldición! Si no las trae pronto tendré que ir a buscarlas yo misma. No tengo más remedio que ponerme unas limpias para cenar.

Mademoiselle entró apresuradamente, taconeando sobre sus zapatos altos. Llevaba un sombrero y un abrigo en la mano.

—¡Irene! —le dijo en tono de reproche—. ¿Son tuyos? Ya he tenido que recogerlos tres veces de sitios distintos. ¡Y esta vez casi me caigo por la escalera por culpa de tu sombrero y tu abrigo!

Irene la miró sorprendida.

—Pero... ¿dónde estaban? —preguntó.

—En la escalera... para que yo me cayese —dijo *Mademoiselle*—. Los vi al bajar y me dije para mí: ¿qué es esto? ¿Acaso alguna se ha puesto mala en la escalera?; pero no, eran el abrigo y el sombrero de Irene una vez más. Estoy muy disgustada contigo, Irene ¡Vas a tener una nota muy baja!

—¡Oh, no, *Mademoiselle*! —rogó Irene preocupada. Una nota baja podía perjudicar a todo el curso—. *Mademoiselle* de veras que lo siento.

—Una nota muy baja —repitió *Mademoiselle* saliendo sobre sus altos tacones.

—¡Caramba con Belinda! —exclamó Irene—. ¿Qué le pasaría para dejarlos en la escalera?

Belinda entró en aquel momento siendo saludada por una salva de comentarios.

—¡Nos hemos ganado una mala nota por tu culpa, estúpida! ¿Qué hiciste con las cosas de Irene? ¡*Mademoiselle* las encontró en la escalera!

—¡Canastos! —exclamó Belinda con desmayo—. Sí, ya recuerdo. Subía por la escalera, y se me cayó el lápiz. Dejé las cosas en el suelo para buscarlo... y debí olvidarme por completo. «*Lo siento*» Irene.

—Está bien —repuso Irene poniéndose solemnemente el sombrero y el abrigo—. Yo iré ahora a dejarlos... y me los «pongo» para «no» dejarlos por cualquier parte.

Desapareció durante largo rato. La campana sonó anunciando la cena. Hubo el despeje general y las niñas se prepararon para bajar al comedor.

—¿Dónde estará Irene ahora? —dijo Jean exasperada—. ¡La verdad es que debiera estar encerrada en una jaula para que siempre supiésemos donde encontrarla!

—¡Aquí está! —exclamó Darrell con una serie de carcajadas—. ¡Irene! ¡Sigues todavía con el abrigo y el sombrero! Oh, nos vas a hacer morir de risa. Deprisa Alicia, quítaselos y corre a llevarlos arriba. Volverá a conseguir que nos bajen la nota si no andamos con cuidado.

Capítulo 8

ZERELDA PASA MALOS RATOS

Durante las dos o tres primeras semanas de curso la pobre Zerelda lo pasó muy mal. Aunque era* mayor incluso que las de cuarto, y por consiguiente hubiera debido encontrar fácil su trabajo, descubrió, con desaliento, que estaba mucho más atrasada que sus compañeras de estudios.

Fue un rudo golpe para Zerelda. Después de toda su pose, y aires de persona mayor; y su manera de considerar jóvenes y tontas a sus condiscípulos, era muy humillante descubrir que sus matemáticas, por ejemplo, no estaban a la altura de las matemáticas del cuarto curso.

—¿Nunca hiciste estas sumas? —le preguntó la señorita Williams sorprendida—. ¿Y álgebra y geometría? No parece comprender lo más elemental, Zerelda.

—Nosotras... en América no dábamos las lecciones del mismo modo que aquí —repuso Zerelda—. No nos preocupábamos tanto. A mí nunca me gustaron ni el álgebra ni la geometría, por eso no me preocupé por ellas.

La señorita Williams, la miró con desaprobación. ¿Es que en América descuidaban la educación de los niños, o era simplemente que Zerelda era estúpida?

—No son sólo tus matemáticas —dijo al fin—. Es casi todo, Zerelda. ¿Es que no estudiabas gramática en tu colegio?

Zerelda reflexionó intensamente.

—Tal vez sí —respondió al fin—; pero me figuro que no prestábamos mucha atención a la profesora que nos la enseñaba. Supongo que jugábamos durante las clases.

—¿Y no estudiaste nada de historia? —continuó la señorita Williams—. Comprendo, claro está, que la historia que te enseñaron no era igual a la nuestra... pero la señorita Cartón, la profesora de historia, dice que no sabes ni una palabra ni siquiera de la historia de «tu» país. América es un gran país. Me parece una lástima no saber nada de su maravillosa historia.

Zerelda pareció preocupada, y trató de pensar algo que hiciese de verdad en el colegio. ¿Por qué se había tomado verdadero interés? ¡Ah... la clase de declamación!

—Estudiamos mucho a Shakespeare, señorita Williams —le dijo—. ¡Vaya! A mí me entusiasma Shakespeare. Es «marravilloso». Yo hice de lady Macbeth. Si me hubiese visto tratando de lavar la culpa de mis manos.

—Sí. Me lo imagino —replicó la profesora secamente—. Pero hay algo más en la educación que poder representar a Lady Macbeth. Zerelda, tendrás que estudiar de firme para alcanzar a tu curso. Yo estoy dispuesta a darte clases extra, si quieres, y *Mademoiselle*, que está desolada con tu francés, dice que también te dedicará algo de su tiempo libre.

Zerelda estaba realmente alarmada. Vaya, ¿no era bastante tener tantas clases y deportes de los que esperaban prestase atención, y que fuese eficiente en el estudio, que además tenía que hacer estudios extra? Parecía tan alarmada que la señorita Williams se echó a reír.

—Bueno, Zerelda, no te agobiaré con trabajos extras todavía, si realmente haces un esfuerzo para tratar de dedicar tu atención al trabajo del colegio y no... er... no «tanto» a tu rostro, digamos... uñas... y cabellos.

Zerelda estaba contrariada. Ella iba a ser una famosa estrella de cine, de manera que ¿para qué iba a servirle tanta álgebra e historia? ¡Era inteligente! Eso lo sabía... sólo que los sistemas de enseñanza americanos y los ingleses era muy distintos. Tenía diferentes programas. La vida era más fácil en América.

Se miró sus uñas largas, bellamente pulidas, y sus bien cuidados manos. Se daba cuenta de que la señorita Williams la había avergonzado haciéndola sentirse inferior a las demás. ¡Zerelda no podía soportarlo! ¡Era mejor que cualquiera de esas torpes niñas inglesas! ¡Qué en realidad no sabían nada!

De manera que se mantuvo en sus trece y no dijo nada, la señorita Williams fue recogiendo sus papeles mientras pensaba que Zerelda era realmente una niña muy difícil.

—Bueno, eso es todo de momento —le dijo—. Espero verte trabajar mucho más de ahora en adelante. Zerelda... y por favor piensa también en tus compañeras de cuarto curso. Sabes que un ejercicio mal hecho representa una nota baja, que cuenta contra todo el curso. Y tú ya tienes demasiadas.

Zerelda pensó que las notas eran una tontería. ¡No le hubiera importado tener veinte o treinta ceros a la semana! Pero a las otras alumnos de cuarto curso, sí les importaba y mucho.

La jefe de clase, Lucy, habló de ello a Zerelda.

—Escucha, Zerelda, ¿no puedes dejar de tener ceros? Éste curso se ha ganado dos días de asueto, pero Cualquier curso que tenga más de cuarenta ceros se queda sin esas vacaciones. ¡Todas las niñas se enfadarán mucho Si les haces perder estas fiestas, te lo aseguro!

De manera, que entre los serios discursos de la señorita Williams las advertencias de Lucy, y los aplausos a Elena, una muy seria, ganadora de una beca, a pesar de su corta edad la habían pasado de tercer al cuarto curso, la pobre Zerelda lo pasó bastante mal.

—¡No tengo tiempo para hacer nada! —pensaba para sí aquella noche mientras se limaba las uñas—. Tengo que cuidar mi cabello... y tardo horas en enroscarlo como es debido y peinarlo. Tampoco puedo abandonar el cuidado de mi rostro... ni el de mis uñas. No tengo un minuto para mí; pero tengo que hacer algo para lograr mejorar mi trabajo. En primer lugar siento que estoy dejando muy mal a América. No puedo soportar que estas niñas inglesas sean mejores que yo en todo.

De manera que Zerelda trató de estudiar, pero su orgullo no le permitía abandonar su pose ni sus aires de mayor. En realidad, ya no despreciaba a las niñas inglesas; pero no obstante iba a demostrarles que ella, Zerelda, estaba muy por encima de ellas en todas las materias que importasen.

Zerelda había esperado poder demostrar su habilidad para el teatro actuando en la obra que el cuarto curso iba a representar. Pero ¡cielos!, era una obra francesa; y el francés de Zerelda no satisfacía a *Mademoiselle*.

—«¡C'est terrible!» —exclamó *Mademoiselle* Dupont y por una vez la otra *Mademoiselle*

estuvo de acuerdo con ella. Ambas estaban asombradas de Zerelda y sus modales, y pasaban ratos muy agradables contándose cosas de «*Zerelda, c'est enfant terrible*», *la niña terrible*».

Cuando Zerelda hubo conseguido quince ceros, tres ejercicios devueltos de cada seis, y un día no lo hizo siquiera porque dijo que no sabía, la señorita Williams fue a ver a la señorita Grayling.

—Zerelda Brass no está preparada para el cuarto curso —dijo a la señorita Grayling—. Las está poniendo furiosas por las malas notas que tiene. Lo malo es que ellas saben que pierde mucho tiempo en su arreglo personal, y piensan que si dedicara más tiempo a su trabajo, sería algo mejor. Yo misma se lo he dicho, naturalmente. No creo que sea mala, señorita Grayling... sólo tonta, y educada con ideas equivocadas. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Usted cree que podría resolverse con clases extraordinarias? —preguntó la señorita Grayling—. Tiene casi dieciséis años, ya sabe. Debiera estar a la altura de poder conseguir el Diploma del Colegio. El informe escolar americano que ha presentado es bueno.

—No. No creo que se pueda resolver con clases especiales —repuso la señorita Williams—. La preocuparían demasiado. Sencillamente no está a la altura del cuarto curso... y la verdad es que dudo que tampoco de tercero. Lo malo es que tiene una gran opinión de sí misma, y parece mirar por encima del hombro, y las niñas lo acusan.

—¡Naturalmente! —repuso la directora—, y con toda razón.

Se calló durante unas minutos. Se sentía un tanto decepcionada. Había esperado que la niña americana hiciera un bien a las inglesas, y que las inglesas ayudaran a la americana; pero al parecer la cosa no había resultado así.

—Debemos, ponerla, en el tercer curso —dijo al fin la señorita Grayling—. Sé que es una humillación y que Zerelda se sentirá humillada; pero por otra parte creo que no le hará ningún daño. Envíemela.

—Gracias, señorita Grayling —dijo la señorita Williams antes de salir, realmente aliviada al pensar que Zerelda no estaría ya bajo su responsabilidad. Ahora podría borrar todas aquellas malas notas que la americana había ganado para su curso. Las niñas se alegrarían. Era un curso estudioso, y la señorita Williams se sentía orgulloso de ellas. Se alegraba de librarse de una niña que no les había traído más que sinsabores.

«*Pero en realidad no es mala* —pensó la profesora que era muy justa en sus juicios—. *Sólo que no está a la altura de los estudios de cuarto curso. Estará mejor en tercero*».

Envió a Zerelda a ver a la señorita Grayling. Zerelda, que se hubiese reído, al pensar que pudiera asustarla ninguna profesora, la primera vez que llegó a *Torres de Malory*, comprobó que su corazón latía con violencia al ir al encuentro de la señorita Grayling en su simpático saloncito.

Al entrar se encontró ante el escritorio de la directora. La señorita Grayling dejando la pluma observó a Zerelda. Se dio cuenta de que sus cabellos cobrizos estaban recogidos, pero muy bien peinados, que sus uñas brillaban pulidas y cuidadas, que su rostro estaba cuidadosamente empolvado.

—Zerelda, te he mandado llamar porque creo que no estás a la altura de los estudios de cuarto curso —dijo la señorita Grayling yendo directa al asunto como hacía siempre. Zerelda se puso encendida como la grana.

—Lo lamento porque tú eres mayor que todas ellas —continuó la señorita Grayling—. Pero creo que te sería demasiado difícil continuarlo a base de clases extraordinarias, y también me temo que el cuarto curso, que debe obtener el Diploma del Colegio, no aceptaría de buen grado la cantidad de malas notas que les has estado consiguiendo.

Zerelda enrojeció todavía más, enfadándose consigo misma por ello. ¿Por qué le importaba aquel estúpido cuarto curso?

—Por consiguiente creo que lo mejor será que vayas a tercer curso —prosiguió la señorita Grayling—. Ellas no se toman la vida... ni las lecciones... tan en serio como las de cuarto... de manera que allí te encontrarás mejor, y podrás estudiar más a gusto.

Zerelda estaba sorprendida. ¡Pasar a un curso inferior! ¡Qué desgracia! Cierto que le gustaban las de tercero y que no tragaba a las de cuarto... pero no deseaba perder un curso. ¿Qué diría su familia? Y su abuela quedaría estupefacta.

—Oh, señorita Grayling... no me gustaría eso —respondió Zerelda desesperada.

Desabrochó un botón, volvió a abrocharlo; una vez y otra repitió la operación sin saber lo que hacía.

—Deja en paz ese botón Zerelda —le ordenó la señorita Grayling—. Creo que pronto te encontrarás bien entre las de tercero. Puedes ir allí mañana. Se lo diré a la señorita Peters. Traslada todas tus cosas esta noche.

—¡Pero señorita Grayling... no me ordene eso! —suplicó Zerelda sintiéndose muy pequeña y desdichada, y sin agradecerle nada el proyecto—. Todo esto es nuevo para mí, este colegio inglés... y el trabajo también. Comprenda...

—Sí, lo comprendo muy bien —condescendió la señorita Grayling—. En parte es por eso por lo que creo que lograrás adaptarte mejor si te traslado a una clase inferior. Estoy convencida de que no saldrás adelante en cuarto curso. Pero Zerelda... procura progresar ¿quieres? Perteneces a un gran país, y aquí eres su única representante. Sé estudiosa y compórtate bien si puedes. Yo creo que lo harás.

Esto era lo único que podía conmovier a Zerelda. ¡Vaya, ella era América! Estaba viviendo en Inglaterra, pero era un poquito de América... De acuerdo, pasaría a tercer curso, sin ni siquiera protestar. ¡Y si las niñas se burlaban de ella, les demostraría que no le importaba! Pero... debía tratar de sacar adelante sus estudios. ¡Desde luego que no descendería a otro curso!

—Puedes marcharte, Zerelda —le dijo la señorita Grayling y la niña obedeció.

La directora la observó mientras cerraba la puerta con su acostumbrado donaire. Si pudiera verse como una simple colegiala y no como Zerelda, la prometedor estrella de cine, ¡qué agradable podría ser!

Capítulo 9

EN EL CAMPO DE LACROSSE

La señorita Grayling envió a buscar a la señorita Peters para decirle que Zerelda iría a su clase.

—Va a ser muy duro para ella —dijo la señorita Peters—. No me refiero al trabajo... aunque no creo que Zerelda encuentre fácil siquiera los estudios de tercero... sino al haber sido degradada.

—Algunas veces las cosas duras son convenientes para nosotros —replicó la señorita Grayling, y la señorita Peters asintió.

Al fin y al cabo las niñas no iban a *Torres de Malory* sólo para aprender lecciones en clase, sino para aprender otras cosas también... a ser justas y sinceras, generosas, valientes, amables... ¡Tal vez aquellas cosas fuesen incluso más importantes que las lecciones!

—No sé si usted considerará conveniente decir algo a las de tercero antes de que Zerelda aparezca en la clase —insinuó la señorita Grayling—. Tiene usted un par de alumnos... Gwendoline, por ejemplo... que tal vez no se mostrasen muy amables. Unas palabras de antemano no irían mal.

—Sí. Lo haré —contestó la señorita Peters—: Bueno, no espero que la cosa sea fácil con Zerelda, señorita Grayling. Tiene ideas muy raras sobre las cosas... pasa todo el tiempo en su arreglo personal... Yo no tengo mucha paciencia para esa clase de niñas.

—No —comenzó la señorita Grayling pensando que a Zerelda le convendría estar bajo la vigilancia de la activa señorita Peters durante una temporada—. Bueno... hay bastantes cualidades en esa niña... parece gozar de muy buen humor, y me gusta su sonrisa. Diga unas palabras a la clase, pero no le dé gran importancia al asunto.

Así que, ante la inmensa sorpresa de la clase, la señorita Peters dirigió «*unas palabras*» antes de la clase de la tarde.

—Oh, a propósito —dijo—, vamos a tener otra más en la clase. Zerelda Brass va a venir con nosotras.

Gwendoline contuvo el aliento mirando a su alrededor con aire triunfal. Pero no se gozaba de la humillación de Zerelda. Estaba encantada al pensar que ahora la niña americana estaría su alcance... en su clase, y en la sala común. Gwendoline podría bailar a su alrededor cuándo quisiese. Sería su amiga.

La señorita Peters interpretó mal la alegría de Gwendoline.

—¡Gwendoline! Espero que no te recrees en la incapacidad de otra niña para seguir estudiando en una clase superior. Creo...

—¡Oh, señorita Peters! —exclamó Gwendoline con expresión dolida—, como si yo pudiera hacer nada semejante. Me «*gusta*» Zerelda. Me «*alegro*» de que venga a nuestra clase. Le daré la bienvenida.

La señorita Peters no sabía si creerla o no. Gwendoline no le gustaba y desconfiaba de ella. Decidió concederle el beneficio de la duda.

—Le mejor sería que no discutierais el asunto con Zerelda, si ella prefiere no hablar de ello —aconsejó dirigiendo una fría mirada a Alicia. Conocía la sarcástica lengua de Alicia. Ésta sostuvo su mirada. No tenía intención de burlarse de Zerelda... pero en el fondo de su mente mal intencionada sabía que la desgracia de Zerelda sería un arma estupenda para tratar con ella, si se daba demasiada importancia.

Después de la clase de la tarde había media hora de entrenamiento de *lacrosse*. Las de tercero salieron todas, Gwendoline la última como siempre, con Mavis que corría a su lado. Eran la desesperación de las profesoras de deportes. Todas las niñas comenzaron a hablar de Zerelda.

—¡Caramba! ¡Mira que ser expulsada de un curso de esta manera! —comentó Irene—. Pobre Zerelda. Apuesto a que se siente muy mal.

—Yo creo que debe sentirse terriblemente avergonzada —afirmó Mary-Lou—. Sé como me sentiría yo. ¡No querría volver a mirar a nadie a la cara!

—Apuesto a que las de cuarto se alegrarán —comentó Jean—. Elena me contó que habían conseguido más notas bajas por culpa de Zerelda que en todos los tres cursos anteriores. Esperemos que no nos obsequie a nosotras con demasiadas. ¡No lo hemos hecho demasiado mal hasta ahora... excepto cuando Irene y Belinda se olvidan de hacer uso de su cerebro!

—Creo que todas debemos ser amables con Zerelda —propuso Gwendoline—. Debemos demostrar que nos alegra el que esté en nuestra clase.

Mavis miró torvamente a Gwendoline. Sabía muy bien que en cuanto apareciera Zerelda, ella, Mavis, perdería la amistad de Gwendoline. Nadie más tenía tiempo para Mavis. No es que Gwendoline fuese una gran amiga, pero por lo menos era alguien con quien hablar y comentar.

—Bueno —dijo Darrell—. Zerelda tendrá sus defectos, pero tiene muy buen humor y es generosa... y yo voto por qué la recibamos bien y le demostremos que nos alegra tenerla entre nosotras.

Así, que sintiéndose muy virtuosas y generosas, las de tercero se hicieron el propósito de ser muy amables con Zerelda, y facilitarle cuanto pudieran su desdichada posición. La imaginaron entrando en clase al día siguiente sonrojada, con la cabeza gacha, casi llorando. ¡Pobre Zerelda! Se alegraría de su buena acogida.

—¡Darrell! ¡Darrell Rivers! Ven a hacer algunas paradas —le gritó la profesora de deportes. Darrell acudió corriendo. Era una buena corredora y le encantaba el *lacrosse*. ¡Cómo deseaba formar parte de uno de los equipos! Pero era difícil para una de tercero ingresar en el equipo del colegio a menos que poseyera alguna excepcional habilidad fuese muy alta y fuerte.

—¡Paras muy bien, Darrell! —le gritó la entrenadora—. Cualquiera día ingresarás en un equipo. Necesitamos una buena corredora que sepa hacer buenas paradas en el tercer equipo.

Darrell sonrió llena de orgullo. ¡Oh! Si consiguiera entrar en un equipo. Cómo se alegrarían sus padres... y cómo se daría importancia delante de Felicity.

—Yo jugaba en el equipo cuando fuimos a Barchester. Estaba en un ala porque soy muy rápida —dijo—. ¡Y conseguí un gol!

Lo imaginó todo mientras corría para hacer otra parada. ¿Y si practicase intensamente cada minuto que tuviera libre? ¿Podría solicitar de Molly Ronaldson que la dejase entrenarse más? Molly siempre decía que estaba dispuesta a dar oportunidades a las pequeñas, si eran lo bastante listas como para pedirselo.

Pero Molly tenía dieciséis años y Darrell sólo catorce. Molly parecía muy mayor, muy elevada, y una gran persona para Darrell, que en realidad no tenía gran opinión de sí misma.

Vio que Molly iba a abandonar el campo, acalorada y feliz, y haciendo acopio de todo su coraje se acercó a la robusta niña con timidez.

—Perdona... Molly... ¿podría pedirte algo? Deseo tanto formar parte de alguno de los equipos algún día. ¿Tú crees que tendría alguna «*posibilidad*» si me entrenase fuera de horas... y... si tú quieres darme algunos consejos?

Roja como una amapola Darrell contempló a Molly, la famosa capitana deportiva. Molly se echó a reír dando una palmada en la espalda de Darrell.

—¡Buena chica! —le dijo—. Ayer mismo le estaba diciendo a Jean que estabas progresando mucho, y que te haría bien un poco más de entrenamiento. Te enviaré las horas en las que entreno a las posibles jugadoras de equipo, y puedes venir en cualquier momento que estés libre.

—Oh, «*gracias*», Molly —exclamó Darrell que apenas podía hablar de alegría—. Iré siempre que pueda. —Y echó a correr con el rostro resplandeciente. ¡Molly ya había hablado de ella a Jean! Se había fijado en ella, viendo que prosperaba. Darrell se sentía tan feliz que fue saltando como una corza, hasta tropezar en una esquina con *Mademoiselle* y casi la tira al suelo.

—Vaya, ¿a qué se debe este comportamiento? —exclamó *Mademoiselle* tambaleándose sobre sus altos tacones y agarrándose frenéticamente a la pared—. ¡Darrell! ¿En qué estás pensando para doblar una esquina como un animal salvaje?

—¡Oh, *Mademoiselle*... «*lo siento*»! —exclamó Darrell feliz—. La verdad es que no era ésta mi intención. Oh, *Mademoiselle*, Molly Ronaldson va a entrenarme fuera de horas para el *lacrosse*. ¡Imagínese! ¡Puede que algún día forme parte del tercer equipo!

Mademoiselle iba a comentar, que por nada del mundo se alegraría de que la robusta Molly diese clases extraordinarias de *lacrosse* a Darrell; pero al ver los ojos brillantes de Darrell sonrió. Sentía especial predilección por ella.

—¡Me alegro mucho por ti, «*ma petite*»! —le contestó—. Ciertamente es un gran honor. Pero no dobles así las esquinas para tropezar con la pebre *Mademoiselle* otra vez. ¡Has hecho que el corazón me diera un respingo!

—Querrá decir un vuelco, *Mademoiselle* —rectificó Darrell marchándose sin poder contener la risa.

Contó a las otras lo que Molly le había dicho. Todas quedaron muy impresionadas, excepto aquellas a quienes no les gustaban los deportes. Ninguna de tercero había formado parte jamás de un equipo del colegio, aunque una o dos de las más fuertes, tales como Jean, se lo habían propuesto muy firmemente. Y Sally también.

—Con Bill corriendo a montar su caballo a cada momento, Irene probando su nueva tonada en el piano, Mavis ejercitando su vez, y ahora tú, Darrell, yendo a entrenarte de la mañana a la noche,

el tercer curso pronto tendrá la sala común vacía —se lamentó Alicia un poco celosa de que Molly se hubiese fijado en Darrell.

—¡Zerelda estará aquí en compensación! —dijo Darrell—. No creo que le moleste nuestra compañía... siempre venía a nuestra sala común hasta que tú se lo impediste, Jean.

Zerelda acudió a la clase del tercer curso al día siguiente, con su caja de lápices y de pinturas, que se había olvidado de llevarse de la otra clase la noche anterior. Hizo su aparición con aire despreocupado.

Las de tercero comenzaron a mostrarse amables inmediatamente.

—Oye, Zerelda... ¿querrías ocupar este pupitre hasta que Sally regrese? —le preguntó Darrell—. Está muy bien situado.

—No, Zerelda. Ven a sentarte a mi lado —intervino Gwendoline—. Me gustará mucho.

Alicia miró a Zerelda con atención. Tenía el mismo aspecto de siempre. No inclinaba la cabeza, no parecía preocupada, ni siquiera había enrojecido.

«¡No creo que le importe un comino!» —pensó Alicia.

Pero a Zerelda sí le importaba. Y mucho. Era por cierto muy duro entrar en la clase de un curso inferior, sabiendo que a todas les habían dicho que había descendido.

Deseaba que no se mostrasen tan amables con ella. Era una gentileza por su parte, pero ella odiaba el pensar que eran amables con ella porque la compadecían.

«¡Levanta la frente, Zerelda! —se dijo para sí—. Eres americana. ¡Haz ondear tu bandera! Haz como si no te importase».

De manera, que ocupó el pupitre donde pusiera sus cosas la noche anterior, al parecer con la mayor despreocupación. Guardó su plumier y su caja de pinturas, y comenzó a, buscar el libro que iba a necesitar para la próxima lección.

Las de tercero estaban un tanto indignadas. Habían decidido tan virtuosa y generosamente dar la bienvenida a Zerelda, y ayudarla a soportar lo que ellas consideraban una gran desgracia... y a «ella» parecía no importarles lo más mínimo. Era exactamente la misma de siempre, hablando con su marcado acento americano, ahuecándose el cabello, y estando, al parecer, incluso más segura de sí misma que nunca.

Darrell estaba bastante contrariada. Consideraba que Zerelda debía haber demostrado un poco más de sentimiento. No se detuvo a pensar que tal vez Zerelda estuviera haciendo una demostración de valentía, como así era. En el fondo Zerelda se sentía desdichada, avergonzada y muy pequeña.

La señorita Peters entró presurosa como de costumbre.

Mary-Lou cerró la puerta. Los ojos de la profesora recorrieron toda la clase.

—¡Sentaros! —dijo y obedecieron.

Su rápida mirada había sorprendido a Zerelda... pero la señorita Peters vio lo que las otras no vieron... un corazón presa de pánico bajo la valiente apariencia de Zerelda. Una mano que temblaba ligeramente al coger un libro... y una voz que no era tan firme como de costumbre.

«Lo siente, desde luego —pensó la señorita Peters—: pero no va a demostrarlo. Bueno, tiene mucho coraje. Esperemos que aprenda que no es una persona tan importante como se creía. ¡Si

conseguimos llegar a la verdadera Zerelda, tal vez encontremos a alguien que valga la pena conocer! «Es posible». ¡Todavía no lo sé!».

—La clase comenzó. Zerelda se concentró intensamente, olvidándose de sus cabellos, sus uñas y sus vestidos. ¡Trabajó de veras por primera vez en su vida!

Capítulo 10

BILL Y LA SEÑORITA PETERS

La mayoría de las de tercer curso se habían adaptado ya a las nuevas asignaturas. No obstante, Alicia echaba de menos a Betty ya que Darrell no sustituía del todo a su antigua amiga. Darrell era segura, leal y natural... pero carecía de la chispa de Betty y sus travesuras. Sin embargo era mejor que no tener a nadie. ¡Alicia deseaba que Sally no regresase antes que Betty!

Bill también estaba nerviosa. Bill tenía la impresión de que «*Trueno*» echaba de menos a los otros caballos que quedaron en casa, y siempre desaparecía para estar con él.

—¡Cómo quieres a ese caballo! —le dijo Alicia con disgusto—. Me pregunto si él lo soporta.

La señorita Peters estaba siempre amonestando a Bill por soñar en clase. El trabajo de Bill era muy irregular. Era muy brillante para el latín que había estudiado intensamente con sus hermanos. Sabía muy poco francés, con la consiguiente desesperación de *Mademoiselle*. No estaba muy fuerte en matemáticas, porque el preceptor de sus hermanos se habían dedicado más a los chicos en esta materia, dejándola algo rezagada.

—No creía que estudiaran muchas matemáticas en los colegios de niñas —explicó Bill—. Pero me sé las tablas, señorita Peters.

—¡Eso espero! —gimió la señorita Peters—. Tendrás que estudiar horas extras, Wilhelmina.

—Oh, no puedo —replicó Bill—. He de ocuparme de «*Trueno*».

La señorita Peters ahora ya sabía que «*Trueno*» era el nombre del caballo de Bill. Lo había visto y admirado ante el entusiasmo de la niña. También se había maravillado del magnífico dominio de Bill para montarlo. Ella y el caballo parecía un solo ser. Nunca era más feliz que cuando estaba montando con las otros, galopando por el hermoso campo que se extendía detrás de *Torres de Malory*.

Pero le contrariaba que sólo la dejaran montar en compañía de las demás. No le permitían nunca llevarse a «*Trueno*» sola.

—Pero en mi casa lo hago —protestaba—. He estado saliendo sola cada día durante años y años. Es una tontería no dejarme ahora. ¿Qué daño puedo hacerme? Estoy todo el tiempo con «*Trueno*».

—Sí. Sé todo eso —replicó la señorita Peters con paciencia por vigésima vez—; pero ahora no estás en tu casa, sino en el colegio, y has de hacer lo mismo que las demás, y seguir el reglamento. No podemos hacer una regla para ti, y otra para las otras.

—No veo por qué no —repuso Bill obstinada.

A menudo parecía grosera, tal era su vehemencia, y algunos veces la señorita Peters ante su incorrecto proceder se impacientaba.

—Bueno, por fortuna no eres tú quien dirige este colegio —dijo la señorita Peters—. Debes hacer lo que se te diga.

Y si insistes en estas tonterías, te prohibiré ver a «Trueno» por espacio de dos o tres días.

Bill quedó desconcertada, mirando a la señorita Peters como si no pudiera dar crédito a sus oídos. Se puso roja hasta la raíz del cabello.

—Pero yo «no podría» estar sin ver a «Trueno» —contestó Bill tratando de hablar con calma—. Usted no lo comprende, señorita Peters. Aunque «debiera» entenderlo, porque a usted también le gustan mucho los caballos.

—Ya lo creo —replicó la señorita Peters con la misma calma—. Pero yo no estoy loca por ellos como tú... quiero decir, que no pienso, sueño, huelo y monto caballos cada minuto del día y de la noche como tú. Sé razonable, Wilhelmina, te consiento muchas cosas, y tú lo sabes, y ya es hora de que hagas un esfuerzo, y pienses un poco menos en «Trueno» y un poco más en otras cosas.

Pero eso era precisamente lo que Bill no podía hacer, como pronto descubrieron sus compañeras de tercero. No iba a entrenarse para el *lacrosse*. No iba de paseo. Ni siquiera hacía ninguna de sus obligaciones extra en la sala común, que todas debían realizar por turno. Era Mary-Lou quien las hacía por ella.

Mary-Lou era tan gentil y amable que hubiera hecho cualquier cosa por todo el mundo. Jean se enfadó mucho, cuando descubrió a Mary-Lou arreglando las flores de la sala común en lugar de Bill.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó—. Puedes ver en la lista que esta semana le toca a Bill.

—Lo sé, Jean —repuso Mary-Lou asustada por el tono crispado de Jean—; pero Bill deseaba lavar a «Trueno». Ayer se ensució tanto de barro.

—Estoy cansada de que Bill salga corriendo hacia los establos, y de que nunca tome parte en las cosas que hacemos las de tercero, y que encima busque a otra que cuide de sus obligaciones —dijo Jean—. Tengo que hablar con ella sobre esto.

Pero no causó mayor impresión en Bill que la señorita Peters. Bill había pasado la vida entre caballos. Como bien dijera la profesora, había estado pensando, soñando, oliendo y montando caballos toda su vida, y no deseaba hacer ninguna otra cosa.

Hubiera sido una excelente jugadora de *lacrosse* de haberse entrenado. Era estupenda para la gimnasia, ágil y con un maravilloso sentido del equilibrio. La profesora de gimnasia estaba encantada con ella, y cantaba sus alabanzas a todo el mundo.

Bill sabía hacer volatines con la facilidad de un payaso de circo, girando sobre sus pies y manos mientras las otras la observaban con asombro. Podía lanzarse al aire y dar una voltereta completa. La profesora de gimnasia prohibió a las demás que lo intentasen.

—Sólo conseguiríais lastimaros —afirmó. Pero en realidad nadie deseaba dar volteretas en el aire.

Bill también sabía andar sobre las manos, y las otras a menudo le pedían que lo hiciera por las noches cuando no podía ir a los establos. Bill era natural y simpática, y no, perdía la cabeza por las alabanzas y aclamaciones que le dedicaban frecuentemente por su habilidad en el gimnasio o en la sala común.

Zerelda la observaba maravillada. No podía imaginar que a ninguna niña le gustase hacer

aquellas cosas extraordinarias. Pensaba que Bill estaba completamente loca, pero no podía por menos de gustarle. En realidad, la mayoría de las niñas la apreciaban mucho, aunque les contrariase y exasperara que no quisiera unirse a ellas en nada.

Belinda hizo algunos dibujos muy bonitos de «*Trueno*». Era estupenda dibujando animales, y cuando Bill los vio exclamó encantada.

—¡Belinda! ¡Son sencillamente maravillosos! ¡Por favor, dámelos!

—No —repuso Belinda, guardándolos en su carpeta—. Los guardaré para mi colección de dibujos de animales.

—Bueno, Belinda, haz uno especial para «*mí*» —suplicó Bill—. ¡Oh, Belinda, tú puedes! Le pondré un marco y lo tendré encima de mi tocador.

—Cielos, Bill, si ahora tienes ya seis fotografías distintas de caballos —contestó Belinda—. No tienes sitio para el dibujo de «*Trueno*».

—¡Lo tengo! ¡Lo pondré delante de todos! —exclamó Bill—. Belinda ¿«*Querrás*» dibujarme a «*Trueno*»? Si lo haces haré cualquier cosa por ti.

—¡Mentira! —replicó Belinda—. Por el único que harías tú algo sería por «*Trueno*». No serías capaz de levantar un dedo por la señorita Peters ni por nadie del tercer curso, y tú lo sabes.

Bill pareció sobresaltarse.

—¿De verdad soy tan mala como para eso? —preguntó angustiada—. ¿Es eso lo que todas pensáis de mí?

—Claro —contestó Belinda—. Vaya, si ni siquiera cumples con tus obligaciones. Oí como Jean te reñía por eso... pero Mary-Lou ha de seguir haciendo lo que a ti te corresponde. Así que no puedes tener un dibujo de «*Trueno*», mi querida Bill, porque de ser así te pasarías las tardes mirándolo embobada cuando no puedes ir a los establos; y eso aún nos pondría más furiosas.

Belinda hizo una pausa para tomar aliento. Bill parecía a punto de montar en cólera. Luego el sentido de la justicia acudió en su ayuda.

—Sí. Tienes razón, Belinda. No me gusta que tengas razón, pero la tienes —dijo con sinceridad—. Es probable que corriera escaleras arriba para contemplar el retrato de «*Trueno*» si tuviera uno realmente bueno. Y siento haber dejado que Mary-Lou hiciera mis obligaciones, después de habérmelo advertido Jean. Le diré que la semana que viene haré yo las suyas para compensarla.

—Bien —dijo Belinda—. Si cumples tu palabra dibujaré a «*Trueno*» contigo encima si quieres. Pero... te lo quitaré si empiezas a ser tonta, porque sólo voy a «*prestártelo*» hasta que yo vea que cumples tu promesa.

Bill rió. Le gustaba Belinda, y también Irene. Ambas hacían las cosas más tontas y descabelladas, pero eran divertidas, y siempre pedía confiar en ellas. Deseaba tener un retrato de «*Trueno*»... sólo tenía una fotografía muy mala de él. ¡Ahora tendría un dibujo precioso!

Jean pensó que era un resultado tardío de su reprimenda lo que hizo que Bill se ofreciera para hacer las tareas de Mary-Lou a la semana siguiente. Y se alegró.

Belinda cumplió su palabra e hizo un hermoso retrato al carbón de Bill con sus pantalones de montar y un jersey amarillo cabalgando a «*Trueno*». Bill estaba emocionada. Hizo que Mary-Lou

fuese en seguida al pueblo para que le comprase un marco. No consiguió encontrarlo, de manera que quitó el de uno de los retratos de caballos que tenía en su tocador y en su lugar puso el de «Trueno».

Todas lo admiraron.

—Ahora recuerda, que «todavía» no es tuyo, Bill —le advirtió Belinda—. Sólo prestado. ¡La próxima vez que descuides tus deberes o actividades del tercer curso, verás como desaparece el dibujo!

Pero aunque Bill mejoró algo desde aquel día, e intentó intervenir algunos de los actos que las de su curso organizaban, no logró superarse del todo. Tampoco consiguió llevarse muy bien con la señorita Peters. «Seguía» sentándose ante la ventana con la mirada perdida en la lejanía. «Olvidaba» que su nombre era Wilhelmina, y soñaba sin prestar atención a la señorita Peters ni a *Mademoiselle*.

Mademoiselle se lamentaba amargamente.

—¡Ésta niña ni siquiera es educada! Le digo: «*Wilhelmina, no sueñes*» y ni siquiera se molesta en contestarme. Yo le digo: «¿*Wilhelmina, estás sorda?*» y sigue sin responderme. Nunca, nunca aprenderá francés... excepto «*le cheval*». Señorita Peters, la única vez que consigo que esa niña vuelva la cabeza es cuando digo de pronto el nombre de su caballo. «¡*Trueno!*». Entonces se vuelve en seguida. Ésa niña está loca. Todas las niñas inglesas están locas, pero ésta más que ninguna.

La señorita Peters comenzó a castigar a Bill en la forma que ella más sentía.

—Aquí tienes la lección de matemáticas —le dijo a Bill—. Cópiala, y hasta que no me la entregues no irás a ver a «Trueno».

En otras ocasiones le decía:

—Wilhelmina, hoy no has prestado atención en la clase de esta mañana. No irás a los establos en todo el día.

Bill estaba furiosa y resentida... y desobedecía. No iba a quedarse sin ver a «Trueno» por nadie en el mundo. ¡Y menos por la señorita Peters! Y por eso, ante el disgusto de Jean, ignoraba los castigos de la señorita Peters y se marchaba a ver a «Trueno» siempre que quería.

La señorita Peters no había soñado siquiera que Bill pudiera desobedecerla.

—Cualquier día lo descubriré, Bill —le dijo Alicia—. ¡Y entonces pagarás las consecuencias! La verdad es que eres una tonta.

Con Bill y su caballo, Zerelda y sus aires, Irene y Belinda con sus despistes y Mavis con su obsesión de cantante de ópera, la señorita Peters consideraba que tenía la clase más difícil del colegio.

«¡Y todas son de la Torre Norte!» —pensó la señorita Peters—. *La verdad es que compadezco a la señorita Potts, la encargada. ¡Van a volverla loca! Ahora me pregunto cuando va a devolverme Wilhelmina la lección, de geografía que tenía que copiar. ¡No irá a ver a su caballo hasta que lo haga!*».

Pero la señorita Peters se equivocaba. En aquel mismo instante Bill estaba en el establo y «Trueno» comía un terrón de azúcar en la palma de su mano.

Capítulo 11

ALICIA RECIBE UN PAQUETE

Los días pasaban volando. Todavía hacía mucho frío y Gwendoline y Mavis se quejaban amargamente acurrucadas junto al fuego de la sala común, o sentadas casi encima de los radiadores.

—Deberais correr un poco más en el gimnasio o en el campo de *lacrosse* —les decía Darrell, cuyo rostro tenía un tinte rosado de buena salud y felicidad. Siempre que tenía un momento libre salía a que Molly la entrenase. ¡Iba adelantando mucho! Lo sabía. Molly había elogiado sus paradas, calificándolas de excelentes.

Gwendoline miró a Darrell con su ceño acostumbrado. Se sentía muy desgraciada cuando hacía frío, ya que venía de una casa donde había demasiada calefacción, y no se acostumbraba a la fresca atmósfera del colegio. La contrariaba ver a Darrell sin un solo sabañón, y verla correr feliz con aquel aire helado, entrenándose para el *lacrosse*.

Belinda se fue acercando sigilosamente a Gwendoline, que no se daba cuenta de que fruncía el ceño. El rápido lápiz de Belinda se puso a trabajar. Mavis le dio un codazo a Gwendoline.

—¡Cuidado! ¡Aquí está Belinda otra vez!

Gwendoline se volvió rápidamente tratando de disimular el ceño... pero ¡era difícil sentirse enojada y no obstante no fruncir el entrecejo!

—¡Lárgate, Belinda! ¡No quiero que me dibujes! —le dijo con temor—. Ojalá me dejases en paz. Aborrezco tu manera de venir detrás de mí... a eso le llamó yo espiar.

—¡Oh no! —exclamó Belinda—. Es sólo que me interesas. Tienes un ceño tan interesante... el más feo de todo el colegio. Vaya, frunce el entrecejo y permite que lo dibuje.

Gwendoline dejó su expresión ceñuda, pero con un gran esfuerzo. Belinda sonrió.

—Pobre Gwendoline... está tan enfadada que desearía fruncir el ceño más que nunca; pero no lo hará. Bueno, no importa... aguardaré la próxima ocasión.

Se marchó y todas rieron. Los ojos de Gwendoline se llenaban de lágrimas con suma facilidad. Siempre lloraba por cualquier cosa. Qué odiosa era Belinda. Gwendoline pensó que debía fruncir el ceño ante el espejo, y entonces podría ver qué tenía de particular. Probablemente no sería peor que el de Mavis o Bill... pero esa terrible Belinda pensaba que era bonita manera de tomarle el pelo.

Darrell entró después de su entrenamiento con el rostro resplandeciente.

—¡Escuchad, niñas! ¿Sabéis una cosa? ¡Tal vez sea reserva del tercer equipo! Sólo tercera reserva... pero ya es algo.

—¿Qué es una reserva? —preguntó Zerelda pensando que debía ser algo maravilloso, a juzgar por los ojos resplandecientes de Darrell.

—Bueno... si tres niñas se caen durante el próximo partido, yo ocuparé el puesto de la tercera

—explicó Darrell.

—El tercer reserva nunca juega —observó Alicia—. Todo el mundo lo sabe. De manera que no te hagas muchas ilusiones, Darrell.

—No me las hago —replicó Darrell—. Alicia, ojalá tú te entrenases algo también. Molly es estupenda... y no se cansa nunca de ayudar.

—¡Ésa gorda y zafia, Molly! —murmuró Zerelda con su acento americano—. ¡Vaya... no puedo ni mirarla!

Era una tontería por parte de Zerelda decir una cosa así. Hizo que Darrell, Jean y el resto de las jugadoras de *lacrosse* se molestasen. ¿Qué importaba el aspecto que tuviera Molly? Era una magnífica capitana, y con ella habían ganado muchos más partidos que en épocas anteriores.

—Tal vez sea gorda, pero no es zafia... es una corredora rápida y muy potente —dijo Darrell con firmeza.

—¡Vaya si lo es! —respondió—. El otro día la encontré cuando bajaba la escalera, y pensé que se acercaba un terremoto. Pero no eran más que sus pies golpeando la escalera. ¡Podéis quedaros con vuestras Mollys! Yo no las quiero. ¡Todo músculo, sin cerebro ni atractivo!

—Y supongo que tú eres todo atractivo, pero sin cerebro —intervino Alicia con entonación maliciosa—. ¡Qué bonito! Bueno, América puede quedarse con sus Zereldas. ¡Aquí no sirven de mucho!

Zerelda enrojeció mordiéndose los labios. Las otras contuvieron el aliento esperando su reacción, pero no la hubo.

—Me figuro que yo me lo he buscado —comentó Zerelda levantándose muy digna. No dijo más, pero salió de la habitación con la misma gracia de siempre.

Nadie dijo una palabra. Se sentían incómodas. No era justo meterse con una niña, cuando todas habían decidido ser amables con ella; pero por otro lado Zerelda era realmente cargante y se merecía que la pinchasen.

—¿Dónde está Bill? —preguntó Darrell para cambiar de tema.

—¿Dónde te supones? —replicó Belinda—. Dando azúcar a «Trueno» en el establo.

—Bueno, pues ojalá no fuese así —dijo Jean—. Es una desobediencia y si la descubren se llevará una buena reprimenda. He discutido con ella y le he dicho que obedeciera a la señorita Peters para que no le ocurriese nada peor; pero no ha querido escucharme. Lo mismo que si estuviera hablando con un muro de piedra.

—Dice que «Trueno» no está bien —intervino Mary-Lou.

—¡Imaginaciones! —exclamó Alicia—. Dice eso para poder ir a verle sin sentirse «demasiado» culpable.

—No estoy segura de que finja —insistió Mary-Lou con su amable voz—. Está muy preocupada por él.

—Bueno, ¿y por qué no le pide a la señorita Peters que le visite el veterinario?

—Porqué si lo hiciera, la señorita Peters querría saber cómo sabe ella que no está enfermo —explicó Mary-Lou—. ¡Y entonces la carne estaría en el asador!

—¡Se oiría un ruidito muy curioso, y la señorita Peters comenzaría a echar humo! —exclamó

Bel inda sacando su lápiz para dibujar a la señorita Peters echando humo.

Alguien asomó la cabeza por la puerta de la sala común.

—¡Eh! Ha llegado el correo postal... y hay un paquete para ti, Alicia.

—Gracias —respondió Alicia levantándose para recogerlo—. Espero que sean bombones que me envía mi abuela. Suele enviarme una caja todos los cursos.

Desapareció. Bel inda terminó el dibujo y lo mostró a su alrededor. Todas se desternillaron de risa. La señorita Peters volaba hacia arriba envuelta en humo del que salían varios rayos.

—¡Estupendo! —exclamó Darrell—. ¡Ojalá pudiera dibujar como tú! ¡Yo no sé nada! .Tienes suerte. Bel inda.

—Sí, es verdad —contestó Bel inda recuperando su dibujo, al que añadió algunos trazos más—. No sé lo que haría si no pudiera dibujar. Me sentiría desgraciada. Bueno, igual que Irene se sentiría desgraciada si no tuviera su música.

Y yo sería desgraciada sin mi voz intervino Mavis al punto.

—Sí. Tú serías diez veces más desgraciada que Irene o Bel inda —añadió—. Y voy a decirte por qué. Porque tú sin tu voz no serías nada, Mavis. Después de todo, Irene sirve para las matemáticas, y juega muy bien al *lacrosse*, y siempre está dispuesta a divertirse... igual que Belinda que sirve para todo aparte de su don para el dibujo. ¡Pero tú no eres más que «Voz»! Quítala, y no creo que nadie supiera donde estás.

—No puedo evitar el tener una voz que domina todo mi ser —repuso Mavis complacida—. No es culpa mía si te parezco toda «Voz». Cuando sea cantante de ópera, yo...

Ésta era la señal para que todas comenzaran a charlar a voz en grito. No importaba lo que dijeran, sólo hablaban para ahogar el estribillo de Mavis. Mientras hablaban reían al ver su rostro contrariado, y sus pequeños ojos oscuros brillando de enojo.

¡Bueno... no le importaba! Que esperasen a que fuera un poco mayor... y entonces les demostrarían lo que significaba poseer un don como el suyo. Entusiasmaría al mundo entero con su voz única. Su familia y profesoras de canto se maravillaban de su voz, y no se cansaban nunca de vaticinarle una espléndida carrera. Ella podía esperar, aunque ello significara tener que soportar a gente tan vulgar como las de tercer curso.

Alicia entró con su paquete.

—No es de mi abuela —dijo— de manera que no me rodeéis con demasiadas esperanzas. Es de Sam.

Sam era uno de sus hermanos, travieso como el que más. Las de tercero no se cansaban nunca de oír hablar de sus andanzas.

—¿Tú crees que será alguno de sus trucos? —preguntó Darrell con vehemencia—. Alicia, hace años que no gastas ninguna broma. ¡Y espero que sea buena!

Alicia abrió el paquete. En su interior había una caja pequeña. Belinda la cogió para examinarla. Había algo escrito en la tapa:

«¡Estornudad, niños, estornudad!».

—¿Qué significa esto? —exclamó Darrell emocionada—. Abramos, la caja.

—Bueno, pero ten cuidado —intervino Alicia blandiendo una carta de su hermano—. No

derrames su contenido. ¡Puede ser valioso!

Darrell abrió la caja. Estaba llena de grageas redondas y planas, de un centímetro y medio de diámetro.

—¿Qué es esto? —preguntó Darrell—. ¿Y por qué esa curiosa etiqueta en la tapa: «¡Estornudad, niños estornudad!»?

Alicia reía leyendo la carta de Sam.

—Escuchad esto —les dijo—. Sam es un verdadero pillastre. Éstas grageas han sido hechas por uno de los niños de su clase... que es un poco inventor a su manera. Lo que hay que hacer es colocar una pastilla en un estante, humedecerla por una especie de agua salada y luego dejarla. A la media hora desprende una especie de vapor que se introduce en las narices de la gente haciéndoles estornudar aparatosamente.

Todas rieron.

—Sam dice que se lo hizo a su profesor de dibujo —continuó Alicia riendo de nuevo—. Y estornudó cuarenta y tres veces. Los niños lo contaron. ¡Vaya una broma!

—¡Hagámoslo a la señorita Peters! —exclamó Darrell emocionada—. ¡Oh, sí!

La idea de oír a la dispuesta señorita Peters estornudando cuarenta y tres veces era muy tentadora. Alicia leyó la carta de Sam hasta el final.

—Dice que bajo ningún pretexto debe usarse más de una gragea cada vez, porque los efectos son muy malos y entra demasiado vapor en la nariz de alguien. Dice también que el vapor de la pastilla sólo se extiende en un diámetro de un metro... de manera que si le gastamos ese truco a la señorita Peters, ella comenzará a estornudar como una loca; pero nosotras no.

—Me parece un truco supercolosal —exclamó Darrell—. ¡Realmente superior! Alicia debemos hacerlo. Me moriría de risa si viera a la señorita Peters estornudar de esa manera. Tiene un estornudo tan potente... casi más que nadie en el colegio.

—Bueno... no debemos empezar a reír demasiado pronto ni excesivamente para que la señorita Peters descubra que es un engaño —recomendó Alicia—. Aunque no sé como podría descubrirlo. Al fin y al cabo, «ella» será la única que estornude.

Todas estaban realmente emocionadas. ¡Un truco para la señorita Peters! Muy pocas alumnos de tercero se atrevían a gastar bromas, porque era muy perspicaz y tan rápida en sus castigos, que por lo general nadie se atrevía a molestarla demasiado. ¡Pero aquel truco era seguro!

—¿Cuándo lo haremos? ¿Mañana? —preguntó Darrell...

—No. Aguarda a que tengamos exámenes de matemáticas o algo así —replicó Alicia—. Entonces, si la señorita Peters estornuda demasiado, no tendremos exámenes.

Capítulo 12

LOS DÍAS PASAN

La emoción siguiente fue la vuelta de Sally. Darrell estaba loca de contento. Abrazó a su amiga y ambas se pusieron a charlar en seguida.

—¡Cuánto me alegro de estar de nuevo aquí! ¡Cómo me ha fastidiado no poder venir a principio de curso!

—¡Oh, Sally! ¡No sabes cuánto te he echado de menos! Tengo montones de cosas que contarte.

—Me has escrito cartas estupendas. Estoy deseando ver a Bill y a Zerelda. ¡No es una pena habérmelo perdido todo!

Todas se alegraron de volver a ver a Sally... todas, es decir, excepto Alicia que se había acostumbrado a tener a Darrell por compañera y amiga. Ahora tendría que compartirla con Sally... y es posible que ni siquiera eso. Tal vez Darrell ya no se preocupara por Alicia teniendo de nuevo a Sally.

Así que Alicia saludó a Sally con bastante frialdad, haciendo alarde de su amistad con Darrell; con la esperanza de que ésta quisiera seguir teniéndola como amiga. Pero Darrell se olvidó de Alicia durante algunos días tan contenta estaba por la vuelta de Sally.

Había tantas noticias que intercambiar, tanto que discutir. Sally se maravillaba de Zerelda y sus modales, y oyó contar dos o tres veces como la habían sacado de cuarto curso para pasarla a tercero. También Bill le asombraba con su habilidad para la gimnasia y para montar a caballo. Pensó que Mavis y su voz y eran más difíciles de soportar que nunca. La divertía ver como Gwendoline seguía a Zerelda a todas partes, sin que ella le hiciese caso.

—¡Oh, Darrell tú no «sabes» qué contenta estoy de estar otra vez aquí! —exclamó Sally feliz—. No dejaba de pensar en vosotras... estudiando en clase... bromeando con *Mademoiselle Dupont*, y recibiendo «rapapolvos» de *Mademoiselle Rougier*... jugando al *lacrosse*, divirtiéndonos en el gimnasio, y asando castañas en el fuego de la sala común. ¡Sentía una terrible nostalgia del colegio!

—Bueno, ahora por fin ya estás de vuelta —le animó Darrell—. Yo iba con Alicia mientras tú estabas fuera, Sally. Betty está en cuarentena por la tos ferina y todavía no ha vuelto, así que ella estaba sola como yo.

A Sally no le hizo mucha gracia la idea de que Darrell fuese amiga de Alicia, y sintió que los celos la invadían. Los celos eran una de las debilidades de Sally. Había logrado dominarlos durante algún tiempo... pero volvieron a surgir en su corazón, al ver lo solícita que Alicia se mostraba con Darrell. No le gustó nada.

De manera que Sally se mostró fría con Alicia, y Alicia se mostró a su vez fría con Sally, cosa que a Darrell le sorprendió, desagradablemente. Ella había esperado que al llegar Sally, las tres podrían ser amigas hasta que Betty volviera. A Darrell no le parecía justo descartar a Alicia por

completo, tan pronto hubiese vuelto Sally.

Darrell contó a su amiga el proyectado truco de Alicia. ¡Pero a Sally no le pareció bien!

—Es una tontería gastar una broma semejante a la señorita Peters —dijo—. En primer lugar, adivinaría que se trata de una broma y nos acarrearía un castigo terrible... y por otro lado no me gustan mucho esos trucos que hacen estornudar a la gente. Creo que son un poco peligrosos.

—¡Oh, Sally! —exclamó Darrell realmente desilusionada—. Yo creí que iba a emocionarte. ¡No seas tan seria y solemne! ¡Creo que no te gusta porque es de «Alicia»!

Sally se sintió herida.

—Está bien... si te gusta pensar esas cosas de mí puedes hacerlo —replicó—. Supongo que crees que tengo celos de Alicia. Bueno, pues no. ¡Ya veo por qué te gusta su amistad porque es divertida, ingeniosa, alegre... todas las cosas que yo no soy!

Ahora le tocó a Darrell molestarse.

—Eres tonta, Sally —le dijo—. ¡Sí, lo eres! Sabes que eres mi amiga y que sólo intimé con ella porque tú y Betty no estabais. No estropees las cosas, Sally.

—Está bien. Trataré de no hacerlo —replicó Sally con un esfuerzo.

A Darrell le supo mal que Sally se enfadara. ¿Por qué no podían formar un trío hasta que Betty regresara?

Iba dándole vueltas al magín, mientras se dirigía al campo de *lacrosse* para entrenarse.

«No quiero preocuparme más por esa tontería», se dijo Darrell ya en el campo, y concentró toda su atención en el juego; parando la pelota con maestría y pasándola a una de sus compañeras.

Molly Ronaldson estaba realmente muy satisfecha de ella. No era sólo por la rapidez y destreza de Darrell, sino por su interés. No se había perdido un entrenamiento, saliendo con el tiempo más frío y los peores vientos. Era una buena deportista y Molly Ronaldson no tenía mejor elogio para nadie que ése.

—Darrell Rivers, puedes considerarte tercera reserva del tercer equipo —le dijo cuando salían del campo—. Ésta tarde pondré el aviso en el tablón de anuncios. Siempre hay una posibilidad de que puedas jugar en algún partido de manera que continúas entrenándote. Éste curso hay muchas enfermas y la gente cae por docenas.

—¡Oh, Molly... «gracias»! —respondió Darrell resultándole difícil hablar tan emocionada estaba—. No te decepcionaré... no perderé ni un solo entrenamiento, ¡aunque nieve! ¡Has sido muy bueno conmigo!

—No, no lo creas —repuso Molly—. Estoy pensando en el «equipo». Tú eres bastante buena... por eso entras en él... como reserva primero, y con la ligera esperanza de poder jugar en algún partido más adelante.

Darrell corrió hacia el colegio, caminando sobre él aire. Fue una suerte que esta vez no se tropezase con *Mademoiselle* Dupont al doblar la esquina. Todo lo que hizo fue abalanzarse sobre un grupo de alumnos de cuarto que se separaron alarmadas al ver su ímpetu.

—¡Darrell Rivers! ¿Estás loca? —le dijo un tanto extrañada Lucy.

—¡No! ¡Bueno, tal vez lo «esté» un poco! —replicó Darrell—. ¡Soy tercera reserva del tercer equipo! Molly acaba de decírmelo.

—Eso está muy bien —dijo Elena—. ¡Felicitaciones! ¡Afortunada tú! Yo nunca formaré parte de ningún equipo, y soy de cuarto.

Todas parecieron alegrarse y felicitaron a Darrell dándole palmadas en la espalda. Fue corriendo a la sala común de tercero para dar la noticia. La mayor parte de las niñas estaban allí, leyendo, jugando o cosiendo. Al entrar Darrell corriendo, alzaron las cabezas.

—¡Aquí viene el huracán! —exclamó Alicia con una sonrisa—. ¡Cierra la puerta, por amor de Dios, Darrell! ¡Viene un aire helado que me enfría las piernas!

Darrell cerró la puerta.

—¡Niñas, soy tercera reserva! —anunció—. Molly va a ponerlo esta noche en la tabla de anuncios.

Alicia, que había estado algo molesta por los éxitos de Darrell en *lacrosse*, se hizo el propósito de demostrar que esta vez se alegraba. ¡No era conveniente que ella se mostrase amarga y Sally dulce! De manera que se puso en pie de un salto, dio una palmada en la espalda de Darrell y la estuvo felicitando, como si jamás hubiera estado nadie en la reserva.

Apenas dejó que Sally se acercase a Darrell. Jean también se alegró, e Irene y Belinda se acercaron maravilladas. Incluso Mary-Lou puso su granito de arena, aunque en su interior se maravillaba de que alguien pudiera alegrarse de una cosa tan peculiar. En conjunto fue un triunfo para Darrell que disfrutó de la admiración con deleite.

Sally se enfadó al ver lo satisfecha que estaba Alicia, y porque Darrell aceptaba su entusiasmo.

«¡Oh, pobre de mí! —pensó—. ¡Me estoy volviendo odiosa! ¡Ni siquiera soy capaz de decir a Darrell todas las cosas agradables que quisiera, solo porque Alicia se le acercó primero!».

A Darrell le sorprendió bastante que Sally no pareciera alegrarse tanto como ella había esperado.

—¿No te alegras, Sally? —le preguntó preocupada—. Es un honor para el tercer curso, ¿sabes? ¡Dime que te alegras!

—¡Claro que me alegro! —repuso Sally—. Es... es estupendo. Lo has hecho muy bien, Darrell.

Pero sus palabras no parecían muy sinceras y Darrell se sintió algo decepcionada. ¡No importaba! Alicia estaba entusiasmada... lo mismo que las otras. Tal vez Sally se sintiera un poco ajena a todo aquello por haber vuelto tan tarde aquel curso.

La siguiente emoción, fue una noticia aparecida en los «avisos» junto al nombramiento de Darrell, diciendo que la señorita Hibbert, la profesora de inglés, iba a empezar los ensayos de «*Romeo y Julieta*». Todas las de tercero debían ir a la sala de ensayos para ser probadas por separado para los papeles.

—¡Maldición! —exclamó Gwendoline a quien no le gustaba la señorita Hibbert, la cual siempre la reprendía porque sus representaciones eran afectadas y tontas—. Yo esperaba que se hubiese olvidado de la obra. Es perder el tiempo.

—Oh, «no» no lo es —intervino Zerelda a quien la noticia la había animado mucho—. ¡Actuar es maravilloso! Eso sí que «lo sé» hacer. Representé a Lady Macbeth en...

—Sí, lo sabemos —la interrumpió Daphne—. ¡De todas formas ahora ya debemos saberlo!

Nos lo has contado muchas veces.

—Supongo Daphne que ya te ves en uno de los papeles principales —le interrumpió Alicia—. ¡Qué desilusión te vas a llevar! ¡Si Zerelda es tan buena como dice, hará de Julieta... siempre que consiga librarse de su acento americano!

Zerelda pareció alarmada.

—¿Tú crees que mi modo de hablar puede impedir que me den un papel importante? —preguntó.

—Bueno... no me imagino a la Julieta de Shakespeare hablando con marcado acento americano —contestó Alicia. ¡No obstante... sí representas el papel lo bastante bien, no veo por qué no puedes conseguirlo!

Zerelda había estado un tanto apagada últimamente, pero ahora, volvió a la vida con la esperanza de conseguir un papel en «*Romeo y Julieta*». Prestó gran atención a su apariencia y pasaba todo el tiempo delante de su espejo. ¡También intentó librarse de su acento americano!

Esto divertía mucho a la clase. Zerelda no había hecho el menor esfuerzo por hablar bien hasta entonces, riéndose del acento inglés que ella encontraba muy tonto. Ahora iba pidiendo a todo el mundo que le dijera cómo se pronunciaban las palabras.

—Bueno, trata de decir «*maravilloso*» en vez de «*marravilloso*», para empezar —le dijo Darrell—, y «*veinticuatro*». Con la T en medio, en vez de «*venicuatro*». ¿Os es que no notas la diferencia?

Zerelda procuró con paciencia dominar el modo de hablar de los ingleses, ante el asombro de la señorita Peters. Estaba muy satisfecha de los esfuerzos que Zerelda hacía por seguir el trabajo del curso, pero continuaba preocupada por la constante atención que dedicaba a sus cabellos y aspecto físico. No le gustaban los aires de persona mayor de Zerelda, ni su costumbre de mirar a las otras por encima del hombro, sólo porque eran colegialas.

«*¡Ahora les enseñaré a todas!* —pensó Zerelda estudiando el papel de Julieta con gran atención—. *¡Ahora comprenderán lo que quiero significar cuando les digo que voy a ser la más grande de las estrellas de cine!*».

Capítulo 13

EL DESAFORTUNADO ENSAYO DE ZERELDA

La señorita Hibbert se tomaba muchas molestias para representar obras teatrales en el colegio. Dedicaba su tiempo a cada curso por turno, y la verdad es que conseguía excelentes resultados. Éste curso le tocaba al tercer año. Debían celebrar la representación a finales de curso. Se alegraron de no tener ninguna obra francesa. Las dos *Mademoiselle* intervenían en ellas, y como sus ideas eran muy distintas respecto al modo de representarlas, resultaba fatigoso para los actores.

—¿La señorita Hibbert escoge los personajes el primer día? —preguntó Zerelda.

—Oh no... nos prueba a todas en cada papel varias veces —dijo Darrell—. Lo hace por dos razones... dice que así encuentra la persona adecuada para cada papel... y todas conocemos todos los papeles de la obra y trabajamos mejor como equipo.

—Vaya, eso es «*marravilloso*»... quiero decir, «*maravilloso*» —corrigió Zerelda—. Yo he estado estudiando el papel de Julieta. Es precioso. ¿Te gustaría oír algunos fragmentos?

—Lo siento, pero es que ahora mismo he de ir al entrenamiento de *lacrosse* —exclamó Darrell—. Mira... pídeselo a Alicia. No tiene nada que hacer.

Pero Alicia no estaba dispuesta a admirar la Julieta de Zerelda, y se apresuró a ponerse en pie.

—¡Lo lamento! Tengo que ir a una reunión, Zerelda. ¡Pero estoy segura de que estarás «*marravillosa*»!

—Yo te escucharé, Zerelda —se ofreció Gwendoline contenta de tener una oportunidad de complacer a la niña americana—. Entremos en una de las salas de música donde no te molestará nadie. Será estupendo verte actuar. Estoy segura de que debes de ser muy buena. Tan buena como... ¿cuál es esa estrella de cine que admiras tanto?... ¡oh, sí, Lossie Laxton!

—Bueno, —tal vez todavía no esté a su altura— dijo Zerelda ahuecándose el cabello del mismo modo que Lossie lo hacía en las películas. —De acuerdo, Gwen... iremos a la sala de música.

Pero todas estaban ocupadas, y a través de las puertas se oían los acordes y arpeggios musicales, a excepción de una situada al final del pasillo. Franquearon la puerta y vieron que Irene estaba allí, inclinada sobre un papel pautado.

—Escucha, Irene —le dijo Gwen—; ¿no podrías...?

—Marcharos —ordenó Irene con fiereza—. Estoy ocupada. ¿No lo veis?

—Bueno, no necesitas el piano, ¿verdad? —le dijo Zerelda—. ¿No podrías hacer ese trabajo en cualquier otro sitio?

—No, no puedo. Tengo que ir tocando lo que compongo —replicó Irene—. Marcharos. ¡Vaya una manera de interrumpirme!

Zerelda estaba sorprendida. Nunca había visto a Irene tan enfadada. Pero Gwendoline sí. Sabía

que Irene no podía soportar que la molestaran cuando estaba concentrada en su música, lo mismo si la estaba componiendo, que si la interpretaba al piano.

—Vámonos —le dijo a Zerelda—. Salgamos.

—Sí. ¡Marcharos! —dijo Irene con expresión desesperada—. Me habéis interrumpido cuando me estaba saliendo de primera. ¡Maldita sea!

—Bueno, Irene, yo creí que podrías cedernos esta habitación si sólo estabas jugando con el lápiz y el papel —comenzó a decir Zerelda—. Yo quería recitar un fragmento de Julieta y...

Entonces Irene se puso furiosa. Lanzó sus papeles, su lápiz y su carpeta contra la alarmada Zerelda.

—¡Estás loca! —le gritó—. ¡Qué deje mi hora de música por tu estúpida actuación! Oh, sí, ya sé que vas a ser una maravillosa estrella de cine, que te pasearás con trajes maravillosos, pensando en cosas de tercera categoría, si es que alguna vez —«piensas» en algo; pero ¿qué es todo eso comparado con la música? Te aseguro que...

Pero Zerelda y Gwendoline no quisieron oír más. Vieron que Irene era capaz de arrojarles algo, y encima de la chimenea había un jarrón con flores. Gwen pensó que lo más sensato era salir cuanto antes de la habitación.

—«¡Vaya!» —exclamó Zerelda—. ¡Esto es el colmo! ¡Irene está loca!

—No siempre —aclaró Gwen—, sólo cuando se siente inspirada, y la música acude a su mente y quiere escribirla. Supongo que tiene verdadero temperamento artístico.

—Bueno, también lo tengo yo —replicó Zerelda al punto—. Pero yo no me enfado así. Nunca lo hubiera creído de ella.

—No puedo evitarlo —explicó Gwendoline—. Es sólo cuando la interrumpen. Mira... ahí está Lucy saliendo de una de las salas de música. ¡Podemos entrar nosotras si nos damos prisa!

Penetraron en la habitación que Lucy acababa de abandonar. Gwendoline se sentó, dispuesta a escuchar durante horas por Complacer a Zerelda, y demostrarle su verdadera amistad. Zerelda, adoptando una actitud melancólica, comenzó:

*¿Quieres marcharte ya? Aún no ha despuntado el día;
Era el ruiseñor y no la alondra
Lo que hirió el fondo temeroso de tu oído;
Todas las noches trina en aquel granado;
¡Créeme, amor, era el ruiseñor!*

Gwendoline escuchaba con admirada expresión en su rostro. No tenía la menor idea de si Zerelda era buena o no, pero a ella le daba lo mismo.

—¡Maravilloso! —exclamó cuando Zerelda se detuvo para tomar aliento—. ¿Cómo has aprendido tanto? Actúas muy bien. Y la verdad es que el papel te sienta muy bien con tus cabellos, Zerelda.

—¿De veras? —dijo Zerelda complacida. Siempre disfrutaba actuando—. Verás lo que voy a hacer. Me soltaré el cabello, y me envolveré con ese tapete. No... no es bastante grande. ¡La

cortina me servirá!

Y ante el regocijo de Gwendoline, Zerelda cogió la cortina azul y se la colocó encima de su uniforme castaño. Destrenzó sus brillantes cabellos soltándolos encima de los hombros; Decidió echar también la cortina por encima de sus hombros. ¡Ah!..., ahora se parecía más a Julieta. Entrelazando las manos con aire patético comenzó otro parlamento. Sonaba un tanto extraño, porque Zerelda trataba por todos los medios de pronunciar bien el inglés; pero continuaba con su acostumbrado acento, de manera que el efecto era bastante divertido.

Gwendoline sentía ganas de reír, pero sabía lo mucho que Zerelda habría de ofenderse. La niña americana iba de un lado a otro declamando dramáticamente, arrastrando la cortina azul, mientras sus cabellos le tapaban un ojo.

Alguien se asomó. Era Bessie, una de segundo. Había acudido allí para estudiar, pero al ver a las dos de tercero salió corriendo. Luego llegó una de cuarto curso. No se asustó al ver a las de tercero, pero sí le asombró mucho el ver a Zerelda con aquel extraño atuendo.

—Tengo que estudiar —dijo entrando—. Largaros.

Zerelda se interrumpió indignada.

¡Lárgate tú! —le dijo—. ¡Vaya frescura! ¿No ves que estoy ensayando?

—No, no lo veo —replicó la de cuarto—. Y aguarda a que alguna profesora te vea con esa cortina... Zerelda Brass. Largaros las dos. Ya voy muy retrasada.

Zerelda decidió mostrarse temperamental como Irene. Y cogiendo su libro de obras de Shakespeare lo arrojó contra la de cuarto. Por desgracia en aquel momento pasaba el ama, la cual solía asomar la cabeza por todas las salas de música para ver si estudiaban. Quedó llena de asombro al ver a alguien envuelto en una cortina y un tapete, con los cabellos sobre el rostro, y lanzando un libro contra una niña sentada al piano.

Abrió la puerta y todas pegaron un respingo.

—¿Qué es todo esto? ¿Qué estáis haciendo? ¡Ah!, eres «tú», Zerelda. ¿Por qué diantres te has envuelto en esa cortina? ¿Estás loca? ¿Y qué les ha ocurrido a tus cabellos? Estás más horrible que de costumbre. Janet, continúa estudiando. Gwendoline, no debieras estar aquí cuando estudia una de cuarto. Y en cuanto a ti, Zerelda, si vuelvo a verte perder los estribos como ahora, tendré que decírselo a la señorita Grayling. ¡Arrojando libros contra las niñas! ¡Y una alumna de tercero! ¡Si sigues portándote así vas a tener que ir con las de primero!

Las niñas no pudieron meter baza porque el ama habló a toda velocidad. Hizo sentar de nuevo a Janet en el taburete con energía, sacó a Gwendoline como si fuese una gallina, y cogió a Zerelda por un hombro con firmeza.

—Vendrás conmigo para comprobar si has roto el tapete o la cortina —le ordenó—. De ser así te sentarás en mi habitación para coserlo. Y ahora que recuerdo... si no zurces mejor tus medias en lo sucesivo tendrás que venir todos los días a dar clases de zurcido, hasta que aprendas.

Furiosa y contrariada, la pobre Zerelda tuvo que seguir al ama por el pasillo, luchando por quitarse la cortina y el tapete de la cintura y los hombros, y deseando poder sujetarse los cabellos.

Pero el ama no le daba tiempo de arreglarse. Aquélla niña americana engreída y afectada le había molestado muchas veces... ¡y ahora el ama iba a tomarse represalias! ¡Qué todo el mundo

viera a Zerelda en aquel estado ridículo!

Por desgracia para Zerelda encontraron a un gran grupo de alumnos de segundo, que miraron a Zerelda con asombro y regocijo.

—¿Qué ha hecho? ¿Por qué se la lleva el ama? ¡Qué aspecto más «horrible» tenía la pobre!

Zerelda tuvo que oír estos comentarios de las niñas de doce años. Enrojeció miserablemente buscando a Gwen con la mirada. Pero Gwen se había marchado. Conocía el carácter del ama, y no pensaba quedarse cerca.

Encontraron a *Mademoiselle* al pie de la escalera, y la profesora exclamó sorprendida.

—«¡*Tiens!*» ¿Qué es esto? ¡Zerelda! ¡Tus cabellos!

—Sí. Yo me encargo de ella *Mademoiselle* —repuso el ama con firmeza. Ambas mujeres, por lo general, siempre están en estado de guerra, por eso el ama no se detuvo a hablar, sino que arrastró a Zerelda hacia su habitación, dejando a la francesa muda de asombro.

Por suerte poro Zerelda el amo no pudo encontrar el menor desperfecto en la cortina ni en el tapete. Lo cual la desilusionó. Ella misma peinó a Zerelda, y la niña estaba tan sobrecogida por su rapidez y facilidad de palabra que se sometió sin la menor resistencia.

El ama peinó los cabellos de Zerelda en dos trenzas. Zerelda no había llevado trenzas en su vida, y permaneció allí sentada llena de horror. ¡Aquél colegio horrible! ¿Qué le ocurriría a continuación?

—Ya está —dijo el ama al fin satisfecha sujetando los extremos de las trenzas, con goma azul. Se echó hacia atrás—. Ahora pareces una verdadera colegiala, Zerelda... y muy sensata y bonita también. No comprendo por qué quieres dar la impresión de que tienes veinte años.

Zerelda se puso en pie con desánimo mirándose al espejo. ¡Qué «espanto»! ¿Era posible que aquella fuese ella? Vaya, si parecía cualquier otra... igual que todas las chicas inglesas. Salió de la habitación del ama y corrió a su dormitorio para volver a peinarse.

Encontró a la señorita Peters que la miró como si no la conociera. Zerelda tras dirigirle una tímida sonrisa trató de continuar andando sin detenerse.

—¡Vaya... Zerelda! —oyó decir a la señorita Peters, como si no diera crédito a sus ojos. Zerelda echó a correr por el pasillo rezando para no encontrarse con nadie más.

Gwendoline estaba en el dormitorio, y ella también miró a Zerelda, como si viera un fantasma.

—¿El ama te peinó así? —preguntó—. Oh, Zerelda... ahora pareces una colegiala de verdad... ya no eres tú. «*Tengo*» que decir a las otras que el ama te peinó con trenzas.

—¡Si te atreves a repetirlo no volveré a dirigirte la palabra! —dijo Zerelda en tono tan fiero que Gwen se asustó. Se deshizo las trenzas—. ¡Éste horrible colegio! ¡Nunca perdonaré al ama, nunca!

Capítulo 14

¡BILL DESCUBIERTA!

A Alicia no le dejaron olvidar el truco de los estornudos. Toda la clase le pidió que lo hiciera... excepto Sally. Ésta seguía diciendo que era una broma peligrosa, pero Alicia se rió de ella.

—Lo dices porque el truco es «mío» —dijo sabiendo que Sally estaba celosa de su amistad con Darrell—. Si fuese de Irene o de Jean estarías entusiasmada.

Jean luchaba contra su deseo de ver el resultado de las pastillas, pero al mismo tiempo su conciencia como jefe de la clase le hacía comprender que no debía mostrar demasiado entusiasmo. ¡No obstante las jefes de clase tampoco han de ser tan rigurosas y estrictas... y deseaba tanto presenciar lo que ocurriría!

—La semana próxima tendremos examen de matemáticas —dijo Alicia—. ¡Ha llegado el momento de hacerlo! Apuesto a que nos libramos del examen. ¡Aaachiss!

Todas rieron. Y Darrell se abrazó a sí misma. ¡Oh, que divertido era el colegio! Ella disfrutaba cada minuto. Le gustaba estudiar y los deportes, le encantaba la compañía de las niñas, y el ser tercera reserva... ¡Oh, todo era maravilloso! Aquél era el mejor curso de todos.

Entonces reparó en Bill cuyo aspecto expresaba todo menos felicidad. ¡Pobre Bill! Estaba preocupada porque «Trueno» no estaba muy bien del todo. Nadie parecía darse cuenta... pero Bill «lo sabía». No es que «Trueno» añorase su casa como pensara al principio. Es que estaba enfermo. Y ella se preocupaba... y cuanto más se preocupaba, menos atención prestaba al estudio, y más hacía enfadar a la señorita Peters.

«¡Wilhelmina! ¿Quieres prestar atención? ¡Wilhelmina! ¿Quieres repetir lo que acabo de decir? ¡Wilhelmina, no te tendré en mi clase si continuas mirando por la ventana y soñando!».

Wilhelmina era la palabra que más veces pronunciaba la profesora, durante las horas de clase. Era terrible. Bill se sentía verdaderamente desgraciada, pero hablaba muy poco a menos que alguien le preguntase por «Trueno». Sabía que Jean desaprobaba su continua desobediencia. ¡Pero sencillamente, no podía evitarlo! Tenía, «tenía» que ver a «Trueno» cada día, sobre todo ahora.

La señorita Peters comenzó a preocuparse por Bill. ¿Si la niña quería tanto a su caballo por qué continuamente se ganaba castigos que le privaban de verlo?

Bill había estado castigada durante toda la semana sin visitar a su caballo. Y, no obstante, no se había quejado.

Una sospecha fue formándose en la mente de la señorita Peters. ¿Acaso Bill la desobedecía? ¡Seguro que no! La señorita Peters no había tenido que habérselas, normalmente, con niñas desobedientes. Rara vez se atrevían a desobedecer sus menores palabras. Su clase era la más disciplinada.

Habló de esto con la señorita Potts, la encargada de la Torre Norte.

—Estoy intrigada con Wilhelmina, señorita Potts. No consigo entenderla. Es una soñadora

terrible, y sin embargo parece tan sensata y cariñosa. Además, parece querer tanto a su caballo... y aunque sabe que la castigaré prohibiéndole verlo, continúa haciendo tonterías y recibiendo castigos. Ahora hace ya una semana que no puede ver a su caballo.

La señorita Potts pareció extrañarse, y frunció el ceño tratando de recordar algo con claridad.

—Bueno... es curioso... podría jurar que ayer, vi a Wilhelmina en los establos. Al pasar miré por la ventana... y estoy casi segura de que era Wilhelmina... la que estaba de pie junto a un gran caballo negro.

—Sí... debía de ser «*Trueno*» —dijo la señorita Peters muy seria—. ¡La falsa y desobediente Wilhelmina! Si la pesco en desobediencia insistiré para que envíen el caballo a su casa. Ella puede montar cualquier caballo del colegio. No consentiré que se pase todas las mañanas pensando en ese animal, por bonito que sea... y que me desobedezca de ese modo.

La señorita Peters estaba realmente enfadada. No podía soportar la desobediencia. Volvió a sus habitaciones sintiéndose sorprendida y desilusionada. No había imaginado que Wilhelmina fuese tan falsa y poco digna de confianza. Lo cual demostraba lo poco que sabía de los demás.

A medida que iba transcurriendo el día, la señorita Peters se iba sintiendo más indignada. Casualmente aquel día estuvo muy poco con el tercer curso, ya que la señorita Cartón, la profesora de historia, el señor Young, el profesor de música, *Mademoiselle*, y la señorita Linnie, la profesora de arte, dieron cada uno su clase al tercer curso. No tuvo oportunidad de mirar fijamente a Bill para saber si era o no culpable.

Al mediodía después de la comida tenían media hora libre, antes de que comenzaran las clases de la tarde. Ése era el momento aprovechado por Bill para correr al establo. Por lo general bajaba por la escalera de atrás, que daba a una puerta lateral, y llegaba a los establos por un camino oculto bajo los árboles; de manera, que nadie la veía.

Fue a los establos como siempre para ver a «*Trueno*», que relincho suavemente cuando oyó sus pasos. Bill abrió la gran puerta y entró. Allí no había nadie más. Sólo los caballos pateaban y resoplaban satisfechos de la mutua compañía.

Se acercó a «*Trueno*» que puso su cabeza en el arco de su brazo y relincho feliz. Bill acarició su cuello aterciopelado.

—«*Trueno*», ¿te encuentras mejor? Deja que vea tus ojos. Oh, «*Trueno*» no están tan brillantes como debieran... y no me gusta el tacto de tu piel. Debía estar mucho más sedosa. Está áspera. «*Trueno*» ¿qué te ocurre? No te pongas enfermo, «*Trueno*», no podría soportarlo.

«*Trueno*» resopló un poco y luego relincho feliz. Ciertamente que no se sentía bien... pero eso no importaba estando Bill con él. Podría sentirse enfermo y al mismo tiempo feliz estando con su amita.

Arriba en la *Torre Norte*, la señorita Peters caminaba por el pasillo. Su intención era ir en busca de Bill y tener una conversación con ella. Fue hasta la puerta de la sala común de tercero y miró al interior. ¡Wilhelmina no estaba allí!

—Busco a Wilhelmina —solicitó la Señorita Peters—. ¿Dónde está?

Todas lo sabían naturalmente, pero nadie iba a decirlo. Darrell se preguntó si le sería posible salir para prevenir a Bill a fin de que regresara rápidamente.

—¿Quiere que vaya a ver si la encuentro? —preguntó.

—No. Yo la buscaré —contestó la señorita Peters—. ¿Sabe alguna de vosotras dónde está?

Nadie respondió. Todas la miraron de la manera más irritante, y la señorita Peters se puso furiosa. Sabía muy bien que todas estaban en el secreto. Bueno, no iba a esperar que la delatasen si creían que Wilhelmina estaba donde no debiera estar... en los establos.

—Supongo que debe de estar en los establos —dijo la Señorita Peters muy seria mirando a Jean—. Tú, como jefe de la clase, debieras decirle que no fuese tan tonta y desobediente. Ya sabes que yo confío en el honor de todas para obedecer los castigos que impongo.

Jean enrojeció sintiéndose incómoda. Era muy fácil para la señorita Peters hablar así. Nadie podía influir en Bill cuando se trataba de que descuidase a «*Trueno*».

—Quedaos aquí todas —ordenó la señorita Peters segura de que una u otra correría a los establos para avisar a Bill de tener oportunidad. Y la intención de la señorita Peters era sorprender a Bill y acabar con aquellas desobediencias de una vez para siempre.

—¡Oh, pobre Bill! —gimió Darrell cuando la señorita Peters se hubo marchado—. ¡Ahora sí que va a llevarse una buena reprimenda! Escuchad... apuesto a que la señorita Peters ha bajado por la escalera principal. Si yo bajo corriendo por la de atrás, «*puede*» que llegue primero a los establos para avisar a Bill. ¡Lo intentaré!

No aguardó la respuesta. Salió disparada de la habitación, casi tira al suelo al ama en el pasillo, y una vez en la escalera, bajó los peldaños de dos en dos, saliendo por la puerta posterior para correr entre los árboles. Se abalanzó contra la puerta del establo, escurriéndose dentro.

—¡Bill! ¡Cuidado! ¡La señorita Peters viene hacia aquí! —le siseó. Vio la cara de espanto de Bill junto a la negra cabeza de «*Trueno*».

Luego oyó pasos y lanzó un gemido.

—Es demasiado tarde... te pescará. ¿No puedes esconderte?

Darrell se ocultó bajo un montón de paja que había allí mientras el corazón le latía alocadamente. Bill permaneció inmóvil como si fuese de piedra, con su rostro pecoso pálido de miedo. La puerta se abrió de par en par dando paso a la señorita Peters.

—¡Oh! ¡De manera que estás aquí, Wilhelmina! —exclamó enojada—. Supongo que debes haberme estado desobedeciendo sistemáticamente toda la semana. Estoy realmente avergonzada. Nunca te adaptarás al colegio teniendo aquí a «*Trueno*». Tendrá que ser enviado a tu casa.

—¡No! ¡Oh, no, señorita Peters! ¡No, no haga eso! —suplicó Bill mientras incluso sus pecas palidecían de angustia—. Es sólo que «*Trueno*» está enfermo. De verdad. Si estuviese bien la hubiera obedecido. Pero él me necesita cuando está enfermo.

—No pienso discutir este asunto —repuso la señorita Peters con frialdad—. Ya has oído lo que he dicho. No pienso cambiar de opinión ante semejante demostración de desobediencia. Por favor, regresa a la sala común, Wilhelmina. Te avisaré cuando todo esté preparado para enviar a «*Trueno*» a tu casa, y podrás despedirte de él hasta las vacaciones. Probablemente será pasado mañana.

Bill quedó como petrificada. No podía mover las piernas. Darrell no podía verla, pero se la imaginaba perfectamente. ¡Pobre, pobrecita Bill!

—Vete, Wilhelmina —le dijo la señorita Peters—, inmediatamente, haz el favor.

Y Bill se fue arrastrando los pies. Darrell oyó un sollozo ahogado. ¡Oh... qué lástima tener que permanecer allí escondida sin poder consolar a Bill! No importaba... la señorita Peters se marcharía pronto, y entonces podría correr a la sala común para animar a Bill.

Pero la señorita Peters no salió. Aguardó a que Bill se hubiese marchado y entonces fue al lado de «*Trueno*» hablándole con tanta dulzura, que Darrell apenas podía creer que se tratase de la señorita Peters.

—Bueno, caballito —dijo la profesora y Darrell oyó el ruido de su mano acariciando su piel—. ¿Qué te ocurre? ¿No te encuentras bien? ¿Habrá que avisar al veterinario? ¿Qué te pasa, «*Trueno*»? Eres un caballo muy bonito. El mejor de los establos. ¿Qué te pasa, caballito?

Darrell apenas podía dar crédito a sus oídos. Se removió un poco entre la paja para abrir un agujero por donde mirar. Sí, allí estaba la señorita Peters, junto a «*Trueno*», que resoplaba y relinchaba de contento. ¡Vaya, la señorita Peters debía quererlo mucho! Claro, que le gustaban los caballos, Darrell lo sabía. Pero esto era distinto. Parecía querer a «*Trueno*» como si fuese suyo.

La señorita Peters le dio un terrón de azúcar, y luego salió del establo cerrando la puerta.

Darrell salió de entre la paja sacudiéndose. Luego fue hasta la puerta para escuchar. La señorita Peters se había ido. ¡Bien!

Abrió la puerta y salió. «¡*La señorita Peters no se había ido!*!». Estaba allí fuera atándose el cordón de un zapato. Alzó la cabeza y vio a Darrell saliendo de los establos.

Se enderezó roja de indignación.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó—. ¿Estuviste aquí todo el tiempo que estuve hablando con Wilhelmina? Cuando me marché estabas en la sala común. ¿Bajaste corriendo por la escalera de atrás para avisar a Wilhelmina?

Darrell no podía hablar y asintió con la cabeza.

—Ya me ocuparé de ti más tarde —dijo la señorita Peters sin atreverse a hablar en aquel momento—. ¡Me gustaría saber a dónde va a ir a parar este año el tercer curso!

Capítulo 15

MAVIS TIENE UNA IDEA

Bill no iba a consolarse con Darrell ni con nadie. No había ido a la sala común como le dijera la señorita Peters, sino a su dormitorio para llorar a solas. Bill se vanagloriaba de no llorar nunca; pero esta vez sí lloró. Sus siete hermanos le habían enseñado a ser dura y fuerte, y como un muchacho, no solía derramar ni una lágrima.

Pero ahora no pudo evitarlo. Cuando aquella tarde apareció ante sus compañeras de tercero, éstas vieron sus ojos enrojecidos y se acercaron a consolarla. Pero ella las apartó. A Darrell la rechazó también, aunque le dirigió antes unas palabras de agradecimiento.

—Gracias por venir a avisarme. Has sido muy buena, Darrell.

—Bill... es una vergüenza —comenzó a decir Darrell. Pero Bill le volvió la espalda.

—No quiero hablar de ello —le dijo—. Por favor no insistas.

De manera que las de tercero la dejaron mirándose unas a otras con desaliento. No podían convencer a Bill si ella no quería. Darrell ocupó su puesto en clase aquella tarde con gran nerviosismo. Sabía, que más pronto o más tarde tendría que acudir a la habitación de la señorita Peters, y se preguntaba qué le ocurría. Oh cielos... y todo había ido tan estupendamente hasta entonces. Y ahora se había metido en un buen lío, cuando su única intención era ayudar a la pobre Bill.

Aquella tarde la señorita Peters estaba de un humor de perros. Y buscaba algo o alguien que saciara su furor. Pero nadie, ni siquiera Mavis, Gwendoline o Zerelda hicieron nada para provocarla. La señorita Peters era terrible si estaba de mal talante. Su rostro grande estaba enrojecido, y sus ojos relampagueaban cuando miraba a la clase, y sus cortos cabellos parecían pegarse más a su cabeza de lo acostumbrado.

Aquella noche todas las de tercero se sentían deprimidas, y Bill parecía una estatua de piedra sentada en un rincón. Fue Mavis quien de pronto las animó a todas.

—Escuchad —dijo en un susurro como si allí hubiese alguien que no debiera oír—. ¡Escuchad! ¡Mirad esto!

Blandía un papel en el que se leían impresas estas palabras:

«¡Concurso de talentos!».

¿Tiene usted un don? ¿Sabe tocar bien el piano? ¿Sabe dibujar? ¿Sabe cantar?

Entonces acuda con su talento al Gran Salón de Billington, el sábado por la noche, y deje que nosotros «descubramos su talento». Grandes premios.../ y una «oportunidad» para hacerse un «nombre».

¡Concurso de talentos!

Las niñas lo leyeron.

—Bueno, ¿y qué hay con eso? —dijo Alicia—. No pensarás en ir tú para que descubran tu

talento, ¿verdad, Mavis?

—Sí, pero escuchad —prosiguió Mavis todavía en un susurro apremiante— ¿qué me decís si Irene fuese con su música... Belinda con sus dibujos... Zerelda con sus actuaciones... y yo con mi «voz»? ¡Pensad en los premios que podríamos ganar!

Todas miraron a Mavis con enojo.

—¡Mavis! ¡Cómo que nos dejarían ir! —exclamó Belinda—. Y además, ¿quién va a querer ir a un concurso semejante? ¡Valiente concurso de talentos! ¡Sólo un ridículo espectáculo para divertir a la gente de Billington! Y probablemente los premios serán medias coronas. No seas tan tonta.

—Pero, Belinda... Zerelda... es una oportunidad —exclamó Mavis, que ya se imaginaba en el escenario llenando el salón con su rica voz, siendo aplaudida a rabiar; y tal vez viendo su nombre en los periódicos. Pobre y tonta Mavis. Su orgullo le impedía ver lo que era en realidad aquel concurso... solo un espectáculo de pueblo para divertir a la gente.

—Mavis, te pasas de tonta —le dijo Alicia impaciente—. ¿De veras crees que la señorita Grayling permitiría a las niñas de *Torres de Malory* presentarse a un concurso como éste para ponerse en ridículo? Usa tu sentido común.

—No puede. No tiene ni un ápice —exclamó Daphne.

Mavis le arrebató el papel que en aquel momento Darrell lo estaba leyendo con una sonrisa.

—Muy bien —exclamó indignada—. Si no queréis divertir os un poco, no tenéis necesidad de hacerlo. Yo pienso ir por mi cuenta.

—No seas cabezota —intervino Jean—. Imagínate subida a una gran plataforma, como una colegiala, cantando ante un salón abarrotado. ¡Es ridículo!

Pero la imagen no resultaba ridícula para Mavis. Lo veía con toda claridad. Incluso podía oír los estruendosos aplausos mientras ella saludaba una y otra vez. ¡Sería probar un poco lo que iba a ser su vida cuando fuese cantante de ópera!

Guardó el anuncio en su bolsillo, deseando no haberlo mostrado a nadie. Pero una idea se había metido en su mente, excitándola extraordinariamente y poniéndola intranquila.

«¿Y si fuese? Nadie me echaría de menos si digo que voy a tomar una lección de canto extra. Pensarán que el señor Young va a darme la clase que suspendió la semana pasada».

Era una idea excitante. Aquél día era jueves. Mavis decidió pensarlo hasta el viernes, y resolver el sábado. «Sí, eso es lo que iba a hacer... entonces podría trazar sus planes con tiempo si es que decidía ir».

Lo estuvo pensando todo el viernes. En tanto Bill pensaba en «Trueno». Ninguna de las dos se atrevía a estar demasiado distraída en clase; pero por suerte aquel día la señorita Peters no estuvo mucho con las de tercero, pues tuvo que sustituir a otra profesora que estaba enferma. *Mademoiselle* ocupó su lugar, y estaba de muy buen humor, habladora, y poco observadora. Así que Bill y Mavis pudieron soñar en paz.

Bill no se atrevía a volver a los establos. Esperaba contra toda esperanza que la señorita Peters cambiase de opinión y cediera. Tal vez consintiera el que «Trueno» se quedara. De modo que no se acercó a los establos, esperando que la señorita Peters le dijera que quería darle otra oportunidad.

La señorita Peters a pesar del tiempo transcurrido todavía no había dicho nada a Darrell. La niña deseaba que hubiese pasado todo, que la riñera, que la castigara; pero que no la dejase tanto tiempo con aquella ansiedad. Tal vez entrase en los planes de la señorita Peters el mantener a Darrell en tensión durante algunos días.

Llegó el sábado. Mavis había tomado una decisión. ¡Se presentaría al concurso! Diría a la señorita Potts que tenía clase de canto. A menudo tomaba lecciones extras a horas raras, de manera que la señorita Potts no lo encontraría extraño. A las niñas pensaba decirles lo mismo. No llegaría a tiempo para acostarse a las nueve, pero confiaba en que sus compañeras no la delatasen. Entraría por la escalera posterior.

Mavis organizó sus planes. Consultó el horario de autobuses. Tenía intención de coger el de las seis, de este modo a las siete estaría en Billington. El concurso empezaba media hora más tarde. Así podría husmear por el salón y enterarse de los requisitos para inscribirse.

Miró los autobuses de regreso. ¿Cuánto duraría el espectáculo? Unas dos horas probablemente. Había un autobús a las nueve y media. ¡Cielos... era muy tarde!

Mavis comenzó a sentir algunas dudas respecto a su aventura. Era muy tarde para volver sola en la oscuridad, y recorrer toda la avenida del colegio desde la parada del autobús. ¿Habría luna? ¡Eso esperaba!

Bill se acercó a Darrell el sábado por la mañana.

—¡Darrell! ¿Quieres hacer algo por mí? No pienso volver a los establos a menos que me lo permitan... quizá la señorita Peters cambie de opinión y no me separará de «*Trueno*». Así que, te agradeceré, Darrell, que vayas tú para ver cómo está mi caballo.

—Sí, desde luego —repuso Darrell—. Está mañana no ha salido con los otros caballos. Me fijé en ellos, pero «*Trueno*» no estaba.

—No —dijo Bill—. Nadie lo monta sino yo. Vete ya, Darrell.

Y Darrell se fue. No le importaba nada ir «*ella*». Gustosamente se hubiese dado de bofetones, por no habersele ocurrido antes. Hubiese podido ir ayer también para complacer a Bill.

Entró en los establos. Todos los caballos estaban allí. Uno de los mozos estaba cepillando un caballo, silbando entre dientes.

—Buenos días, señorita —le saludó.

—Buenos días —repuso Darrell—. ¿Dónde está «*Trueno*»? ¿Está bien?

—Está en aquel establo, señorita —le dijo el mozo levantándose—. No parece estar muy bien. En mi opinión tiene algo de cólico o algo por el estilo.

¿Cólico? Eso era dolor de estómago, pensó Darrell. Oh, bueno, no era gran cosa. Se acercó a «*Trueno*», que tenía la cabeza gacha y parecía desgraciado.

—No tiene muy buen aspecto, ¿verdad? —dijo Darrell preocupada—. ¿Puede ser que echa de menos a su ama? No le permiten que venga a verlo.

—Bueno, es posible —respondió el mozo—, pero me figuro que es algo interno lo que le hace sentirse así. Si no se anima tendré que avisar al veterinario; aunque he oído que van a sacarlo.

Darrell no dijo más, y corrió a la *Torre Norte* en busca de Bill, que la aguardaba ansiosa.

—«*Trueno*» no parece estar «*muy bien*» —explicó—; pero no necesitas preocuparte. El mozo

dijo que cree que va a tener un cólico. *Eso no es nada, ¿verdad?*

Bill la miraba horrorizada.

—¡Cólico! ¡Vaya, si es una de las peores enfermedades que pueden tener los caballos! ¡Oh, Darrell!, imagínate lo grande que es el estómago de un caballo, e imagínate que le duela todo. ¡Es la «agonía»!

—Yo no lo sabía —dijo Darrell—. Pero... seguramente no será tan serio, ¿verdad?

—Lo es, lo es —dijo Bill mientras las lágrimas acudían a sus ojos—. Oh, ¿qué voy a hacer? No «*me atrevo*» a ir a los establos por si me descubren, y puedo estropear la oportunidad de que no lo envíen a casa. La señorita Peters no ha vuelto a decirme nada. ¿Qué voy a hacer?

—No puedes hacer nada —exclamó Darrell—. De veras que no. Mañana estará bien. No te preocupes, Bill. Oh, maldita sea... está empezando a llover... ahora que quería ir a entrenarme.

Bill se volvió de espaldas. ¡Lluvia! ¿Qué importaba la «*lluvia*»? Se sentó en un rincón y se puso a pensar intensamente. ¡Cólico! Supongamos... supongamos que «*Trueno*» se pusiera muy enfermo a medianoche... y nadie se enterara. Los mozos no dormían muy cerca del establo. «*Nadie*» se enteraría. ¡Y por la mañana «*Trueno*» estaría muerto!

Mientras Bill se torturaba con, estos horribles pensamientos, Mavis disfrutaba de otros más agradables. Había hecho sus piones. No le importaba que la descubrieran cuando todo hubiese pasado... por aquel entonces ya habría recibido el aplauso, y *Torres de Malory* la alabaría admirándola.

—«*¡Qué decidida ha sido para hacer una cosa así!* —dirían—. *¡Lo que hubiera hecho una cantante de ópera! ¡Es toda fuego, temperamento y osadía! ¡La maravillosa Mavis!*».

Aquella noche nadie tenía la menor sospecha de los planes de Mavis. La señorita Potts no dijo nada cuando ella le comunicó que iba a dar una clase de canto extra, y que tendría que cenar más pronto para tener tiempo. Las niñas tampoco hicieron caso. Estaban acostumbradas a que Mavis diera sus lecciones a cualquier hora.

«*¡Es todo demasiado sencillo!* —pensó Mavis entusiasmada—. *Podré coger el autobús con toda facilidad. ¡Nadie adivinará nada! ¿Qué dirán las niñas cuando regrese esta noche? ¡Bueno... entonces sabrán que tengo algo más que Voz!*».

Cogió él autobús con facilidad. Estaba lloviendo, pero llevaba su impermeable. No se puso el sombrero para que nadie viera la banda del colegio, de manera que llevaba la cabeza descubierta, pero como el autobús iba a detenerse precisamente delante del Gran Salón de Billington, no se mojaría mucho el cabello.

El autobús se puso en marcha bruscamente. ¡Hacia la fama! ¡Hacia el aplauso! «*¡Hacia el principio de una maravillosa carrera!*»

Capítulo 16

¿DÓNDE ESTA MAVIS?

La señorita Potts observó que Mavis no estaba en la mesa durante la cena. Iba a comentarlo, cuando recordó que Mavis le había dicho algo de una clase de canto extra. En ese caso debió cenar temprano, como hacía algunas veces cuando el señor Young venía tarde. De manera que la señorita Potts no dijo nada.

Las niñas tampoco pensaron nada. Estaban acostumbradas a las continuas clases extraordinarias de canto. Apenas la echaron de menos. Como solían decir, Mavis no era más que una «voz» y un montón de orgullo.

Bill estaba silenciosa y preocupada, y apenas comió nada. La compasiva Darrell sintió pena por ella. Sabía que estaba preocupada por «*Trueno*» y no se atrevía a ir a verlo.

—¿Quieres que vaya a visitarlo después de cenar? —le preguntó Darrell en un susurro.

Bill meneó la cabeza.

—No. No quiero que te busques complicaciones. Nadie está autorizado para ir a los establos después de oscurecer.

Nadie citó a Mavis en la sala común después de cenar.

Alicia puso la radio, y Belinda comenzó a bailar una danza ridícula. Zerelda se levantó para acompañarla. Todas reían. Zerelda era muy graciosa cuando olvidaba sus aires de importancia. Le gustaron los aplausos de las niñas.

—¿Queréis que os recite un fragmento de «*Romeo y Julieta*»? —preguntó con interés. Estoy cansada de esperar ese ensayo con la señorita Hibbert.

—¡Sí, Zerelda! —exclamó Gwen al punto. Las otras no demostraron tanto entusiasmo, pero volvieron a sentarse dispuestas a tener paciencia durante un rato.

Zerelda comenzó. Adoptó una postura romántica, elevó la voz y se puso a recitar el papel de Julieta, tratando de hablar con acento inglés.

El resultado fue tan cómico que las niñas se desternillaban de risa. Sinceramente creían que Zerelda lo hacía a propósito para divertir las. Zerelda se detuvo mirándolas ofendida.

—¿De qué os reís? Ésta parte es muy triste y trágica.

Las niñas siguieron pensando que Zerelda quería divertir las y volvieron a reír.

—¡Continúa, Zerelda! ¡Es fantástico! —exclamó Darrell—. Nunca pensé que fueras tan cómica.

—No trato de pareceros cómica —aclaró Zerelda.

—Adelante —suplicó Irene—. Vamos... yo seré Romeo. Haremos la parodia completa.

—Yo no hago parodias —insistió Zerelda—. Yo estaba representando el papel seriamente... como yo pienso que debe hacerse.

Las niñas la miraron con sorpresa. ¿Lo decía en serio? ¿De verdad creía que su actuación era

buena? De tan mala resultaba divertida.

No supieron qué decirle. No obstante, se imaginaban perfectamente lo que diría la señorita Hibbert. Tenía un modo personal de manejar a las personas engréidas, que se creían capaces de actuar. Zerelda era un desastre. Movía las manos de un lado a otro, hacía muecas terribles que se suponía querían) ser expresiones trágicas, y en conjunto resultaba demasiado exagerada para describirla con palabras.

—¡No tiene la menor idea de lo que es recitar! —susurró Alicia a Darrell—. ¿Qué le decimos?

Por fortuna la puerta se abrió en aquel momento, y una alumno de cuarto entró a buscar un disco de gramófono. Zerelda, ofendida con todo el mundo, se sentó en una silla con un libro. ¡Odiaba al colegio entero! ¿Por qué habría ido allí? Nadie la apreciaba... y eso que ella valía más que todas juntas.

Cuando sonó la campana de las nueve Mavis no había regresado. Jean Jo notó en seguida.

—¿Dónde está Mavis? No la he visto en toda la noche.

—Dijo que tenía clase de canto —repuso Darrell—. ¡Vaya una lección larga! Bueno, supongo que vendrá cuando el señor Young haya terminado con ella.

—Nunca ha venido tan tarde —prosiguió Jean preocupada—. Me pregunto si debo decírselo a la señorita Potts.

—No, no lo hagas. Puede que esté por cualquier parte, y sólo conseguirías acarrearle disgustos —intervino Belinda—. Probablemente ya estará en el dormitorio.

Pero no estaba. Las niñas se desnudaron para acostarse. Jean no permitía que se hablase después de apagar la luz, así que nada se dijo hasta el momento que la propia Jean habló.

—¡Escuchad! ¿Creéis que esa tonta de Mavis puede haber ido a ese concurso de talentos? ¿Os acordáis?... El que hacían en el Gran Salón de Billington.

Hubo un silencio, y luego habló Alicia.

—¡No me sorprendería nada! Está loca con su voz. Y puede que pensara que era una maravillosa ocasión de lucirla en público. Siempre está deseando hacerlo.

—¡Vaya! —dijo Jean enojada—. Entonces «tendré» que dar parte. La verdad es que es el colmo.

—Ahora no podemos hacer mucho —dijo Darrell—. Puede que regrese de un momento a otro. He olvidado a qué hora comenzaba el concurso. Supongo que habrá cogido el autobús de las ocho y media, y llegará aquí una hora después. Aproximadamente ahora deben de ser las nueve y media. No tardará. Mañana por la mañana tendrás que dar parte, Jean... ¡Qué idiota es, si realmente «ha ido»!

—Lo que me temo —dijo Jean—, es que tal vez la hayan dejado subir al escenario y cantar... y ya sabéis, que realmente tiene una voz tan maravillosa que puede haberles entusiasmado... y eso es lo que le encanto a Mavis... los vítores y el aplauso. Si es así, estará peor que nunca... y no le importará un bledo ni que la denuncie ni que la castiguen.

—Déjalo para mañana —respondió Darrell somnolienta—. Pronto volverá. Ríñela entonces, Jean, y denúnciala por la mañana.

La señorita Potts se sorprendió al oír voces en el dormitorio. Se acercó a la puerta... pero

como en aquel momento oyera la clara voz de Jean diciendo: «*Ahora basta de charla, niñas*», no abrió la puerta para reprenderlas. De haberlo hecho, hubiese encendido la luz viendo la cama de Mavis vacía. Pero en cambio se marchó en seguida.

Las niñas estaban cansadas. Jean trató de mantenerse despierta para reñir a Mavis, pero no pudo. Sus ojos se cerraron y se quedó profundamente dormida. Así que todas dormían... excepto Bill. Bill no había oído ni una palabra de Mavis. Estaba absorta en sus propios pensamientos que eran bien desdichados. «*¡Trueno! ¿Cómo estás? ¿Me echas de menos?*». Bill hablaba con «*Trueno*» mentalmente, y no oía nada más.

Darrell también se había dormido. Su intención era haber consolado un poco más a Bill, que dormía junto a ella, pero se durmió antes de poder decirle nada. Sólo Bill estaba despierta.

Mavis no llegaba. Dieron las diez, y las once. Ni rastro de Mavis. Todas las niñas dormían excepto Bill, y ella no pensaba en Mavis. Dieron las once. Bill contó las campanadas.

«*¡No puedo dormir! ¡No puedo! Permaneceré despierta hasta la mañana. ¡Si por lo menos supiera cómo sigue «Trueno»! Si supiera que están bien, ella también lo estaría. ¿Pero y si de verdad tuviese cólico?*».

Estuvo pensando unos minutos. Recordó una ventana que daba a los establos. Si fuese hasta allí, y la abriera, tal vez pudiera oír si «*Trueno*» estaba bien. Un caballo con cólico hace ruido. Ella lo oiría.

Bill saltó de la cama y se puso la bata y las zapatillas. Se dirigió a la puerta tropezando con la cama de Darrell que se despertó en seguida.

Pensó que era Mavis que regresaba. Se incorporó siseando. ¡Mavis!

No hubo respuesta. La puerta se abrió y cerró sigilosamente. Alguien había salido, no entrado. ¿Quién era?

Darrell cogió su linterna para encenderla. Lo primero que vio fue la cama de Bill vacía. ¿Acaso estaba enferma? ¿O habría ido a los establos? ¡Seguro que no, con aquella noche tan lluviosa!

Fue hasta la puerta y la abrió. Le pareció ver algo a cierta distancia, en el pasillo. Corrió hacia allí.

Bill había ido a la ventana que daba a los establos. La abrió, Darrell al oírla corrió hacia allí. Bill se había asomado a la ventana para escuchar.

¡El corazón le dio un vuelco! De los establos llegaban gemidos y patadas. Allí había un caballo que sufría, eso seguro. Bill sabía que era «*Trueno*». Estaba segura. ¡Tenía cólico! Estaba agonizando. ¡Moriría si alguien no lo ayudaba!

Se apartó de la ventana sobresaltándose violentamente cuando Darrell le puso una mano en el hombro.

—¡Bill! ¿Qué es lo que estás haciendo? —le susurró Darrell.

—Oh, Darrell... estaba escuchando para ver si salía algún ruido de los establos... y hay un caballo que sufre. Estoy segura de que es «*Trueno*». ¡Tengo que ir con él! Oh, Darrell, ven conmigo, por favor. Puede que necesite ayuda. Por favor, ayúdame.

—Está bien —dijo Darrell al oír la voz temblorosa de Bill—. Iré. Vamos a ponernos algo más

de ropa. Está lloviendo. No podemos salir en bata.

Bill no quería entretenerse poniéndose nada, pero Darrell la obligó. Las dos niñas se pusieron jerséis, el uniforme y los impermeables. Luego bajaron por la escalera posterior, salieron por la puerta de atrás y corrieron hacia los establos bajo la lluvia.

Darrell pudo oír a un caballo que gemía y pateaba. ¡Oh, cielos! ¡Qué espantoso sonaba! Con dedos temblorosos Bill abrió la puerta del establo y entró. En un rincón había una lámpara con una caja de cerillas al lado. Las manos le temblaban tanto que no pudo encender una cerilla, y Darrell tuvo que prender la lámpara.

Las dos niñas se sintieron mejor cuando la luz iluminó el establo oscuro, los caballos y el heno. Bill se dirigió presurosa al puesto de «*Trueno*». Darrell la siguió con la lámpara.

Los ojos de «*Trueno*» estaban muy abiertos y asustados, y la cabeza la tenía inclinada con aire triste. De su cuerpo brotaban ruidos extraños, como truenos lejanos.

—Sí. Tiene cólico. Está mal. Darrell, oh, Darrell, no debemos dejar que se acueste. Eso sería fatal. Hemos de hacerle andar todo el tiempo.

—¿Hacerle andar? ¿Dónde? —preguntó Darrell con asombro—. ¿Por los establos?

—No. Fuera. Es lo único que podemos hacer, hacerle andar para que no pueda tumbarse. Mira, ahora quiere intentarlo. ¡Ayúdame a impedirselo!

¡Pero es algo muy difícil impedir a un caballo grande que se acueste si él se lo propone! Ninguna de las dos hubiesen podido evitarlo si «*Trueno*» hubiese decidido echarse en el suelo; pero por fortuna quiso permanecer en pie un poco más y apoyar su cabeza contra Bill. ¡Se alegraba, tanto, tanto de verla!

Bill lloraba amargamente.

—¡Oh, «*Trueno*»! ¿Qué puedo hacer por ti? No te tumbes, «*Trueno*». ¡No te tumbes!

—Debieras traer al veterinario, Bill, ¿no crees? —dijo Darrell, preocupada—. ¿Cómo podemos avisarle?

—Coge un caballo y ve a buscarlo —le dijo Bill enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Tú sabes donde vive... no debe de estar muy lejos.

—No, no podría —replicó Darrell—. No monto lo bastante bien como para galopar en una noche oscura. Ve tú, Bill, y yo me quedaré con «*Trueno*».

—¡No puedo dejarlo ni siquiera «*un minuto*»! —dijo Bill que parecía incapaz de pensar lo que podía hacer.

Darrell pensó intensamente. Una idea acudió a su mente, y tocó a Bill en el hombro.

—¡Bill! Quédate aquí y yo traeré ayuda como sea. No te preocupes. ¡Volveré en cuanto pueda!

Capítulo 17

GALOPANDO A MEDIA NOCHE

Darrell echó a correr bajo la lluvia. Se le había ocurrido algo; pero no quiso decir a Bill lo que era. A ella no le hubiese gustado. Pero sin embargo, era la única cosa sensata que Darrell pudo pensar.

¡Iba a despertar a la señorita Peters y a decirle lo de «*Trueno*»! Recordó cómo había oído a la profesora hablar al caballo, simpatizando con él, y recordaba también, que «*Trueno*» había relinchado feliz frotando su cabeza contra ella. Seguro que la señorita Peters comprendería e iría a ayudarlas.

Entró en el colegio, y se dirigió a la habitación de la señorita Peters tropezando por los oscuros corredores. Se preguntaba si habría llegado a la habitación que buscaba. Sí, aquélla tenía que ser. Llamó a la puerta con los nudillos...

No hubo respuesta. Volvió a llamar. Tampoco hubo contestación. ¡La señorita Peters debía de dormir muy profundamente! En su desesperación Darrell abrió la puerta y miró al interior. La habitación estaba a oscuras. Buscó el interruptor de la luz y la encendió.

La señorita Peters estaba en la cama, profundamente dormida. Solía dormir siempre bien, y por lo general ni una tormenta era capaz de despertarla. Darrell se acercó a la cama y puso su mano sobre el hombro de la profesora.

La señorita Peters se despertó al punto, e incorporándose miró a Darrell con asombro.

—¿Qué es esto? —le dijo—. ¿Para qué has venido?

Darrell de ordinario hubiese acudido a la señorita Potts o al ama... pero esto era extraordinario y la niña pensó que sólo la señorita Peters podría resolverlo con propiedad. Comenzó a contarle todo lo que pasaba.

—Es «*Trueno*». Tiene cólico y Bill teme que muera si se acuesta en el suelo. ¿Podría usted avisar al veterinario, señorita Peters?

—¡Cielo Santo! ¿Es que Bill y tú habéis ido a los establos a estas horas de la noche? —dijo la señorita Peters mirando su reloj que marcaba las doce y media. Saltó de la cama. Se puso los pantalones de montar, un jersey y una chaqueta, ya que había estado montando aquel día con el colegio, y tenía las cosas a mano.

—Sí —dijo Darrell—; pero no se enfade, señorita Peters... tuvimos que ir cuando oímos cómo sufría «*Trueno*».

—No estoy enfadada —repuso la señorita Peters—. Yo también estaba preocupada hoy por «*Trueno*». Telefoneé al veterinario y me dijo que vendría mañana. Bajaré contigo y echaré un vistazo al caballo.

—A los pocos minutos estaba en los establos con Darrell. Bill se sorprendió al verla, pero se sintió muy confortada al ver lo capaz que se mostraba la señorita Peters para manejar al desdichado caballo. «*Trueno*» relinchó al verla frotando su cabeza contra su hombro. La señorita

Peters le habló con cariño, y el corazón de Bill rebotó agradecimiento.

—Oh, señorita Peters... ¿podríamos ir ahora a buscar al veterinario? Tengo tanto miedo de que «Trueno» se acueste y ya no pueda levantarse más.

El interior de «Trueno» retumbó en aquellos momentos de un modo alarmante, y el pobre gimió de dolor y miedo. Pareció dispuesto a tumbarse, pero la señorita Peters lo sacó de su pesebre al punto, y comenzó a hacerle andar arriba y abajo del establo. Los otros caballos se volvieron a mirar, sorprendidos ante aquellos sucesos desacostumbrados. Uno o dos relincharon al ver a la señorita Peters. La querían mucho.

—¡Darrell! Ve de prisa a buscar tus botas de goma y las de Bill. Luego sacad el caballo al patio y hacerle dar vueltas y más vueltas. Yo iré a telefonar al veterinario y volveré en seguida.

Darrell obedeció al punto, y regresó con las botas de goma. Tuvo que ponérselas a Bill porque las miraba como si no supiera lo que eran.

—Ahora voy a telefonar —dijo la señorita Peters—. Sácalo fuera, Bill.

Salió. Fue a telefonar al veterinario. Le contestó la voz somnolienta del ama de llaves.

—Lo siento, señora... pero el veterinario ha ido a la granja Raglett para atender a una vaca. Dijo que se quedaría allí a pasar la noche. No, señora... me temo que no tienen teléfono. No podrá localizarlo esta noche. Lo siento.

La señorita Peters dejó el aparato. ¡El veterinario no podría ir! ¿Qué hacer? El caballo necesitaba medicinas y sólo el veterinario podría proporcionárselas y hacérselas tomar. La señorita Peters se daba cuenta de que el estado de «Trueno» era grave. ¡«Había» que hacer algo!

Volvió a los establos. En el patio las dos niñas hacían dar vueltas a «Trueno» mientras la lluvia iba cayendo sobre ellas. Les dijo que no podía localizar al veterinario. Bill gimió. Estaba desesperada.

—Está en la granja Raglett —dijo la señorita Peters—. Esto está a unos cuatro kilómetros de aquí, en la carretera de Billington. Ya sé lo que voy a hacer. Iré a caballo a la granja y lo traeré. Eso será lo mejor.

—¿Qué? ¿En la oscuridad y con esta lluvia? —exclamó Darrell sin apenas poder dar crédito a sus oídos.

—Eso no es nada —replicó la señorita Peters—. «Trueno» es un caballo precioso... y no me importa hacerlo por él.

Bill apoyó su mano en el brazo de la señorita Peters. Sollozaba.

—¡Es usted muy «buena»! —le dijo—. Gracias, señorita Peters. Es usted la persona más amable que he conocido. ¡Oh, si consiguiera traer al veterinario!

La señorita Peters dio unas palmaditas sobre el hombro de Bill.

—Haré todo lo que pueda. ¡No te preocupes, Bill!

Darrell se quedó muda de sorpresa. La señorita Peters la había llamado Bill. ¡Cielos! E iba a galopar kilómetros en la oscuridad para buscar a alguien que ayudase a «Trueno». ¡Era una persona maravillosamente perfecta! ¡Y pensar que jamás lo hubiese sospechado antes! —se maravilló Darrell conduciendo a «Trueno» valientemente por el patio—. La gente suele tener un fondo muy decente.

La señorita Peters pronto estuvo galopando en la noche. Las dos niñas se turnaban para pasear a «*Trueno*» por el patio. Cuando andaba parecía encontrarse mejor.

—Darrell... ahora siento remordimientos cuando recuerdo todas las cosas horribles que he pensado de la señorita Peters —dijo Bill—. Es la persona más buena que he conocido. Mira que ir a buscar al veterinario con esta noche. Darrell, nunca podré repararlo. ¿Verdad?

—No. No creo que puedas —convino Darrell—. Creo que es una bellísima persona. ¡Cielos... como se emocionarán las niñas mañana cuando lo sepan!

La señorita Peters galopaba veloz a través de la oscuridad. La lluvia batía sobre ella, pero no le importaba. Era una persona a prueba del tiempo, y ¡no temía a la lluvia, al viento, a la nieve o a la niebla! Galopó hacia la granja Raglett, y por fin llegó a la cerca donde comenzaba la granja.

Había luz en uno de los cobertizos. La señorita Peters adivinó que el veterinario estaba allí con el granjero, y la vaca que había ido a atender. Fue a caballo hasta la puerta, y los cascos resonaron en la silente noche.

El granjero llegó a la puerta sorprendido. Y la señorita Peters le gritó con su voz potente y grave.

—¿Está aquí el veterinario? ¿Puedo hablar con él?

—Está ahí dentro —repuso el granjero.

La señorita Peters desmontó para entrar en el cobertizo. El veterinario estaba allí arrodillado junto a una vaca. Y al lado de la vaca se veían dos preciosos terneros.

—Señor Turnbull —le rogó la señorita Peters—, si ha terminado ya, ¿podría venir a *Torres de Malory*? Ése caballo «*Trueno*» de que le hablé por teléfono esta mañana está muy mal. Tiene cólico. Necesita ayuda.

—Bien —dijo el veterinario—. He terminado aquí, como suele suceder, mucho antes de lo que pensaba. Ahora iré con usted. Voy a buscar mi caballo. Bueno, Raglett, la vaca está bien ahora... y los dos terneros son los más preciosos que he visto en mi vida.

El veterinario y la señorita Peters regresaron a *Torres de Malory* por la carretera. Cuando estaban a medio camino el caballo de la señorita Peters se paró de pronto retrocediendo.

—¡Eh! ¿Qué ocurre? —exclamó la señorita Peters... y en aquel mismo momento vio a alguien caído junto a la cuneta. Era una forma oscura, apenas visible en la oscuridad de la noche.

—Señor Turnbull. ¡Venga aquí! —le gritó la señorita Peters—. Creo que ahí hay alguien. ¡Espero que no le haya atropellado un coche, abandonándolo sin prestarle ayuda!

El veterinario tenía una linterna muy potente, y la encendió. El haz de luz iluminó un bulto acurrucado... un bulto con impermeable.

—¡Cielo santo! ¡Es una niña! —exclamó el veterinario—. ¿Está herida?

Levantó a la niña. La señorita Peters lanzó una exclamación de horror.

—¡Es MAVIS! ¡Dios me asista! ¡Mavis! ¿Qué diantre estará haciendo aquí tumbada a estas horas de la noche? ¡Esto es terrible!

—Creo que ha caído extenuada —afirmó el veterinario—. No parece estar herida. Mire, ya abre los ojos.

Mavis vio a la señorita Peters al abrir los ojos y se puso a llorar débilmente.

—No me dejaron cantar. Y perdí el último autobús, y he estado caminando toda la noche bajo la lluvia.

—¿De qué «está» hablando? —preguntó el veterinario—. ¡Pobre chica! Está empapada. Pescará una pulmonía amenos que nos demos prisa. Yo la llevaré en mi caballo. Ayúdeme a subirla.

Sorprendida, horrorizada y desesperada, la señorita Peters ayudó al veterinario a colocar a Mavis sobre el caballo. La sujetó bien ante la silla. Y volvieron a emprender la marcha esta vez más despacio.

Llegaron a *Torres de Malory*.

—Si Mavis puede andar la llevaré inmediatamente al ama —dijo la señorita Peters—. ¡Oh, Dios mío, que noche! Usted vaya a los establos, señor Turnbull. Darrell y Bill están paseando a «Trueno» por el patio.

El veterinario desapareció en dirección a los establos, y la señorita Peters guió a la exhausta Mavis hacia la *Torre Norte*. Apenas podía andar, y la profesora casi la arrastró por la escalera hasta la habitación del ama.

Ésta se despertó al instante, debido a las insistentes llamadas de la señorita Peters, y al ver a Mavis lanzó una exclamación de horror.

—¿Qué es esto? ¿Dónde ha estado? Está empapada y tiritando. Señorita Peters hay una manta eléctrica en ese armario. Póngala en esa cama de ahí/ ¿quiere?, y traiga el calentador. Y encienda mi cafetera eléctrica. ¡Cielo santo! ¿Qué puede haber ocurrido?

—Sólo Dios lo sabe —repuso la señorita Peters haciendo todas las cosas que le había pedido, mientras el ama desnudaba a Mavis rápidamente arrojando sus empapadas prendas al suelo, en su apresuramiento por meterla en una cama caliente. No pasó mucho tiempo hasta que estuvo acostada entre dos botellas de agua caliente, en tanto el ama preparaba cacao caliente.

Mavis trató de explicar lo que había ocurrido, y lo hizo con voz cascada.

—Fui a Bellington... para presentarme al concurso de talentos; pero me dijeron que no dejaban participar a las colegialas. Traté de convencerles para que me dejaran cantar, pero no quisieron. Y luego perdí el último autobús y por eso me vine andando. Pero llovía y hacía viento, y estaba tan cansada que me caí, y no pude volver a levantarme. Por eso...

—Ahora no hables más —le dijo el ama en tono amable—. Bébeteste este cacao y duerme. Y yo estaré aquí en esa otra cama, de manera que no necesitas preocuparte.

La señorita Peters se había marchado de la habitación murmurando que iba a ver un caballo, ante la sorpresa del ama. No podía comprender por qué la señorita Peters iba en traje de montar ni como había encontrado a Mavis en la carretera. Bueno, lo principal era cuidar a Mavis; después ya podría averiguar el resto de aquel misterio.

La señorita Peters fue abajo con las otras. Bill y Darrell habían recibido al veterinario con alegría y alivio. «Trueno» le conocía y piafó. Al poco rato el veterinario le había hecho beber una buena dosis de medicina.

—Habéis hecho muy bien en mantenerle de pie —dijo a las dos fatigadas niñas—. Probablemente le habéis salvado la vida. Ahora... iros a la cama. Yo me quedaré con él hasta

mañana. La señorita Peters me ayudará. ¡A la cama!

Capítulo 18

A LA MAÑANA SIGUIENTE

Naturalmente Bill no hubiese querido dejar a «Trueno», pero la señorita Peters habló con firmeza y amabilidad.

—Vamos, Bill, ahora debes dejarlo en nuestras manos. Sabes que haremos cuanto podamos por él, y ahora que ha tomado esa medicina se pondrá bien en seguida. Le haremos caminar cuanto sea necesario; pero tú y Darrell ya habéis terminado vuestra tarea y estáis rendidas. Sé razonable, Bill y haz lo que te digo.

—Sí, lo haré —respondió Bill inesperadamente Cogió la mano de la señorita Peters, estrechándosela con fuerza—. Señorita Peters... nunca podré pagárselo. ¡Nunca! Jamás olvidaré esta noche y todo lo que usted ha hecho.

La señorita Peters dio una palmada a Bill en la espalda.

—Está bien. ¡No voy a pedir que me lo pagues! Yo también quiero a «Trueno», y sé lo que sientes. No voy a enviarlo a casa, Bill. Puedes tenerlo aquí. Me parece que no voy a tener que castigarte más prohibiéndote verlo.

—Desde luego que no —repuso Bill y su rostro pálido resplandeció a la luz de la lámpara—. ¡De ahora en adelante seré su... su mejor alumna, señorita Peters!

—Bueno... eso será una reparación maravillosa —dijo la profesora sonriente—. Y ahora idos las dos. Estáis pálidas y cansadas. ¡Las dos os desayunaréis en la cama!

—¡Oh no! No podríamos soportarlo.

—De acuerdo. Yo tampoco lo soporto —dijo la señorita Peters—. Bueno en vez de eso podéis acostaros temprano. Y ahora buenas noches... o mejor dicho, buenos días, son casi las tres.

Las dos niñas se fueron a la *Torre Norte* bostezando. Apenas se dijeron palabra, tan rendidas estaban, pero se sentían felices y les parecía que habían sido amigas desde hacía años. Bill se metió en la cama y dijo a Darrell en un susurro:

—¡Darrell! Ya sé que eres amiga de Sally, y que por eso no puedes serlo mía; pero yo si seré tu amiga siempre, siempre. ¡Recuérdalo! Algún día te pagaré todo lo que has hecho por mí esta noche.

—No tiene importancia —contestó Darrell quedándose dormida casi al instante.

Por la mañana ¡qué alboroto! Darrell y Bill durmieron tan profundamente que ni siquiera la campana fue capaz de despertarlas. Cuando Jean las sacudió, ambas se acurrucaron aún más sin apenas despertarse.

—¡Darrell! ¡Bill! ¿Qué les pasa a estas dos? Despertaros, hace siglos que ha sonado la campana. Despertaros... queremos contaros algo. ¡Mavis no ha vuelto...! ¡Su cama está vacía!

El resto de las niñas hablaba excitadamente de la desaparición de Mavis. Jean estaba muy preocupada. Comprendía que su obligación era haber dado parte, la noche anterior, de que Mavis

no había ido a acostarse con el resto de las niñas. Se sentía culpable.

—Debo ir a hablar con la señorita Potts inmediatamente —dijo antes de salir corriendo.

Pero lo señorita Potts sabía todo lo referente a Mavis porque el ama ya se lo había contado. La señorita Grayling también lo sabía. Y todas se habían disgustado mucho con lo ocurrido. Mavis estaba ahora en la enfermería donde acomodaban a las niñas enfermas, y la enfermera encargada cuidaba de ella. El doctor ya había ido a verla.

Jean escuchó todo aquello con asombro.

—¿Es que Mavis... fue a Billington? —preguntó.

—¡Oh! De manera que tú también sabías eso —le reprendió la señorita Potts muy seria—. Eres una jefe de clase muy particular, Jean, mira que no haber avisado que Mavis no estaba anoche en el dormitorio. Fue un descuido por tu parte. Hay veces en que hay que distinguir entre lo que es acusar y lo que es avisar. Tú lo sabes. Es posible que hubiésemos podido librar a Mavis de una grave enfermedad de saber que no se había acostado.

Jean se puso pálida.

—Me dormí —contestó muy apenada—. Pensaba esperar hasta que hubiese llegado el último autobús... y si Mavis no llegaba pensaba venir a decírselo. Pero me quedé dormida.

—Una pobre excusa —arguyó la señorita Potts, que estaba furiosa consigo misma por no haber asomado la cabeza en el dormitorio de tercer curso la noche anterior, cuando oyó hablar. ¡Si lo hubiese hecho!

—¿Podemos ver a Mavis? —preguntó Jean.

—Desde luego que no —dijo la señorita Potts—. Está muy enferma. Se empapó hasta los huesos y estuvo tendida largo rato junto a la carretera. Ahora tiene bronquitis... y esperamos que no degeneren en nada peor. También tiene anginas... apenas puede hablar.

Jean regresó al dormitorio de las de tercero sintiéndose culpable y alarmada. Encontró a sus compañeras rodeando a Darrell, que les contaba lo ocurrido la noche anterior. Bill no estaba allí. Había bajado corriendo a los establos, naturalmente.

—Escuchad... —dijo Jean. Pero nadie la escuchaba. Todas estaban hechizadas por el relato sorprendente de Darrell. Jean se puso a escuchar también.

—¿Pero... vosotras hubieseis imaginado que la señorita Peters era así cíclica buena? —exclamó Belinda sorprendida—. ¡Estuvo superior! ¡Qué suerte que fueses a buscarla, Darrell!

—¡«Vaya» noche! —dijo Darrell—. Bill y yo debimos caminar kilómetros y kilómetros dando vueltas al patio tirando de «Trueno». Me pregunto qué tal estará esta mañana.

Se oyeron pasos que llegaban corriendo al dormitorio. Bill entró como una exhalación con el rostro resplandeciente.

—¡Darrell! ¡Darrell! Está bien. Está comiendo su pienso como antes. El veterinario ha estado con él hasta las siete y media, y la señorita Peters se ha quedado hasta ahora. ¡Ni siquiera se ha acostado!

—¡Caracoles! ¡Es maravillosa! —afirmó Alicia viendo a la señorita Peters bajo un nuevo aspecto—. Bill, ¿por qué tú y Darrell no nos despertasteis también?

—No pensamos en nada de eso —respondió Bill—. Sólo pensamos en «Trueno». Darrell

estuvo maravillosa, también. Oh, me siento tan feliz. «*Trueno*» está perfectamente, y no van a enviarlo a casa. Todo va bien. Y yo jamás, jamás olvidaré lo que hizo la señorita Peters la noche pasada.

—¡Lo harás! —exclamó Alicia—. ¡Continuarás soñando en clase y mirando por la ventana, como siempre has hecho!

—No, no lo haré —repuso Bill con vehemencia—. No me pinches, Alicia. Me siento algo extraña, aunque feliz. Ahora que sé que la señorita Peters quiere tanto a «*Trueno*»... y que él también la quiere ¡imaginaos!... todo va a ser muy distinto. Puede que incluso la deje montarlo.

Al fin Jean pudo meter baza.

—¡Escuchadme a mí «ahora»! —dijo, y les contó lo de Mavis. La escucharon en silencio, horrorizadas, Darrell habló en seguida.

—¡Cielos! De manera que anoche la señorita Peters no sólo salvó a «*Trueno*» sino también a Mavis. Pero escuchad... imaginaos a Mavis tratando de volver al colegio caminando todos esos kilómetros sola y en la oscuridad. Ella que tiene un miedo cerval a la oscuridad...

Las niñas estaban contentas por Bill y «*Trueno*», pero preocupadas por Mavis. Permanecieron charlando en el dormitorio sin acordarse del desayuno. Alguien llegó corriendo por el pasillo. Era Lucy, una alumna de cuarto.

—¿En qué estáis pensando? ¿Es que no pensáis bajar a desayunaros? La campana hace ya bastante rato que ha sonado. ¡*Mademoiselle* está furiosa!

—¡Pobres de nosotras! ¡Vamos todas! —dijo—. Me siento como en un torbellino.

Las noticias respecto a «*Trueno*» y Mavis se extendieron por todo el colegio, y se comentaron en todas las clases de la primera a la última. Darrell y Bill tuvieron que repetirlo una y otra vez.

Era domingo por eso no habían clases. En la capilla del colegio, donde se celebraba la misa, rezaron por Mavis. Todas las niñas se unieron a la plegaria, porque aunque no gozaba de muchas simpatías, todas la compadecían. Circuló la noticia de que estaba peor. ¡Habían mandado llamar a sus padres! ¡Oh pobre de mí, pensó Jean, todo por mi culpa!

No obstante, a la mañana siguiente Mavis había dado un cambio y estaba mejor. «*Trueno*» también se encontraba perfectamente. Bill estaba emocionada. Le parecía imposible que un caballo que había sufrido tanto como «*Trueno*», pudiese haberse recuperado en un solo día. ¡Qué personas más maravillosas eran los médicos y los veterinarios!

Las niñas volvieron a sus clases el lunes, contentas de que Mavis estuviese mejor. Jean era la que sentía mayor alegría. Puede que pronto pudiera reincorporarse a la *Torre Norte*, y todo el asunto habría terminado. La señorita Grayling hablaría con Mavis; pero sin castigarla, porque ya estaba bastante castigada. Todo iría bien.

La señorita Peters se había tomado un buen descanso el domingo, y el lunes se hizo cargo del tercer Curso como de costumbre. Al entrar en la clase tuvo una sorpresa.

—¡Hurra por la señorita Peters! —exclamó la voz de Darrell, y ante la sorpresa de las dos clases contiguas a la de tercero, las niñas vitorearon por tres veces a su profesora, que no pudo por menos de sentirse halagada y sonreírles.

—Gracias —les dijo—. Sois muy amables. Ahora... abrid los libros por la página cuarenta y

una. Alicia, ven a la pizarra por favor.

Darrell miró a Bill varias veces durante aquella mañana con interés. Bill no miró por la ventana ni una sola vez. Prestaba gran atención a cada palabra que pronunciaba la señorita Peters. Respondía inteligentemente, y cuando le tocó el turno de acudir a la pizarra, lo hizo muy bien.

—Muy bien, Bill —le dijo la señorita Peters, y toda la clase contuvo el aliento. La señorita Peters no la había llamado Wilhelmina, como antes, sino Bill. Ésta sonrió al volver a su sitio. Parecía una persona distinta.

Darrell la admiró y continuó observándola clase tras clase. Bill se había propuesto hacer una cosa y la hacía. Darrell pensó que era posible que Bill llegase a ser de las primeras de la clase ahora que estaba decidida a estudiar.

«*Supongo que es lo que papá llama entereza de carácter* —pensó Darrell—. *Siempre dice que la entereza de carácter es una de las mejores cualidades que se pueden tener; porque cuando se posee coraje y determinación, no importan las dificultades con que se tropiecen. Bill la tiene. Apuesto a que no soñará, ni volverá a mirar por la ventana, ni olvidará su trabajo. ¡Piensa pagar así a la señorita Peters por lo que hizo la noche del sábado!*».

La señorita Peters sabía que Bill deseaba pagarle así. Ahora confiaba en ella. Se comprendían mutuamente, lo cual no era de extrañar porque eran muy parecidas. La señorita Peters, era un tanto varonil, y Bill parecía un muchacho. Ambas adoraban la vida al aire libre y los caballos. Cierto que al principio sintieron antipatía una por otra... pero ahora se habían convertido en grandes amigas. Eso era muy agradable para Bill.

—¡Darrell! ¿Es que estás soñando? —exclamó la voz de la señorita Peters—. ¡Me parece que no has escrito ni una sola palabra!

Darrell pegó un respingo y enrojeció.

«*¡Cielos!* —pensó—. *Estaba admirando a Bill por ser capaz de dejar de soñar en clase... y yo, Darrell, ¡he caído en la misma falta!*». —Se rehízo y comenzó a escribir.

Aquella tarde la señorita Hibbert iba a celebrar el primer ensayo en la sala de actos. Solían utilizarla para las representaciones dramáticas, porque había una pequeña plataforma. Zerelda aguardaba aquella tarde con ansiedad. Sentada en su sitio recitaba por lo bajo algún pasaje de «*Romeo y Julieta*». La señorita Peters vio que movía los labios y pensó que hablaba con Gwen.

—¡Zerelda! —le dijo crispada—. ¿Qué te estás diciendo a Gwendoline?

—Nada, señorita Peters —repuso Zerelda sorprendida...

—Bueno, entonces ¿qué es lo que estás murmurando? —preguntó la señorita Peters—... Ponte en pie y respóndeme... Zerelda.

Zerelda se levantó. Y mirando a la señorita Peters recitó dramáticamente lo que había estado murmurando entre dientes.

«*¿Quieres marcharte ya? Aún no ha despuntado el día. Era el ruiseñor y no la alondra...*».

Un coro de carcajadas ahogó su voz. La señorita Peters dio unos golpecitos encima del escritorio para llamarlas al orden.

—¡Zerelda! Espero que no haya sido tu «*intención*» el ser grosera. ¡Es suficiente! Estamos estudiando geografía, y no a Shakespeare, ¡siéntate y continúa!

Capítulo 19

EN EL ENSAYO

Después de comer, las de tercero volvieron a hablar del truco de Alicia.

—¿Sabes, Alicia...? Ahora no siento deseos de gastar esa broma a la señorita Peters —dijo Bill.

—Ni yo —intervino Darrell.

—Y a mí nunca me ha gustado esa idea —dijo Sally con firmeza.

—Bueno, eras la única —afirmó Alicia—. De manera que cállate. ¿Qué dicen las demás?

—«Yo» tampoco quisiera hacerle eso ahora a la señorita Peters —exclamó Belinda—. Opino lo mismo que Bill y Darrell. Veréis... resulta un poco extraño vitorear un día a una persona, y al siguiente gastarle una broma semejante.

—A «mí» no me importaría —manifestó Zerelda a quien no le había gustado la amonestación hecha por la profesora aquella mañana—. ¿Qué es una broma al fin y al cabo? Sólo un poco de diversión. No creo que importe mucho.

—Estoy de acuerdo con Zerelda —sonó la voz de Gwen—. ¿Por qué no hemos de hacerlo? ¿No te parece, Daphne?

—No lo sé —replicó Daphne a quien le había impresionado mucho el dramático paseo a caballo en plena noche—. No... yo creo que sería mejor hacérselo a *Mademoiselle*... o tal vez a la señorita Cartón.

—Bueno, no me importa mucho a quien se lo hagamos —replicó Alicia—. Darrell y yo estaremos de acuerdo con la mayoría.

—¡Darrell y tú! —exclamó Sally—. ¿Qué tiene Darrell que ver en esto? ¡El truco es «tuyo» y no suyo!

—Es que lo hemos estado planeando juntas, eso es todo —repuso Alicia fríamente satisfecha de ver como Sally demostraba sus celos en público. Darrell enrojeció. Era cierto que había disfrutado hablando de la broma con Alicia; pero sabía muy bien que Alicia lo decía sólo para enojar a Sally. ¡Qué pesadas eran las dos! ¿Por qué no podían ser amigas las tres? No importaba... Betty regresaría pronto, y entonces tal vez Alicia dejase de meterse con Sally, y Sally de mostrarse celosa y despechada.

—Bueno... hagámoselo a *Mademoiselle* entonces —dijo Irene—. *Mademoiselle* es estupenda para eso de las bromas. No le hemos gastado ninguna desde hace tiempo.

—Bien. Entonces la víctima será *Mademoiselle* —sentenció Alicia—. ¿Estás de acuerdo Darrell? Cuando tengamos ambas un momento libre, ya estudiaremos cuál será el mejor momento. Ahora debemos ir a la sala de actos.

Todas se dirigieron a la sala de actos. Sally con aspecto tristón. Alicia cogió del brazo a Darrell como si en realidad fuese su mejor amiga. Darrell miró a Sally tratando de apartar el brazo

de Alicia; pero Sally le dirigió una mirada tan irritante, que Darrell se molestó y siguió en compañía de Alicia.

En su interior Darrell consideraba que la hora dedicada a Shakespeare era perder el tiempo; ya que con la tarde soleada y espléndida que hacía hubiese podido organizarse un partido de *lacrosse*. No obstante, sería divertido ver a Zerelda tratando de impresionar a la señorita Hibbert.

Zerelda estaba excitada. Aquélla era su gran oportunidad. Si pudiera conseguir que la señorita Hibbert le dijera que poseía madera de actriz.

«Zerelda... eres una actriz innata —le diría—. Posees un verdadero don. Debes concentrar toda tu atención en desarrollarlo. Además posees el físico adecuado, eres atractiva, graciosa... ¡Me sentiré muy orgulloso de ser tu profesora de arte dramático!».

Zerelda, para parecer mayor se había peinado otra vez, con un pequeño bucle en lo alto de la cabeza, claro que no era un rodete tan grande como el de antes; pero no dejaba de ser un bucle. Dejó los cabellos flojos en vez de tirantes hacia atrás. Se había maquillado un poco y avivando sus labios con «rouge» sus mejillas, con colorete, y había dulcificado sus facciones empolvándolas. Sus manos eran blancas, y sus uñas muy largas y bien pulimentadas. ¡Esperaba que su aspecto fuese el de una actriz consumada!

La señorita Hibbert no tenía aspecto de directora teatral. Era muy pulcra. Llevaba un traje chaqueta muy bien cortado, y sus cabellos ligeramente ondulados estaban bien cepillados hacia atrás. Usaba lentes con una montura bastante gruesa. Poseía una voz encantadora, muy agradable al oído. Era muy eficiente, y sabía escoger exactamente el mejor actor para cada papel.

Miró a las niñas a medida que iban entrando. Ya conocía a Zerelda porque le había dado algunas lecciones en el cuarto curso, y la asombró su maquillaje. ¡Cielo santo! ¿Qué se proponía aquella niña?

La señorita Hibbert no tenía la menor idea de que Zerelda se creía una actriz o artista de cine. Nadie se lo había dicho. Tal vez de haberlo sabido, hubiera podido ser un poco más paciente, e incluso un poco más amable. Pero lo ignoraba.

Había mucho que hacer. Por una razón u otro habían sido suspendidos dos ensayos, y la señorita Hibbert sentía el apremio del tiempo, Repartió copias de la obra y miró a todo el curso.

—Vamos a ver... ¿alguna de vosotras ha actuado en esta obra antes?

Nadie lo había hecho. Zerelda adelantándose dijo unas palabras tratando de hablar con acento inglés.

—Por favor, señorita Hibbert, una vez representé a Lady Macbeth de Shakespeare.

—¡Ah! —exclamó la profesora mirando el cabello de Zerelda—. Zerelda. No me gusta como te peinas. No vuelvas a venir a ensayar con ese ridículo bucle.

Zerelda enrojeció retrocediendo.

—¿Ha leído alguien la obra?

Darrell y Mary-Lou alzaron las manos, lo mismo que Zerelda.

—¿Sabe alguna cualquiera de los papeles? ¿Se ha interesado alguna lo suficiente para aprenderse algún fragmento? —prosiguió la señorita Hibbert.

Zerelda volvió a adelantarse.

—Por favor, señorita Hibbert. Yo me sé todo el papel de Julieta. Creo que podría recitarlo ahora. Es un personaje maravilloso. Lo he estado ensayando como loca.

—Sí. Está estupenda como Julieta —intervino Gwendoline recibiendo una sonrisa agradecida de Zerelda.

—Muy bien. Como te has tomado la molestia de estudiarte el papel, puedes representarlo esta tarde —dijo la señorita Hibbert. Miró a su alrededor buscando a alguna niña con aire de muchacho para hacer de Romeo. Sus ojos se posaron en Bill.

—Tú... —le dijo—. ¿Cómo te llamas...? Wilhelmina... hoy puedes hacer de Romeo. Y tú Darrell, representarás la nodriza, y tú...

Rápidamente fue repartiendo los papeles. Las niñas miraron las copias de la obra y se prepararon para leerlas y actuar.

—No estáis muy inspiradas —dijo la señorita Hibbert después de que hubieron leído las primeras páginas—. Pasad a la parte donde aparece Julieta. Zerelda, ¿estás preparada?

¿Qué si estaba «preparada»? ¡Vaya si aguardaba con impaciencia poder empezar! ¡Estaba empapada del personaje! Ella era Julieta, la pobre y trágica Julieta.

Zerelda se entregó al papel, declamando del modo más dramático, iba de un lado a otro, echando la cabeza hacia atrás, imaginándose hermosa y casi adorable.

—Basta, Zerelda —le dijo la señorita Hibbert asombrada. Pero Zerelda no se detuvo. Insensible a las risas de las niñas continuó. Irene lanzó una de sus enormes carcajadas y la señorita Hibbert la miró fijamente. Luego volvió a hablar a Zerelda—: ¡Basta, Zerelda!

Zerelda se detuvo mirando estupefacta a la señorita Hibbert, sin comprender por qué estaba tan enfadada.

—¿Cómo te atreves a comportarte así? —rugió la señorita Hibbert—. ¡Haciendo reír a todas! ¿Tú crees que ésa es la manera de declamar una obra de Shakespeare? Puede que a ellas les resultes cómica, pero a mí no. Éstas líneas que has estado recitando son preciosas... pero tú las has estropeado por completo. ¿Y tú crees que es inteligente ir de un lado a otro de esa manera, echando la cabeza hacia atrás? ¿No sabes que Julieta era joven, amable y dulce? ¡Y tú tratas de convertirla en una horrible y afectada estrella de cine!

Zerelda se dio cuenta de lo que le decía la profesora, y apenas podía creerlo, y palideció bajo la capa de colorete de sus mejillas.

—¿Y por qué te has maquillado así? —le preguntó la señorita Hibbert enfadándose de nuevo al oír nuevas risas entre el resto de la clase—. No encuentro palabras para decirte lo horrible que estás con esa porquería en la cara. Así no te atreverías a ir a la clase de la señorita Peters. Y yo tampoco pienso admitirlo. Debes irte haciendo cargo de que nunca serás actriz, Zerelda. Sencillamente no va contigo. Todo lo que consigues es parecer vulgar. Ahora vete a lavar la cara y a peinarte como es debido.

Zerelda se sentía como un balón acabado de pinchar. Toda su confianza y orgullo desaparecieron como por encanto. Fue hasta la puerta y salió. Algunas de las niñas se compadecieron de ella.

Bastante atemorizadas por aquel sermón, el resto de la clase prosiguió la lectura, y la señorita

Hibbert, lamentando haber sido tan dura con Zerelda les dirigió algunas palabras de elogio.

—Lo has hecho bien, Alicia. Mary-Lou tienes una voz bonita, pero recuerda que debes alzar la cabeza cuando digas tu parte. Darrell, ya veo que te esfuerzas. La próxima vez cambiaremos todos los papeles.

—Señorita Hibbert, ¿quiere que vaya a ver lo que ha sido de Zerelda? —preguntó Gwen con timidez—. Señorita Hibbert, ella cree de veras que posee un don para ser actriz, ¿sabe? ¿No va a dejarla actuar en la obra?

—Puede que le dé un pequeño papel donde no pueda ponerse en ridículo —repuso la señorita Hibbert—. Pero desde luego ninguno importante es evidente, e incluso ha de serlo para ti Gwendoline, que Zerelda no tiene la menor idea de lo que es actuar, ni nunca la tendrá. Ve a buscarla y dile que venga a verme. Quiero habla con ella. Ahora podéis marcharos.

Las de tercero fueron saliendo tranquilamente. ¡Pobre Zerelda! ¿Qué haría ahora?

—Poner cara desafiante, supongo —dijo Alicia—. Lo mismo que hizo cuando la pasaron a tercer curso. ¡No le importó! ¡Seguirá comportándose lo mismo, pensando lo mejor de sí misma y desvalorizando a las demás!

Gwendoline encontró a Zerelda en el cuarto de aseo. Se había lavado la cara y peinado de nuevo los cabellos hacia atrás, pero estaba demasiado asustada para volver al salón de actos.

—Zerelda, la señorita Hibbert te llama —le anunció Gwen—. Siento que te haya reñido. Es una vergüenza.

—¿Es que «no sé» actuar, Gwen? —le preguntó Zerelda con labios temblorosos.

Gwendoline vacilaba.

—Bueno... no estuviste muy bien, la verdad —le dijo—. Resultabas... resultabas más bien cómica. Quizás te irán mejor los papeles «graciosos», Zerelda.

Zerelda no dijo nada pero salió en dirección a la sala de actos. ¡Incluso Gwen pensaba que no era buena actriz! En realidad, era tan mala que resultaba ridícula. Zerelda estaba sorprendida y decepcionada, y temía oír la verdad de labios de la señorita Hibbert.

Pero la señorita Hibbert se mostró inesperadamente amable.

—He sabido que tu gran ambición es ser una gran actriz, Zerelda —le dijo—. Bueno, querida, eso lo alcanzan muy pocas. Tú no posees ese don... ni tampoco tienes otra cosa que todas las buenas actrices necesitan.

—¿Qué es? —susurró Zerelda.

—Pues verás, Zerelda, para poder encarnar con propiedad cualquier personaje, debes olvidarte de ti por completo... olvidar tu aspecto, tus ambiciones, tu orgullo al actuar, todo. Y para eso se precisa un carácter enérgico y comprensivo, alguien que no tenga orgullo ni debilidades de ninguna clase... cuanto mejor es el carácter del actor, mejor puede representar cualquier papel. Tú piensas demasiado en ti. Ésta tarde no era una Julieta representada por Zerelda... fuiste Zerelda todo el tiempo... ¡y una Zerelda no muy agradable por cierto!

—¿Es que nunca llegaré a hacerlo bien? —preguntó Zerelda sintiéndose muy desgraciada.

—Eso creo —le contestó la señorita Hibbert en tono amable—. Las personas que poseen dotes para el teatro al instante los muestran. A ti te ha cegado la admiración que sientes por las estrellas

de cine, Zerelda. ¿Por qué no tratas de ser tú misma por algún tiempo? ¡Déjate de poses y fingimientos. Sé como las otras, una colegiala que ha venido aquí para aprender lecciones y practicar deportes!

—Es lo único que me queda ya —repuso Zerelda y una lágrima resbaló por su mejilla.

—Es algo muy «*agradable*» —repuso la señorita Hibbert—. ¡Prueba y verás! No hubiese sido tan dura contigo de saber que habías puesto todo tu corazón en llegar a ser actriz. Yo pensé que sólo tratabas de hacernos reír.

Zerelda abandonó la sala de actos sin saber qué pensar. Se había puesto en ridículo. ¡Nunca, nunca querría volver a actuar! Todo lo que deseaba era ser nadie, con la esperanza de que ninguna de las otras se fijara en ella y bromearan a su costa aquella tarde.

Se unió a las otras a la hora de la merienda, ocupando su sitio sin ser advertida por las niñas. La señorita Potts la miró, viendo que había estado llorando.

«*¡Es extraño!* —pensó la señorita Potts—. *Es la primera voz que lo observo, pero Zerelda se parece mucho más a las otras ahora... es una verdadera colegiala. Tal vez Torres de Malory esté empezando a ejercer su efecto*».

Capítulo 20

¡EL TRUCO!

Transcurrieron un par de días. Mavis seguía muy enferma y no dejaban verla, pero se sabía que iba mejorando. Todas respiraron aliviadas y le enviaban flores y libros, y Zerelda le regaló un complicado rompecabezas americano.

Bill se había recuperado totalmente de su aventura nocturna, lo mismo que Darrell. La señorita Peters estaba encantada con el cambio efectuado en el trabajo de Bill. Seguía atrasada, pero ella sabía que Bill prestaba gran atención y en realidad se esforzaba de firme. También Zerelda estudiaba más que nunca, y pidió a *Mademoiselle* que le diera clases aparte.

Zerelda había reflexionado, desechando definitivamente la idea de convertirse en artista de cine. ¡Ni siquiera quería «parecerse» a ninguna! Quería ser lo más semejante posible a las otras, y hacerles olvidar el ridículo que había hecho. Empezó a copiarlas en todo lo que podía.

—¿Verdad que Zerelda es muy rara? —dijo Belinda a Irene—. Cuando vino aquí se daba tanta importancia y nos miraba a todas de arriba abajo... y ahora trata de imitarnos en todo... en la forma de hablar, y en la manera de hacer esto y aquello... parece pensar que somos «marravillosas».

—Ahora ha ganado mucho en simpatía —comentó Irene y se enfrascó de nuevo en el ritmo de una tonadilla tamborileándolo sobre la mesa—. Tum, tum, ti, tum. Sí, ha de ser así. Me gusta Zerelda, de verdad.

—¡Mira... Gwendoline está frunciendo el ceño otra vez! —exclamó Belinda en un susurro—. Ésta vez conseguiré dibujarla. ¡Es un ceño precioso!

De pronto Gwen se dio cuenta de las insistentes miradas de Belinda, y desarrugó el ceño al punto.

—¡Si me has dibujado, te romperé el papel! —sentenció.

—¡Oh, Gwen... frunce el ceño medio minuto más y lo habré conseguido! —suplicó Belinda. Pero Gwen se marchó de la habitación volviendo a ponerse ceñuda en cuanto hubo cerrado la puerta, y dejó chasqueados tanto a la caricaturista Belinda como a su lápiz indiscreto.

—Y hablando de nuestro truco —dijo Alicia de pronto a Darrell—. ¿Lo hacemos el viernes? *Mademoiselle* ha insinuado un examen para ese día.

—Oh, «sí». ¡Hagámoslo! —exclamó Darrell emocionada. Vio que Sally estaba allí cerca con el rostro sombrío—. ¡Sally! Supongo que estarás de acuerdo. Será divertido... y completamente inofensivo.

—Ya he dicho que no quiero tener nada que ver con esa broma —repuso Sally—. Me parece muy estúpida y puede resultar peligrosa. No comprendo como nadie puede estornudar una y otra vez sin extenuarse. ¡Hacedlo si queréis... pero recordad que yo no estoy de acuerdo!

—Aguafiestas —murmuró Alicia a Darrell en voz baja. No podía renunciar al truco ahora por

complacer a Sally... pero le molestaba que no quisiera ser amiga de las dos. No importaba, Betty regresaría aquella semana. ¡Tal vez el viernes! Entonces Alicia ya no se preocuparía más de ella. Betty había estado ausente más de seis semanas... medio curso... ya que la habían enviado a la playa, durante la convalecencia, para que se recuperara pronto. ¡Cielo santo... sólo quedaban tres o cuatro semanas hasta final de curso! Cómo volaba el tiempo. Ahora estaban en marzo, y los primeros narcisos florecían en el patio.

Alicia y Darrell trazaron sus planes.

—Pondremos la pastilla, empapada en agua salada, encima del pequeño estante que hay detrás de *Mademoiselle* —planeó Alicia—. Veamos... ¿quién es la encargada de ordenar la clase el viernes? Oh, creo que tú, ¿no es cierto, Darrell? Entonces será fácil. Tú misma puedes poner allí la gragea.

—Sí, la pondré —repuso Darrell empezando a reír sólo de pensar en la sorpresa de *Mademoiselle* cuando empezase a estornudar.

Todas las de tercero sabían lo del truco, y únicamente Sally lo desaprobaba. Jean no pensaba que hubiese ningún mal en ello, así que tampoco se opuso. Todas estaban emocionadas pensando en el viernes.

Por fin llegó. Darrell fue a la clase con la gragea y una esponja empapada de agua salada. Puso la gragea en el estante y vertió encima algunas gotas de agua de la esponja. Al parecer era todo lo que había que hacer para que funcionase.

Las otras entraron a la hora de la clase. Alzaron las cejas al ver a Darrell quien hizo un gesto de asentimiento. Todas ocuparon sus puestos aguardando a *Mademoiselle*.

La profesora entró sonriendo como de costumbre.

—«*Asseyez-vous, mes enfants*». Hoy tenemos una gran prueba. ¡Es un examen!

Toda la clase comenzó a gemir.

—¡Silencio! —siseó *Mademoiselle*—. ¿Acaso queréis que venga la señorita Potts para ver qué significa este ruido terrible? Ahora, voy a escribir algunas preguntas en el encerado y vosotras las contestaréis en vuestros cuadernos.

Se volvió para escribir aspirando el primer vapor, completamente invisible, que iba surgiendo de la curiosa grajea.

Mademoiselle notó un cosquilleo en la nariz y palpó su robusta figura en busca del pañuelo.

—¡Ahí!, ¿dónde estará ahora? Me pica la nariz.

—Su pañuelo está en su cinturón, *Mademoiselle* —le gritó Alicia—, esperando que Irene no estallara demasiado pronto con una de sus explosiones de risa. Pareció ya como si no pudiera aguantar más.

Mademoiselle también parecía a punto de hacer explosión. Agarrando su pañuelo lo acercó a su nariz. Pero ningún pañuelo podía contener aquel estornudo colosal. *Mademoiselle* siempre estornudaba ruidosamente, pero esta vez semejó la explosión de una bomba.

—¡Aachiiiiiiissssss! Pobre de mí —dijo *Mademoiselle* limpiándose la nariz con el pañuelo—. Lo siento, niñas. No pude evitarlo.

Irene ya se había agachado para ocultar su risa debajo del pupitre. Alicia la miró divertida y

contrariada. ¿Qué es lo que haría con el segundo estornudo de *Mademoiselle*? Ah... allí estaba ya. *Mademoiselle* volvía a coger su pañuelo con frenesí.

—«Oh, lá lá». Otro estornudo. Espero no haberme constipado. ¡Aachiiiiissssss!

Irene explotó lo mismo que Belinda. *Mademoiselle* completamente aturdida por su enorme estornudo las miró airada o las dos.

—¡Irene! ¡Belinda! No está bien reírse de los,... ¡Aa-chissssssss!

Pero ahora ni siquiera Alicia fue capaz de ocultar su risa. Darrell se echó hacia atrás tratando de contenerse porque el costado le dolía mucho. Incluso Sally Sonreía, aunque procuraba disimularlo.

—¡Aachissssssss! —volvió a estornudar *Mademoiselle*. Sentándose en su silla se enjugó la frente—. Nunca habla estornudado como hoy —afirmó—. No comprendo por qué estornudo tanto. ¡Aachiiiiissssssss!

El último fue tan convulsivo que *Mademoiselle* casi se cayó de la silla/ pero ahora toda la clase era presa de convulsiones. Gwen se retorció en su asiento. Al momento siguiente Irene rodaba por el suelo. Lágrimas de risa resbalaban por las mejillas de media docena de niñas.

Mademoiselle contemplaba el encerado preguntándose si habrían terminado los estornudos. Tal vez el ataque le hubiese pasado ya. Se puso en pie con sumas precauciones y fue hasta la pared... pero al punto su nariz volvió a cosquillearle y tuvo que acercarle el pañuelo.

—¡Aachiiiiissssssss!

Mademoiselle volvió a desplomarse en su silla. En aquel momento se abrió la puerta y se asomó la señorita Potts con un montón de papeles.

—Oh, perdone, *Mademoiselle*, pero es que se olvidó estos... —comenzó a decir pero luego se detuvo sorprendida al ver a toda la clase desternillándose de risa. ¿Qué ocurría?

Miró a *Mademoiselle*, y la francesa la miró a su vez tratando de explicarle lo que le estaba ocurriendo, pero otro estornudo casi barre a la señorita Potts hasta la puerta.

—¡Aachiiiiissssssss!

La clase se contuvo al ver a la señorita Potts. Esperaban que se marchase en seguida... pero no lo hizo. Bastante alarmada por la expresión agonizante de *Mademoiselle*, se acercó a ella.

—Son estos estornudos... —Comenzó a explicarle *Mademoiselle* siendo interrumpida por otro.

El vapor alcanzó la nariz de la señorita Potts. Iba a abrir la boca para hablar cuando sintió que se le avecinaba un estornudo. La nariz le cosquilleaba y buscó su pañuelo.

—¡Aachiiiiisss! —explotó, Irene soltó al punto sus ruidosas carcajadas. La señorita Potts la miró.

—¡Irene! ¿Tú crees...? ¡Aachissssss!

—¡Aachissssssss! —esta fue *Mademoiselle*—. Señorita Potts, ¿qué son tantos estornudos? Yo no puedo parar... ¡Aachissssssss!

La señorita Potts estornudó tres veces seguidas sin poder intercalar palabra. Entonces una repentina sospecha acudió a su mente, y miró a las niñas que reían.

—Jean —le dijo—. Tú eres la jefe de esta clase. ¿Se trata de un truco? ¡Aachissssssss!

Jean vacilaba. ¡Cómo delatar a todo el curso!

Mademoiselle la salvó de más preguntas. Estornudó con tal fuerza que saltó de la silla. Gimió.

—¡Estoy enferma! Jamás había estornudado así. Estoy muy enferma. ¡Aachissssss!

Realmente alarmada, la señorita Potts, tras lanzar dos o tres estornudos por su cuenta, puso en pie a la profesora de francés.

—Abre la ventana —ordenó a Darrell—. E id a buscar al ama. *Mademoiselle* parece enferma de verdad.

Con gran alarma Darrell abrió la ventana, y Mary-Lou corrió en busca del ama/que acudió intrigada por el relato entrecortado de Mary-Lou sobre los estornudos de *Mademoiselle*. Al ver el rostro pálido de la profesora la cogió del brazo para acompañarla. El vapor de la gragea la alcanzó también, y de pronto lanzó un potente estornudo. La señorita Potts se vio obligada a soltar dos más, y *Mademoiselle* se preparó para otro. Luego el ama se llevó a *Mademoiselle* fuera de la clase, y la señorita Potts la siguió para asegurarse de que la pobre francesa estaba bien.

Las niñas, alarmadas y asustadas como estaban, no pudieron dejar de reír ante la vista de las tres mujeres estornudando a coro.

—Casi te Coge la señorita Potts con su pregunta, Jean —le dijo Alicia—. ¡Has escapado por un pelo! Esperemos que no vuelva a preguntarlo.

—Espero que *Mademoiselle* no esté «realmente» enferma —deseó Darrell, preocupada—. Tenía muy mal aspecto. Creo que lo mejor será que coja esa gragea y la tire por la ventana antes de que vuelva la señorita Potts y la vea.

Y eso hizo, no sin lanzar antes un estornudo. Luego la clase se dispuso a esperar que alguien volviera.

Y fue la señorita Potts.

—*Mademoiselle* no se encuentra bien —comenzó en tono severo, con el pañuelo en ristre por si acaso empezaba a estornudar otra vez—. Ha tenido que acostarse. Está completamente agotada. Lo extraño... lo extraño es, que tan pronto como hemos salido de esta habitación ninguna de nosotras ha sentido deseos de volver a estornudar. Jean, ¿quieres explicármelo? O tal vez tú Alicia, ¿preferirías hacerlo? Me parece que tal vez tú sepas algo más sobre esto que las otras.

Alicia apenas sabía que decir. Jean le dio un codazo.

—Adelante. Tendrás que decirlo.

Así que Alicia lo contó. No parecía una idea tan divertida contada tartamudeando ante la señorita Potts.

—Ya entiendo. Uno de tus trucos otra vez. Yo creía que las de tercer curso estabais por encima de semejantes niñerías. ¿Habéis participado todas en esto?

—Sally no —intervino Darrell—. Se negó a dar su voto. Ella ha sido la única que no estuvo de acuerdo.

—¡La única persona sensata de toda, la clase! —exclamó la señorita Potts—. Muy bien... con excepción de Sally, todas vosotras os quedaréis sin paseo el próximo jueves por la tarde. También tendréis que pedir perdón a *Mademoiselle* y estudiar el doble en la clase de francés durante el resto del curso en señal de desagravio.

Capítulo 21

MAVIS Y ZERELDA

Fue un final lamentable lo que todas imaginaron un truco estupendo.

—Supongo que la gragea debía ser más fuerte de lo debido —se excusó Alicia contristada.

Sally no respondió: «*Ya os lo dije*», y Darrell pensó que era una muestra de bondad por su parte.

—El jueves por la tarde me quedaré con todas vosotras —le dijo a Darrell—. Puede que fuese contraria al truco, pero desde luego pienso compartir el castigo.

—Eres muy buena, Sally —le contestó Darrell cogiéndola del brazo—. Bajemos a ver si hay algo interesante en la tabla de anuncios. Creo que esta noche hay un debate entre las de sexto contra las de quinto, y podríamos ir a verlas luchar como leonas.

Fueron a consultar el tablón de avisos. Una de las de cuarto estaba también allí mirando. Era Elena.

—¡Hola, Darrell! —le dijo—. ¡Te felicito!

—¿Por qué? —preguntó Darrell sorprendida.

—Mira... vas a jugar el próximo jueves en el tercer equipo —exclamó Elena—. Tres niñas se han puesto enfermas... así que juegan las tres reservas... y tú eres una de ellas, ¿verdad?

—¡Oh... qué estupendo! —gritó Darrell dando vueltas por el vestíbulo... más de pronto su rostro se ensombreció—. Escucha... ¿Me dejará jugar la señorita Potts el jueves? Oh, Sally... ¿tú crees que no podré jugar aunque estemos todas castigadas esa media fiesta?

—¿De qué «*estás*» hablando? —inquirió Elena, intrigada.

Darrell se lo explicó.

—¡Cielos! —exclamó Elena—. Entonces no podrás jugar. No debes esperar que «*Potty*» te levante el castigo para que te diviertas jugando un partido.

Darrell gimió.

—¡Oh... qué mala suerte! ¡Mi primera oportunidad! Y la he desperdiciado. Oh, Sally, ¿por qué no me negaría como tú, en vez de seguir a Alicia?

Fue un golpe terrible para la pobre Darrell, y estaba tan desolada que Sally no pudo soportarlo. Fue hasta la habitación de la señorita Potts y llamó a la puerta.

—Por favor, señorita Potts... Darrell tiene que jugar un partido el jueves con el tercer equipo —dijo Sally—. Y por culpa de la broma de hoy tiene que estudiar ese día. Está terriblemente desilusionada. Usted dijo que no tenía que renunciar a la fiesta por no haber participado del truco. ¿Podría quedarme en lugar de Darrell? Así ella podría jugar el partido.

—Un gesto amable, Sally, pero completamente imposible —repuso la profesora—. Darrell debe cumplir el castigo lo mismo que el resto de la clase. Es culpa suya si pierde la oportunidad de jugar ese partido.

Sally se marchó muy triste. Encontró a Darrell y le contó que acababa de intentar prescindir de la media fiesta para que ella pudiese jugar en el equipo. Darrell estaba emocionada.

—¡Oh, Sally! ¡Eres un verdadero «encanto»! ¡Una verdadera amiga! Gracias.

Sally le sonrió. Sus celos iban desapareciendo. Comprendió que había sido una tonta, pero no volvería a serlo. Cogió a Darrell del brazo.

—Celebraré que pronto regrese Betty para que Alicia tenga su compañera —dijo.

—Yo también —replicó Darrell de corazón—. Es muy molesto su modo de actuar para que nos peleemos. No dejes que lo consiga, Sally.

Sally estaba satisfecha. ¡Pero cómo deseaba poder conseguir que Darrell gozase de la media fiesta! Pobre Darrell... era una oportunidad tan maravillosa... que no volvería a presentarse en años.

Encontraron a la enfermera y le pidieron noticias de Mavis.

—Está mucho mejor —dijo la enfermera—. Aunque se le ha ido la «voz». La pobre Mavis está afónica. Se siente muy desgraciada. *Moñona* podrá visitarla una de vosotras. Ella ha pedido que sea Zerelda, de manera que podéis decirle que venga a verla después de merendar.

Darrell y Sally se miraron mutuamente llenas de asombro. ¡Zerelda! ¿Para qué querría Mavis ver a Zerelda?

Mavis se sentía muy desgraciada. Se quedó horrorizada al comprobar que su voz había desaparecido. Sólo conseguía lanzar un sonido cascado que nada se parecía a su voz:

—¡Oh!, ¿no podré volver a cantar? —le había preguntado preocupada a la enfermera.

—Durante algún tiempo no —le había contestado—. Aunque yo creo que volverás a tener la misma voz, Mavis... pero has estado muy enferma con bronquitis y laringitis, y no podrás cantar durante un par de años. Si lo intentas, el especialista dice que perjudicarías tus cuerdas vocales para siempre, y que nunca podrías llegar a ser cantante.

Mavis dejó que las lágrimas resbalasen por sus mejillas no tratando de detenerlas. ¡Sin voz! Sin cantar durante dos años... y tal vez siempre. Quizá nunca llegase a ser cantante de ópera. Laringitis, bronquitis... son dos enfermedades de las que una cantante debe guardarse siempre.

—¡Todo por mi culpa! ¿Por qué salí aquella noche con tanta lluvia? —sollozó la pobre Mavis—. Me pareció algo estupenda; pero las otras no. Tal vez Zerelda lo comprenda... ella va a ser una gran artista de cine, y ella comprenderá que una cantante o una actriz desea ser reconocida y anhela el aplauso.

Así que, cuando la enfermera le dijo que podía recibir una visita, preguntándole a quién prefería, ella escogió a Zerelda. Debía contárselo todo, y Zerelda comprendería, y simpatizaría con ella.

Zerelda también se sorprendió al verse escogida. No había simpatizado con Mavis; pero fue a verla llevándole fruta, algunos dulces, y un libro que acababan de enviarle de América. Zerelda siempre era generosa.

Le sorprendió ver lo delgada que estaba Mavis.

—Siéntate —le dijo Mavis con una afonía terrible.

—¿Qué le ha ocurrido a tu voz? —le preguntó Zerelda, alarmada.

—¡La he perdido... tal vez para siempre! —dijo Mavis con un quejido patético—. Oh, Zerelda, he sido una estúpida. ¡Estoy segura de que nadie más que tú puede comprenderme!

Entre jadeos y con su ronquera le fue contando a Zerelda todos los acontecimientos de aquel sábado por la noche... y de cómo ni siquiera la «*dejaron*» cantar. —De manera que todo para nada. ¡Oh, Zerelda! ¿Qué voy a hacer sin mi voz? ¡Me moriré! Las otras siempre me han dicho que sin mi voz no soy nada, nada en absoluto.

—No hables más, Mavis —le aconsejó la enfermera asomando la cabeza—. Habla tú, Zerelda.

Y Zerelda habló. ¿Cómo encontró de qué hablar? Ah, Zerelda de pronto había adquirido un poco de carácter y bastante sabiduría. Había aprendido ya bastantes cosas durante aquel curso en *Torres de Malory*... y especialmente gracias a su fracasada actuación. Y le contó a Mavis todo lo que había aprendido.

No fue fácil contarle todo lo que había ocurrido el día del ensayo de Shakespeare; pero cuando Zerelda vio que Mavis sorbía todas sus palabras, prestándole la mayor atención, no olvidó nada.

—Así que ya ves, Mavis —terminó al fin—. Yo era mucho peor que tú. Tú «*poseías*» verdaderamente un don. ¡Yo nunca lo tuve! Tú te sentías orgulloso de algo real. Yo me enorgullecía de algo falso, que no existía. Sin embargo, soy más feliz ahora que lo sé. Al fin y al cabo, es más sensato ser lo que somos en realidad... ¿verdad? Colegialas... no futuras estrellas de cine o cantantes de ópera. Tú sentirás lo mismo cuando lo hayas reflexionado. Ahora que has perdido tu voz, puedes ser «*tú*» misma.

—¡Oh, Zerelda! —exclamó Mavis deslizando su mano en la de la niña americana—. No sabes cómo me has ayudado. Me sentía tan desgraciada. Pensaba que una cosa así no le había sucedido jamás a nadie. ¡Y a «*ti*» te ha sucedido lo mismo!

Zerelda no dijo nada. Le había costado mucho hacerle aquella confesión a Mavis, más que a cualquier otra. Pero con todos sus defectos, Zerelda era generosa de corazón, y supo comprender rápidamente cómo ella, y ella sola, podía ayudar a Mavis.

La enfermera volvió a asomar la cabeza. Le alegró ver que Mavis parecía mucho más animada. Entró en la habitación.

—Bueno, le has hecho mucho bien, Zerelda —exclamó—. Ya tiene otro aspecto. Supongo que debéis ser muy amigas las dos.

Mavis miró a Zerelda con ansiedad.

—Sí —contestó Zerelda con firmeza—. Somos amigas.

—Bueno, dos minutos más y deberás marcharte —indicó la enfermera volviendo a salir.

—Voy a demostrar a las otras que no era sólo una «*voz*» —prosiguió Mavis—. Zerelda, ¿querrás ayudarme? ¿Quieres ser mi amiga? Yo no valgo mucho, lo sé... pero tú no tienes ninguna amiga, ¿verdad?

—No. —Zerelda se avergonzó al tener que reconocerlo—. Bueno... supongo que yo tampoco soy una gran persona, Mavis. ¡Sólo una nulidad... las dos lo somos! Nos ayudaremos mutuamente. Ahora debo irme. ¡Adiós! ¡Mañana volveré!

Capítulo 22

LAS COSAS SE ARREGLAN

Mademoiselle se recuperó pronto de su ataque de «estornudos» y al día siguiente regresó a sus clases. Al principio se sintió muy enojada cuando la señorita Potts le hubo explicado que todo era debido a un truco de las niñas.

Pero poco a poco fue recuperando su sentido del humor y se puso a reír pensando en que el ama y la señorita Potts también habían sido víctimas de la broma estornudando con violencia.

«*Pero yo, yo fui la que estornudé más fuerte* —dijo *Mademoiselle* para sus adentros—. *Ajá... aquí está Mademoiselle Rougier, Voy a contarle lo de la broma*».

Y se lo explicó a la flaca cara de vinagre, *Mademoiselle Rougier*, que no admitía trucos de ningún tipo durante la clase. Quedó horrorizada.

—¡Éstas niñas inglesas! ¿Se lo ha dicho a la señorita Grayling? Debieran recibir un buen escarmiento.

—¡Oh «no»...! No he dado parte a la directora —dijo *Mademoiselle Dupont*—. Sólo lo hago cuando se trata de asuntos serios.

—¿Y usted no considera esta trastada un asunto serio? —exclamó *Mademoiselle Rougier*—. ¡Es usted capaz de pasarlo por alto sin imponerles castigo alguno! Ésa Alicia... y esa loca de Irene, y esa traviesa Belinda... les haría mucho bien un buen escarmiento.

—Oh, todas van a ser castigadas —se apresuró a responder *Mademoiselle*—. Todas se quedarán sin fiesta el próximo jueves y tendrán que estudiar a cambio.

—¡Esto no es un verdadero castigo! —repuso *Mademoiselle Rougier*—. Es usted muy blanda para los castigos. Siempre lo he dicho.

—¡Claro que lo soy! —exclamó *Mademoiselle Dupont* contrariada—. ¿Es que no tiene usted sentido del humor? ¿Acaso no ve el lado cómico?

—No, no lo veo —replicó *Mademoiselle Rougier* con firmeza—. ¿Qué es eso del «lado cómico» del que tanto hablan los ingleses? No es divertido. Y usted también sabe que no lo es, *Mademoiselle*.

Cuanto más hablaba *Mademoiselle Rougier* en ese sentido más segura estaba *Mademoiselle Dupont* de que la broma había sido divertida. Al final se convenció a sí misma de que había participado de ella riendo con las niñas.

Y pensó que le gustaría librarlas del castigo que les había impuesto la señorita Potts, pero la señorita Potts no quiso ni oír hablar de ello.

—¡De ninguna manera! No sea blanda, *Mademoiselle*. No podemos dejar pasar una cosa así.

—Tal vez no —respondió *Mademoiselle* mientras una idea repentina acudía a su cabeza—. ¡Ésos diablillos! ¡Tendrán que pasar conmigo toda la tarde del jueves, señorita Potts, y yo las haré «trabajar»!

—Así está mejor —consideró la señorita Potts en tono aprobador—. Algunas veces *Mademoiselle* resultaba blanducha. —Téngalas sujetas toda la tarde.

«*Las llevaré a dar un paseo*», pensó *Mademoiselle*. Ella aborrecía los paseos, pero sabía cuánto les gustaban a las niñas. Pero cuando llegó la tarde del jueves, llovía tanto que no sólo no hubo partido de *lacrosse*, sino tampoco paseo.

Darrell pudo leer un aviso que decía:

El partido de *lacrosse* que debía jugarse esta tarde ha sido suspendido y aplazado para fecha próxima, que ya se anunciará.

—¡Mira eso! —le dijo a Sally—. Después de todo no habrá partido. ¡Qué desilusión tendría ahora si hubiese podido jugar... y lo hubiesen aplazado! Me pregunto si cabe la esperanza de que yo pueda jugar en la fecha que elijan. Supongo que entonces ya estarán buenas las niñas que enfermaron.

Aquella tarde las niñas fueron a la clase para estudiar, mientras todos los demás cursos bajaban al gran vestíbulo para jugar juntas, y después ver una película sobre una gran pantalla colocada en un extremo.

Mademoiselle las esperaba con una amplia sonrisa en su rostro.

—¡Pobrecillas! Ésta tarde tenéis que estudiar por culpa de mis estornudos. Tendréis que aprender varias danzas francesas. He traído un gramófono y varios discos. Voy a enseñaros una bonita danza campestre que todos los niños franceses saben.

Con sorpresa y alegría las niñas retiraron todos los pupitres. Esperaban que no apareciese la señorita Potts o la señorita Peters, y vieran la clase de trabajo que estaban haciendo en su tarde de castigo. ¡Qué divertido ver sus caras si se asomaban a la clase!

Pero *Mademoiselle* se había asegurado de que las dos profesoras no pasarían por allí. La señorita Peters había salido aquella tarde, y la señorita Potts estaría en el vestíbulo con el primer curso. ¡*Mademoiselle* estaba segura!

—¡La costa está aclarada! —exclamó *Mademoiselle* alegremente, y las niñas rieron.

—Querrá decir la costa está «despejada» —le dijo Jean.

—Es lo mismo —replicó la profesora—. ¡Ahora... empezad! Formad un corro por favor, y yo os diré lo que debéis cantar mientras dais vueltas al compás de la música.

Fue una tarde regocijante y las de tercero disfrutaron enormemente.

—Es usted un encanto, *Mademoiselle* —le exclamó Darrell calurosamente al terminar—. Un verdadero encanto.

Mademoiselle sonrió radiante. Jamás había sido capaz de entender con exactitud lo que era un «encanto», sólo sabía que era un elogio y eso la complacía.

—¡Vosotras me hicisteis estornudar... y yo os he hecho jadear! —dijo sencillamente a las fatigadas niñas—. Estamos iguales, ¿no?

—Querrá usted decir «en paces» —le respondió Jean, pero la profesora ni le hizo caso.

—Le diré a la señorita Potts que esta tarde habéis quedado agotadas de tanto trabajar —dijo *Mademoiselle*—. ¡Pobrecillas... tendréis tantas ganas de merendar!

Zerelda había disfrutado tanto como cualquiera. En realidad, estaba sorprendida de ver lo

mucho que se había divertido durante toda la tarde. Vaya... una semana atrás hubiese vuelto la espalda a semejante vulgaridad y sólo hubiese tomado parte lánguidamente, fingiendo que estaba muy por encima de todo aquello.

«*¡Pero he disfrutado cada minuto!* —pensó Zerelda atándose los cabellos hacia atrás, pues se le habían soltado con la danza—. *Debo haber sido una completa idiota. No me extraña que las niñas se rieran de mí*».

De pronto se vio a sí misma... afectada, tratando de parecer mayor, peinándose como Lossie Laxton y mirando por encima del hombro a todas aquellas alegres colegialas. No podía soportar ni el pensarlo.

«*Es divertido ser una auténtica colegiala* —pensó—. *Y es estupendo ser yo misma, en vez de intentar ser como Lossie. ¡Qué idiota era... mucho más que Mavis, quien por lo menos tenía un verdadero don!*».

Mavis iba mejorando, y aguardaba con impaciencia las visitas de Zerelda. Muchas de las de tercero habían ido a verla ya, pero ella deseaba más las visitas de Zerelda que las de cualquier otra. Pensaba que Zerelda era maravillosa... al haber aprendido una lección que ella, Mavis, también trataba de aprender.

Para Zerelda fue un consuelo ver que alguien la consideraba maravillosa, incluso sabiendo ahora que no lo era. Desde que Mavis había dejado de hablar de su voz y su maravilloso futuro... parecía una persona completamente distinta... más sencilla, más natural, y con gran interés por los demás.

—Jamás volveré a mencionar mi voz —prometió Mavis a Zerelda—. Ni repetiré lo de «*cuando sea cantante de ópera*». Tal vez si soy razonable y no hablo ni pienso en mi voz, la recupere.

—Oh, yo espero que la recuperarás —afirmó Zerelda para consolarla—. ¡Aunque hiciste cuando estuvo en tu mano para librarte de ella! Oh, Mavis... eres igual que yo... te ves reducida a ser una colegiala y nada más. Pero bueno, no sabes lo agradable que es pertenecer a los demás, ser igual que ellos; y no tratar de hacerles creer que eres superior.

—Cuéntame otra vez lo de *Mademoiselle* y los estornudos —le suplicó Mavis—. Me hiciste reír tanto. Eres divertidísima contando esas cosas, Zerelda.

Y era cierto. Zerelda no era actriz, pero podía contar una historia con gracia haciendo reír a todo el mundo. Alicia pensaba en su interior que Zerelda poseía ese don... esa habilidad para ser realmente graciosa; pero no pensaba decírselo. ¡No pensaba darle la menor oportunidad de que volviera a creerse «*marravillosa*»!

Las niñas admiraban a Zerelda por dedicar su tiempo tan generosamente a Mavis. Y la tuvieron en mejor concepto por haber soportado tan bien la reprimenda de la señorita Hibbert, y por tener en cuenta todo lo que le había dicho.

—Yo no imaginaba que fuese así —declaró Darrell a Sally—. De verdad que no. Pensaba que era sólo un globo lleno de aire... y cuando la señorita Hibbert la pinchó... creí que se deshincharía y allí no quedaría nada. Pero «*sí*» tiene algo al fin y al cabo. Ahora me gusta, ¿y a ti?

—Bueno... siempre pensé que era muy generosa, y me agradaba su buen carácter —replicó

Sally—. Pero claro que no recibí tanta dosis de su tontería como vosotras... porque volví al colegio muy tarde.

—Me alegro de que por fin haya vuelto, Betty ¿y tú también? —le preguntó Darrell—. ¡Gracias a Dios! Ahora Alicia ya tiene alguien con quien ir, y no estará siempre detrás de nosotras. Ojalá Bill tuviese una amiga. Siempre va sola.

—Bueno... no me importaría que fuésemos con Bill algunas veces —respondió Sally—. Aunque ya sabes que Bill no necesita amigas... sinceramente creo que «Trueno» ocupa el lugar de una amiga para ella.

—Sí. Es cierto —repuso Darrell recordando aquella noche oscura y lluviosa cuando ella y Bill estuvieron dando vueltas al patio con «Trueno»—. Pero sería un bien para ella que la dejásemos venir con nosotras algunas veces. Es un encanto.

De manera que Bill iba muchas veces con Darrell y Sally, cosa que la encantaba, pues tenía a Darrell en la mejor de las opiniones.

«Algún día le devolveré lo que hizo por mí aquella noche —pensaba Bill cien veces por semana—. Jamás lo olvidaré».

Ahora era muy feliz «Trueno» estaba perfectamente, y Darrell y Sally eran sus amigas. En clase se defendía bien. ¡Y la señorita Peters era «sencillamente formidable»!

Bill era una niña sencilla, sincera, natural y muy leal. Éstas cosas causaban gran efecto en la señorita Peters, que era muy parecida. De, manera que había una gran comprensión entre la profesora y Bill, cosa que satisfacía a ambas.

—Soy muy feliz aquí —confesó Bill a Darrell—. No deseaba venir... pero ahora ¡cuánto «me alegre» de haber venido!

Capítulo 23

¡UN ESTUPENDO FINAL DE CURSO!

El curso iba llegando a su fin. Darrell, como de costumbre luchaba con encontrados sentimientos.

—¡Me encanta volver a casa... pero también me encanta estar en *Torres de Malory*! —le decía a Sally.

—Bueno, tienes suerte de tener esos dos mundos —repuso Sally—. Yo también. Me encanta estar en casa... pero adoro el colegio. Ha sido un buen curso, ¿no es verdad Darrell?

—Sí —replicó Darrell—. Sólo he tenido una desilusión... y es que, después de tanto como me he entrenado, y de la ayuda que me ha prestado Molly... no he conseguido jugar en el tercer equipo.

—¿Ya han jugado el partido que aplazaron? —preguntó Sally.

—No. El otro colegio no tenía ninguna fecha libre —explicó Darrell—. El curso termina la semana próxima... de manera que ahora ya no habrá ocasión. Eso es lo único que me ha estropeado un, poco el curso... y el que tú vinieras tan tarde, naturalmente.

—¿Verdad que hace una tarde espléndida? —exclamó Sally cuando salían al patio contemplando los narcisos que crecían por todas partes, mecidos por la brisa de marzo—. Tenemos media hora antes de comer, ¿qué hacemos?

—Vamos al campo de *lacrosse* —propuso Darrell—. Allí se estará estupendamente. Siento ganas de correr después de estar tanto tiempo sentada. Un poco de entrenamiento nos hará bien.

Sally no tenía ganas de ir. Aquél curso estaba desentrenada por haber llegado tarde, pero al ver la ansiedad reflejada en el rostro de Darrell, dejó a un lado sus propios deseos.

—De acuerdo. Voy por los palos. Tú ve y pide una pelota —le dijo.

Volvieron a encontrarse en el campo y pronto estuvieron corriendo, parando la pelota y pasándola.

Eran las únicas que estaban allí. Molly Donaldson, al pasar por allí sonrió al ver a Darrell otra vez. ¡Qué afición tenía! Realmente no dejaba lo que se proponía. A Molly le gustaban esa clase de personas.

Le gritó a Darrell.

—Cielos, te mereces jugar bien, Darrell. ¿Sabes que vamos a jugar contra el Barchester la semana que viene... ese partido que quedó aplazado el jueves pasado? Creíamos que no podríamos organizarlo de nuevo... pero Barchester nos acaba de comunicar que puede jugar contra nosotras el próximo jueves... el día antes de finalizar el curso.

—Oh, ¿de veras? —dijo Darrell—. Molly... ¿hay alguna esperanza de que puede ser tercera reserva otra vez? ¡Di que sí!

—Bueno, la última vez, al parecer, hubieras «jugado» en el equipo, puesto que todas las reservas iban a jugar —repuso Molly—; pero me he enterado de que hiciste el tonto, tú y todas las

de tercero, y os castigaron sin fiesta. Así que de todas maneras no hubieses podido jugar.

—Sí, eso es cierto —afirmó Darrell—. Pero desde entonces no he vuelto a hacer tonterías. Ponme de reserva el próximo jueves, Molly, por favor. ¡No es que tenga muchas esperanzas de jugar esta vez porque todas las que estaban enfermas ya están buenas!

—Cierto —contestó Molly—. Bueno, estoy haciendo una nueva lista de jugadoras, y tú puede que entres en la reserva, o puede que no. ¡No prometo nada! El lunes por la tarde iré a ver como juegan el tercer y el cuarto curso. Escogeré algunas jugadoras para el partido contra el Barchester, de manera que hazlo lo mejor que puedas.

—¿Verdad que Molly es maravillosa? —dijo Darrell a Sally mientras aquélla se alejaba.

—Bueno... a mí me parece buena como delegada de deportes —replicó Sally que no demostraba tanto entusiasmo como Darrell—. De todas formas... juega bien el lunes, cuando Molly te vea, y procura conseguir otra vez el puesto de reserva, Darrell.

Y eso hizo Darrell. Fue rápida, astuta, infalible en las paradas, generosa en los pases, y segura en su ataque a gol. Molly estaba en el campo, observando a las diversas jugadoras. Iba de un lado a otro, segura, consciente, y sus ojos agudos no se perdían ningún buen pase, ni una buena carrera.

Aquélla noche debían aparecer en la tabla de anuncios los nombres de las jugadoras del equipo. Y debajo de esa lista, los nombres de las reservas. Darrell apenas se atrevía a acercarse al tablero para ver si Su nombre estaba entre las reservas.

¡Seguro que había de estar! ¡Ella había jugado mejor que lo mayoría de las de cuarto, y desde luego muchísimo mejor que cualquiera de las de tercero! Miró esperanzada, pero con temor, los nombres de las tres reservas.

¡No estaba allí! ¡Con gran desilusión Darrell volvió a leer los tres nombres de los reservas. No... su nombre no estaba... ni siquiera como tercera reserva, como fue antes!

Ésta vez Molly no la había considerado lo bastante buena como para ponerla de reserva. Qué terrible desilusión.

Sally acudió corriendo.

—¡Darrell! ¿Está tu nombre? ¿Está en la reserva?

Darrell meneó la cabeza.

—No —respondió—. Ésta vez no. Oh, Sally... estoy tan decepcionada.

Sally también lo estaba, y cogió del brazo a Darrell.

—Mala suerte. «Lo» siento.

—Oh, bueno... soy tan mala como antes Zerelda... imaginándome lo bastante buena jugadora de *lacrosse* para estar en la reserva para el partido contra Barchester —dijo Darrell con voz un tanto temblorosa—. ¡Me está bien empleado!

—¡No, no! —exclamó Sally—. Tú «debieras» ser por lo menos la «primera» reserva... sí, es cierto, Darrell. Tú eres «estupenda» jugando al *lacrosse*... superior... Y además te has entrenado de firme.

—No insistas —cortó Darrell, que al verse consolada por su amiga se sentía mucho peor.

Fueron juntas a la sala común. Mavis estaba allí por primera vez, con Zerelda.

—¡Hola, Mavis! —exclamó Sally sorprendida—. Pensé que no ibas a venir con nosotras hasta

mañana. ¡Cuánto me alegro de que hayas vuelto!

—¡Bienvenida de nuevo al hogar! —exclamó Darrell tratando de olvidar su desilusión—. Celebro que estés bien, Mavis. ¿Cómo te encuentras?

—Estupendamente —repuso Mavis con su nueva voz.

Ya no tenía aquella voz profunda y aterciopelada de antes. Ahora era ronca, y había perdido su musicalidad. Las niñas ya se habían acostumbrado, pero la pobre Mavis no.

¡No podía soportar aquella horrible voz cascada! Pero se había hecho el propósito de no gruñir ni quejarse.

—Yo también me alegro de poder estar entre vosotras —añadió Mavis—. La enfermera ha sido muy buena conmigo, y se está muy bien en la enfermería... pero echaba de menos toda la diversión y ruido del colegio.

Tosió.

—No hables demasiado seguido —le aconsejó Zerelda—. Ya sabes que la enfermera me ha encargado de tu vigilancia... y esta noche debo devolverte sana y salva al ama, antes de que te permitan volver a dormir en nuestro dormitorio.

—Estaré bien —repuso Mavis—. Darrell... ¿estás en la reserva? Zerelda dijo que seguro que iban a ponerte. Estoy deseando volver a ver un partido.

—No. No estoy —afirmó Darrell volviéndose de espaldas. Zerelda alzó los ojos sorprendida y contrariada.

—Vaya, qué mala suerte —dijo y se detuvo al ver que Sally le fruncía el ceño para que no hablase más del asunto.

Darrell lo había sentido mucho. No podía comprender por qué Molly la había dejado fuera esta vez. ¡No le parecía justo después de todo lo que le había dicho!

Darrell salió de la habitación. Sally no la siguió, comprendiendo que deseaba estar sola y sobreponerse a su desilusión antes de enfrentarse con el resto de la clase.

Se oyó ruido de pasos corriendo por el pasillo. La puerta se abrió de golpe y entró el resto del tercer curso.

—¿Dónde está Darrell? Cielos, ¿ha visto ya la lista de jugadoras?

—Sí. Está terriblemente decepcionada —contestó Sally. Y las de tercero parecieron sorprenderse en grande.

—¡Decepcionada! —replicó Alicia—. ¡Debiera estar tan contenta como para ponerse a bailar alegremente por la habitación!

Ahora le tocó a Sally el sorprenderse.

—Pero vaya, ¿serás tanta? ¡Si esta vez ni siquiera entra en la reserva!

—¡No... claro que no... porque esta vez forma parte del equipo, súper tonta! —exclamó Alicia.

—Sí. ¡En el «equipo»! —insistió Bill radiante—. ¿No es un gran honor?

Sally contuvo el aliento.

—¡Cielos! ¡Darrell debe de haber leído sólo los nombres de las reservas... y no los del «equipo»! ¡Es muy propio de ella!

—¿Dónde «está»? —preguntó Alicia impaciente.

—¡Aquí viene! —gritó Bel inda desde la puerta—. ¡Darrell! ¡Ven aquí!

Darrell entró con aspecto desilusionado mirando con extrañeza a sus excitadas compañeras de tercero.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—«¡Juegas!» —gritó Irene dándole una palmada en la espalda—. ¡Estás en la lista, tonta! ¡En el «equipo»!

Darrell no lo entendió. Y las otras la rodearon impacientes hablando a voz en grito.

—¡Estás en el equipo! ¿No lo entiendes?

—En la reserva no. Juegas el jueves contra el Barchester.

—Miradla... está muda. «¡Darrell!» ¿Quieres decir que has leído sólo los nombres de las reservas y no los de las que integran el equipo? ¡Bueno, mira que eres tonta!

De pronto se hizo la luz para Darrell, y cogió las dos muñecas de Alicia.

—¡Alicia! ¿Lo dices de veras? ¡Estoy en el «equipo»! Caramba... no se me ha ocurrido leerlo.

Hubo tantos gritos, felicitaciones y alegría que el ama acudió para ver a qué era debido tanto alboroto, y para ver qué tal le iba a Mavis.

—Mavis lo resistía muy bien. Le estaba dando palmadas a Darrell en la espalda y gritaba. ¡Muy bien! ¡Muy bien! —con voz coscada y decidida. Su rostro resplandecía de placer, como todos los demás.

El ama volvió a salir sin ser vista, sonriendo para sí.

«¡Todo esto porque alguien ha ingresado en el equipo! —pensó—. Vaya, vaya... ¡lo que hace cambiar el sentirse colegiala!».

En aquel momento, para Darrell era algo estupendo. Pensaba que en su vida había sido tan feliz... y ¡precisamente cuando se sentía tan desdichada y decepcionada! Casi se puso a llorar al ver la alegría y el orgullo de las demás.

«¡Vaya, deben quererme mucho! —pensó feliz—. ¡Oh, «espero» jugar bien el jueves! ¡Si pudiéramos vencer al Barchester! ¡No le hemos ganado desde hace un año!».

Apenas podía esperar a que llegase el jueves... pero amaneció por fin, claro y soleado. ¡Día ideal para un partido! Jugaban en casa, y como era el día anterior al del final de curso, todas las niñas que quisieran podrían presenciarlo. La mayoría se fueron a vitorear a las niñas del Barchester cuando llegaron en su autocar. Luego todas se esparcieron por el campo para ocupar los bancos de madera.

Darrell estaba nerviosa. Y se enfadó consigo misma por esto, pero no podía evitarlo. Molly se le acercó sonriente.

—¿Tienes miedo a tu estreno? En cuanto estés en el campo lo olvidarás.

Molly estaba en lo cierto. Una vez en el campo con su palo de *lacrosse* en la mano, corriendo de un lado a otro, toda la nervosidad de Darrell desapareció, y se sintió impaciente por qué comenzara el partido. Miró a su contrincante. Era una niña robusta y alta.

«¡Oh, pobre de mí... probablemente correrá más que yo!», pensó.

Cierto que corría mucho y que era potente y efectiva, arrebatándole la pelota a Darrell casi

cada vez con sus intervenciones rápidas y seguras.

—¡Juega, Darrell! ¡Juega! —le gritaban sus compañeras de curso cada vez que Darrell cogía la pelota y salía corriendo con ella—. ¡Buena pasada! ¡Buena cogida! «¡Animo Torres de Malory!».

Gol para el Barchester. Gol para *Torres de Malory*. Media parte. Empate a uno. Se trajeron rodajas de limón en platitos. Y allí estaba Molly junto a Darrell habiéndole con vehemencia.

—¡Darrell! Estás fatigando a tu oponente muy bien. Es buena; pero se la puede engañar más fácilmente que a ti. Espera tu oportunidad, esquivala la próxima vez que se te acerque, coge la pelota, pásala a Catalina, corre junto a ella, deja que ella vuelva a pasártela, y «¡chuta!» ¿Has oído?

—Sí. Sí, Molly —repuso Darrell que casi se traga la rodaja de limón en su afán de asimilarlo todo—. Sí... creo que mi contrincante se está cansando. Yo puedo correr más que ella. Haré lo que me dices, si puedo. Díselo a Catalina.

—Ya se lo he dicho —replicó Molly—. Mira... ya suena el silbato. Todas lo estáis haciendo muy bien. Pero creo que en esta media parte has de ser tú quien tire a gol, Darrell. Las otras se dejan arrebatar la pelota con demasiada facilidad. Buena suerte.

Molly salió del campo mientras se alzaba un coro de voces.

—«¡Animo... Torres de Malory!» «¡Animo... Torres de Malory!».

Y *Torres de Malory* se animó. Darrell y Catalina se pasaban maravillosamente la una a la otra, y Catalina chutó. ¡Dos goles para *Torres de Malory*! Luego el equipo de Barchester volvió a marcar. Segundo gol para ellas. Empate a dos. Quedaban quince minutos de juego. «¡Animo... Torres de Malory!».

Darrell vio que el tiempo pasaba. Dos a dos. *Torres de Malory* debía marcar de nuevo antes de que finalizara el partido. Hizo un buen pase, y corrió con la pelota en su red de *lacrosse*. Su contraria le cerró el paso. Darrell la esquivó con limpieza y salió corriendo por el campo.

—«¡Vamos, Darrell!» ¡¡chuta!! ¡¡chuta!! —gritaban todas, pero Darrell estaba demasiado lejos de la portería para hacerlo. En vez de eso, envió la pelota a Catalina, quien, ¡cielos! Falló la parada, cayó al suelo, y dejó que el enemigo se la arrebatara mientras rodaba por el suelo. Y allí corrieron todas las del equipo del Barchester, hacia la portería de *Torres de Malory*.

Pero la guardameta la detuvo con valentía. ¡Hurra! ¡Salvadas otra vez! La pelota estaba otra vez en el campo, y Darrell hizo una magnífica parada, saltando en el aire.

—«¡Adelante, Darrell!» —gritaban las espectadoras, y Darrell corrió hacia la meta de Barchester. Catalina corría al mismo nivel, aguardando el pase. Cuando le cerraron el paso, Darrell entregó la pelota a Catalina con un hermoso tiro, Catalina la cogió, siendo detenida inmediatamente. Por el rabillo del ojo vio a Darrell observándola.

Lanzó la pelota. Fue un tiro torpe, pero Darrell corrió para alcanzar la pelota. Una vez en la red la conservó allí, esquivando con acierto cuando la detenían. Un gran grito se elevó entre las espectadoras.

—¡Chuta! ¡Chuta! ¡Chuta!

Y Darrell lanzó la pelota con todas sus fuerzas contra la portería. La guardameta del Barchester salió para detenerla. La pelota le pasó rozando, luego pasó el poste... y cayó al fondo

de la red.

—¡¡¡Gol!!! —Qué griterío se alzó—. ¡Muy bien, Darrell! ¡Buen tiro! ¡Hurra! ¡Tres goles a dos!

Casi inmediatamente sonó el silbato finalizando el partido. Los dos bandos se alinearon para vitorearse mutuamente. Darrell temblaba de excitación y alegría. ¡Había jugado en el partido... y conseguido el gol de la victoria!

—¡Bien jugado, pequeña Darrell! —dijo la voz de Molly—. Lo hiciste muy bien. Ha sido un gol magnífico.

Darrell fue a participar de la espléndida merienda preparada para los dos equipos con el corazón rebosante de alegría. Aquél era un gran momento para ella... Las de tercero la rodearon dándole palmadas en la espalda, elogiándola, satisfechas de que una de su clase hubiese conseguido el gol de la victoria.

Darrell estaba muy cansada y muy feliz aquella noche. ¿Qué dirían sus padres y su hermana Felicity cuando se lo contara? Gracias a Dios que iba a verlos al día siguiente, y entonces lo sabrían. ¡Apenas podía aguardar para explicárselo!

Todas las de tercero compartieron la alegría de Darrell. La vitorearon cuando entró en la sala común, y ella enrojeció avergonzada.

—¡La buena de Darrell! Tan modesta que ni siquiera pensaste en mirar la lista de jugadoras por si venía tu nombre... y ¡tan maravillosa que consigues el gol de la victoria! —exclamó Irene pegándola tan fuerte en la espalda que Darrell tosió.

Llegó el último día. Todo el equipaje estaba listo, excepto algunas cosidas que las niñas recogerían a última hora. Comenzaron las despedidas. Se intercambiaban direcciones que se perdían al momento siguiente. El ama trataba de encontrar a Belinda que había desaparecido por completo. La señorita Potts buscaba a Irene, que también parecía haber desaparecido. Había un ruido tremendo y gran confusión, en medio de la cual aparecieron por la avenida entre los automóviles siete muchachos montados a caballo.

—¡Bill! ¡Cielo santo! ¡Aquí están otra vez todos tus hermanos! —le gritó Darrell. Pero Bill estaba sacando a «*Trueno*» del establo, y no la oía. Apareció momentos más tarde montada en su caballo, saludando con entusiasmo al ver a sus hermanos.

—¿Habéis venido a buscarme? ¡Mirad a «*Trueno*»! ¿Verdad que está estupendo? ¡Levanta, la cabeza, «*Trueno*»! ¡Oh, está tan contento de veros a todos!

Las niñas que iban en tren se fueron y hubo algo más de paz, Irene iba de un lado a otro lamentándose de que alguien había cogido su maletín. Gwen fruncía el ceño porque nadie había ido a buscarla todavía, y no deseaba ser la última. Belinda apareció de pronto con su cuaderno y su lápiz.

—¡Gwen! ¡Es mi última oportunidad! ¡Déjame dibujar ese ceño!

Darrell rió. Era muy propio de Belinda hacer eso mientras sus padres la aguardaban pacientemente en el coche.

Zerelda se asomó para despedirse. Qué distinta estaba de cuando llegó. En primer lugar llevaba puesto el sombrero de uniforme... cosa que había dicho ¡no haría jamás!

—Adiós —dijo—. Os veré otra vez en el curso que viene. Lo he pasado estupendamente aquí. Celebro haber venido... y celebro volver.

—¡Adiós! —saludó Mavis con su voz cascada desde la portezuela del automóvil—. Hasta el curso que viene.

Bill galopó con sus hermanos saludando con la mano como una loca. *Mademoiselle* Dupont la miró marchar llena de asombro.

—¡En Francia no ocurriría una cosa así! —declaró—. ¡Ésa Bill! ¡Me parece que en su casa debe dejar que el caballo duerma en un rincón de su dormitorio!

Darrell rió. Belinda se acercó con una caja de madera que contenía sales de baño, pues de pronto recordó haberla dejado en el cuarto de baño. Tropezó con *Mademoiselle* y la caja cayó al suelo.

Un polvillo verde inundó el vestíbulo, y una nube verde se fue elevando en el aire con un fuerte aroma.

—Vamos, Belinda, yo... —comenzó *Mademoiselle*, y luego se detuvo con la boca abierta. Buscó frenéticamente su pañuelo, y en el preciso momento en que llegaba la señorita Potts con la señorita Peters, *Mademoiselle* estornudó. Fue uno de sus mejores estornudos.

—¡Aaaaaachisssssssss!

—¡Cielo santo! —exclamó la señorita Potts sobresaltada—. Nunca vi a nadie que estor...

—¡Aaaachissss! —comenzó *Mademoiselle* otra vez y la señorita Potts corrió a buscar refugio.

Darrell y Sally reían a más no poder, recordando la tarde del truco. De pronto Darrell cogió un paraguas y lo abrió.

—¡Ahora ya puede estornudar, *Mademoiselle*! —le gritó sosteniendo el paraguas sobre la señorita Potts y la señorita Peters—. ¡Yo protejo a todo el mundo!

La madre de Darrell que subió los escalones para ir a buscarla, quedó asombrada ante la escena. Darrell dejó, el paraguas para correr alegremente hacia su madre.

—Oh, aquí estás ya. ¡Pensé que no ibais a venir nunca! Sally, ¿estás a punto? Adiós, *Mademoiselle*. Adiós Potty, adiós señorita Peters. Adiós, ama. ¡Hasta el curso que viene! ¡Éste ha sido un curso fantástico!

—¡Adiós! —le dijo el ama—. Sé buena.

—Adiós —le dijeron a un tiempo la señorita Potts y la señorita Peters—. ¡Recuerda que debes hacer tus deberes!

—¡Achisssss! —estornudó *Mademoiselle* y corrió a esconderse. Gwen la salvó por un pelo de caer sobre el paraguas abierto.

El automóvil se alejó. Darrell les hizo adiós con la mano frenéticamente hasta que salieron por la gran verja. Luego se reclinó comenzando:

—¡Mamá! ¡Papá! ¿Sabéis una cosa? Ayer jugué en el tercer equipo contra el Colegio Barchester... y ¡marqué el gol de la victoria! Mamá, yo...

Sally la escuchaba contenta. ¡La buena de Darrell! Había pasado un curso estupendo y lamentaba que terminase. Pero luego vendría el curso de verano... y él efe otoño... y el de invierno... ¡Oh, cursos, y cursos, y cursos!

—¡Aquí es donde se ve *Torres de Malory* por última vez! Darrell —exclamó Sally de pronto. Darrell abrió la ventanilla para asomarse.

—¡Pronto volveré, *Torres de Malory*! —gritó—. ¡Adiós por poco tiempo! ¡Pronto volveré!

Notas

[1]En inglés, cobre<<

[2]Lacrosse: Juego por equipos parecido al hockey sobre hierba, pero que se practica con un palo o raqueta que lleva una bolsa de red y se juega principalmente en los países anglosajones.<<